



PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA EN PROSA



Otro Rapto de Europa

Notas de un viaje





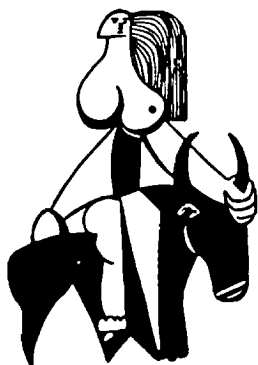
Otro Rapto de Europa

Pablo Antonio Cuadra





PABLO ANTONIO CUADRA
OBRA EN PROSA



Otro Rapto de Europa

Notas de un viaje

San José, Costa Rica, 1986



868.4

C961-0

Cuadra, Pablo Antonio, 1912

Obras en Prosa / Pablo Antonio Cuadra.

San José: Asociación Libro Libre, 1986.

v.8

Contenido: v. 4.

Otro Rapto de Europa: Notas de un viaje

ISBN 9977-901-48-1

1. Prosa nicaragüense.

I. Título

Libro Libre

Apartado 391, San Pedro de Montes de Oca

San José, Costa Rica, C.A.

Impreso por: Trejos Hnos. Suc. S.A.

Indice

Advertencia	11
Venecia y sus corceles	13
San Marino "in Picolezza Libertá"	21
Florenca o una entrevista con Venus	29
Pompeya la hermana de Managua	39
La tumba de Virgilio	49
Capri el aislamiento del tirano	57
Roma o el lugar común	65
Niza y un apólogo sobre la Bonelia	75
Der Rhein (El Rin)	83
Hannover las manos y la cabeza	91
Bonn meditación sobre Gigantes y Enanos	103
Mallorca (Zapatera en el Mediterráneo)	115
Madrid el futuro ya no es un puerto seguro	123
El Prado viaje a la historia a través de un cuadro	131
Itálica Famosa	139
Toledo "El entierro del Conde de Orgaz"	147
Zalamea (Paréntesis para un juez)	155
Segovia cuna de piedra de la política nicaragüense ...	161

A mi mujer: *la casa*
con el amor de su
marido: *el camino*

Advertencia

Estas NOTAS DE UN VIAJE fueron escritas como editoriales en el diario "La Prensa" de Managua durante los meses de Julio a Noviembre de 1974. Viajar es un verbo de conjugación cada día más veloz. Como las fotos del turista las observaciones del viajero tienen que ser superficialmente instantáneas. Pero en este itinerario el viajero es además periodista. Un periodista que llevaba, como exceso de equipaje, los escombros de una ciudad destruida por un terremoto y los escombros de una República destruida por una dictadura dinástica. La visión de Europa del periodista-viajero estaba condicionada por esta preocupación. Su rapto de Europa ha sido interesado. Ni su ojo ni su corazón estaban libres para ver ni para poseer sino comprometidos, angustiosamente comprometidos con Nicaragua: de ahí que en cada nota el objetivo y el tema en contrapunto sea siempre Nicaragua. Europa en este cuaderno de bitácora sólo es la reflexión de los problemas del viajero: El espejo —el múltiple espejo de una todavía no fatigada civilización— que devuelve respuestas a sus interrogaciones y preocupaciones nicaragüenses. Sea, pues, el lector benévolo con estas notas y tome en cuenta su velocidad y circunstancias. Al reunirse en libro, el periodista-viajero desconfía que pueda tener permanencia lo que fue escrito como pasajero.

P.A.C.

VENECIA Y SUS CORCELES

Cuando cayó Roma, dividida primero e invadida luego por los bárbaros, el emperador Justiniano, admirablemente secundado por su esposa Teodora —se propuso continuar el esplendor de su imperio en el límite de Europa, en el Bósforo. Constantinopla pasó a ser el centro del mundo civilizado. La nueva Roma de Oriente. La Roma que llegó hasta nosotros en su tradición jurídica— la del Digesto, la de los Pandectas y de la Instituta: la Roma del “Derecho Romano” no fue la de Augusto, sino la Roma bizantina que también levantó —en un mestizaje incomparable de oriente y occidente— una arquitectura como la de la Basílica de Santa Sofía, y un arte, como el de sus mosaicos, jamás igualados. Símbolo del poder de esa Roma eran cuatro enormes caballos de bronce, hechos en Alejandría, tres siglos antes de Cristo, robados luego por Roma y trasladados después frente al Bósforo por Justiniano.

Frente a esos corceles estoy ahora, pero no en Constantinopla sino en Venecia, su heredera. Los potros de bronce integran la fachada de la Basílica de San Marcos, basílica de típico estilo veneciano que mezcla lo bizantino, lo romántico y lo gótico en una fascinante armonía de culturas y edades. ¡Larga historia ha tirado esa cuadriga de caballos para llevarla, desde la Alejandría griega hasta la Venecia italiana: hermosa continuidad de herencias que hizo posible esta ciudad única cuya originalidad está basada en la promoción de lo propio y en el aprovechamiento de lo ajeno!

Venecia es uno de los más altos y hermosos ejemplos de respuesta a lo que Toynbee llama “la incitación al reto de un medio adverso”. Huyendo de los bárbaros sus primitivos pobladores se refugiaron (como los mexicanos en Tenochtitlán) en unas isletas de canales fangosos de una laguna o ensenada del mar Adriático, edificando ahí un cacerío como nuestro San Carlos, de casas en zancos, de madera. Unos siglos después Venecia (o Rialto, como entonces se llamaba) ha sobrepasado en poder y riqueza a todas las ciudades del Mediterráneo y es la reina indiscutida de este mar latino. Para las medidas del mundo actual, Venecia en su es-

plendor, sigue siendo una ciudad pequeña, pero unida por el mar y por el mar abierta, ha sabido ser ella misma (con voluntad isleña) pero también asimilar lo foráneo (con voluntad navegante), estructurando una Ciudad-Estado con tal sentido y sistema de gobierno que pronto se convirtió en el modelo ideal del arte de gobernar de toda Europa.

Otro día hablaré de la magia de esta Ciudad—Esposa de Neptuno. Me interesa ahora limitar mis reflexiones a la lección política de Venecia. Porque así como en nuestra edad contemporánea fue el sistema de gobierno de Estados Unidos el paradigma de los sistemas, y el mundo —hasta la Revolución Rusa— imitó (a veces estúpida y servilmente) su entonces revolucionaria Constitución; así, en tiempos anteriores —desde el “Cuatrocientos” hasta la “Ilustración” —fue el sistema veneciano el régimen político ideal y el que más tratados y estudios provocó entre humanistas y políticos, sobre todo en los siglos XVI y XVII.

¿Por qué esa admiración por Venecia? —Porque acertó con un sistema de equilibrio de poderes que hacía posible, LA EFICACIA, LA PARTICIPACION, LA LIBERTAD y LA JUSTICIA. Los cuatro caballos de bronce, con su cuádruple fuerza y perfección, parecen simbolizar estas cuatro virtudes del buen gobierno que rara vez se dan juntas.

El poder del Dux o “Doge”, como dicen los venecianos que por unipersonal tenía el peligro de convertirse en tiranía o en absolutismo, era contrarrestado por el Gran Consejo de los 500 —que llegó a tener hasta 1.200 representantes— poder legislativo que elegía de su seno los Correctores y fiscales encargados de vigilar al Dux y demás políticos para que, como dice un viejo documento, “no se convirtieran en amos.” El peligro de demagogia de esta gran asamblea, era, a su vez compensado por el pequeño Consejo de los Pregadi, de diez miembros elegidos —como dice otro documento de la época— “no entre los más ricos y poderosos, sino entre los de mayor mérito y más sabios”. (Contarini dice que estaba compuesto por “los sabios de tierra firme y los sabios del mar”); consejo

de carácter ejecutivo sin cuyo consenso el Dux no podía tomar ninguna decisión. Y, finalmente, como cuarto poder moderador de los anteriores, el Colegio de los Magistrados, funcionarios independientes cuya justicia no se detenía ante nadie.

Que su equilibrio de poderes no era una farsa, como entre nosotros, nos lo testimonia —entre otros— Jerónimo Román, historiador español de aquel tiempo: “Son los venecianos, dice, gravísimos en sus consejos y severos en castigar los delitos, no perdonando ni al Duque. . . De este modo las consecuencias resultan favorables a la libertad. . . Cada uno dice libremente lo que quiere y sin respeto a nadie acusan al que pretende ser más que un ciudadano libre”.

Que no era una farsa el celo y aun el orgullo que el veneciano desplegaba y sentía por su sistema político, lo ven mis ojos, no sin sorpresa, cuando entro al ‘enorme y delicado’ Palacio Ducal y en la inmensa sala donde se reunía el Gran Consejo —alarde de arquitectura con sus 50 metros de largo y 25 de ancho sin una sola columna que sostenga el pesado y lujoso artesonado del cielo— recorro los retratos de los Duces que en lo alto de las paredes circundan todo el salón, y al llegar al año 1295, en vez de retrato veo la pintura de una siniestra tela negra y al pie esta inscripción: “Hic est locus Marini Faletri, decapitati pro crimínibus”. Con el título de “criminal”, no sólo fue decapitado, sino excluida la efigie de Marin Faliero porque trató de convertirse en dictador. Igual suerte corrió en 1310 el Dux Bajamonte Tiepolo, a quien, por buscar el auxilio extranjero para organizar una tiranía, la implacable Venecia lo llevó al patíbulo y le dio para siempre en su historia el nombre de “Traidor”.

La Europa de aquel tiempo y la del Renacimiento, sumida en señoríos y reinos absolutos, miraba aquel régimen con encandilados ojos de admiración. “Los venecianos han llegado a alcanzar muy gran potencia porque su manera de gobierno es de las mejores del mundo”, dice un cronista español del XIV. —“Venecia es el orden ideal que consiste en el

equilibrio— dice Giannotti, en el XVI. —“Y ante la dificultad de mantener ese equilibrio, cuando hay que inclinarse hacia alguien, Venecia lo hace hacia el pueblo”. Y el francés Cornmines, consejero de Luis XI, dice: es la ciudad “que plus sagement se gouverne”, que más sabiamente se gobierna. Y otro cronista anota admirado que el Dux sale a la calle, llevando la espada envainada y acompañado de algunos gentilhombres. Y el citado Román —español del Siglo XVI— comenta: “La causa de haber crecido esta república no fue en los principios la mucha riqueza que tuvieron sus fundadores, ni los tratos por mar con sus mercancías, sino un gobernarse entre sí con gran consejo y prudencia, no pretendiendo cada uno más interés que el común”. (¡Hermosa lección humanista para nuestros negociantes del desarrollo!).

Pero Venecia no sólo inspiró tratados políticos, sino también revoluciones. En Florencia, el sistema de gobierno que propuso Savonarola en su famoso levantamiento popular, fue un calco del de Venecia. Y los Comuneros castellanos, levantados contra el absolutismo, proclamaban un sistema de gobierno donde “todos fuesen iguales, todos pechasen a manera de la señoría de Venecia”.

En realidad la historia del régimen de Venecia no fue siempre ejemplar. Tuvo, como todo lo humano, sus períodos negros, no de equilibrio, sino de lucha de poderes. En ocasiones la nobleza desequilibró en su provecho el poder. En otras ocasiones los “Doges”. El Dux Gradenigno por ejemplo hizo pasar una ley que excluía al pueblo del gobierno, pero estallaron revueltas y el equilibrio se repuso. Lo que admiraba a Europa eran esos retornos a la continuidad: “su constitución ha durado mil ciento setenta y cinco años y todavía muestra que puede durar hasta el infinito” dice Sansovini en el Siglo XVI. Sí, ciertamente, Venecia tuvo sus lacras y sus “Watergates” y quizá por esa experiencia de las ambiciones que promueve la política, Venecia tuvo que ser muy severa para conservar su sistema de gobierno. Cruzando por un puente, se atraviesa un canal que separa el Palacio Ducal de

las prisiones; se pasa del esplendor a la lóbreguez. ¡Nunca ví tantas celdas tan rigurosamente embarrotadas! Eran el contrapeso de un régimen que el mundo admiró por siglos. En la humedad de su penumbra sentí la sublevación romántica que sintió el pintor Delacroix cuando inventó el retrato del Dux decapitado a quien la historia de Venecia negó su efigie. Era una víctima. ¿Y quién puede fiarse de la justicia humana? Delacroix era un artista reaccionando contra la política.

Pero pasada la emoción, repuse mi pensamiento. Severo y vigilante tiene que ser el hombre para preservar su libertad. Todo pueblo que ha tomado en broma la tiranía, ha tenido después que llorar en serio su esclavitud. Si hubiera triunfado el Dux tirano, las prisiones que hoy me conmueven y duelen se hubieran ampliado infinitamente hasta encerrar a toda la ciudad. Porque la tiranía es una cárcel que todos los días se amplía. Primero te arrebató el derecho de opinar, después te impone la opinión que debes tener. Primero te obliga a darle participación en tu negocio, después te quita el negocio. Primero te niega tu libertad de votar, después te obliga a votar por la tiranía. . .

Con estos pensamientos atravesé de nuevo el puente que une las prisiones con el Palacio Ducal. Los venecianos, con su admirable sentido poético le llaman "El Puente de los Suspiros". Se suspira camino de la cárcel, allí donde la libertad llena los pulmones. Seguramente en mi patria, de existir ese puente, llevaría otro nombre más prosaico. Se llamaría tal vez el puente de los culatazos, porque nuestras exquisitas autoridades cuando aprisionan no dan lugar a suspiros. . .

SAN MARINO:

Una entrevista con Venus

Viajando por Italia, cuando atravesábamos la provincia Emilia, cerca de Forlì, nuestro autobús, con el consenso de todos, desvió hacia un territorio que muy pocos hispano-americanos visitan, el de la pequeña República de San Marino, el Estado más pequeño de Europa y uno de los paisajes más bellos del mundo. Nunca sospeché la riqueza de sugerencias históricas que me proporcionaría —además de la belleza del lugar— mi descubrimiento de San Marino!

Su geografía es sorpresiva y altanera. Las mansas llanuras de Forlì ascienden de pronto en una precipitada elevación —el Monte Titano, a más de 700 metros sobre el nivel del mar—, y arriba, como un nido de águilas prendido a la roca, aparece la ciudad capital coronada por un desafiante castillo de tres torres que integran su escudo.

A medida que subíamos en espiral sobre una espléndida carretera, la vista abría horizontes, abarcando hasta las Marcas de Ancona, Rávena (la tumba de Dante), Rímini y el añil veneciano del Adriático. Por el otro lado: valles, colinas y las difusas cumbres celeste y nieve de los Apeninos.

San Marino apenas mide 61 kilómetros cuadrados de territorio. Sus nueve parroquias o municipios reúnen una población en su mayoría campesina pero también hábil en artesanías.

El autobús, casi convertido en avión, penetró a San Marino por una puerta de la antiquísima muralla que rodea la ciudad y se detuvo junto a la plaza. El guía nos dijo: “Hemos llegado al paraíso de los exilados”. Como en todo nicaragüense hay un exilado en potencia, la frase fue una feliz tarjeta de presentación. Bajamos y me llamó inmediatamente la atención, en el aire purísimo de la mañana, el orden, la limpieza y pulimento de la ciudad. (¡Un verdadero antídoto para el viajero que llegaba de la región del polvo y los escombros!). Al final de la Plaza, entre una valla de casas y comercios de toldos azules, se empinaba el Palacio Comunal, casa del gobierno, de dos pisos y un airoso campanil, humilde réplica de los poderosos palacios del medioevo italiano. Frente

al palacio, una estatua: de la Libertad y en el asta del castillo una bandera azul y blanca. Me sentí cordialmente aludido. El guía nos había dicho que la historia de esa “pequeña república” (¿la gracia y el drama de lo pequeño no es, acaso, un elemento de nuestra nacionalidad?) era un ejemplo de apego a la libertad y de conciencia y responsabilidad colectiva. Y esa historia la cubría una bandera con los mismos colores ideales de mi Patria. Quise conocerla.

San Marino lleva el nombre de su fundador —“Ave, Marine, Libertatis fundator”, dice una milenaria inscripción al pie de su escultura—. En el siglo IV, Marino, un picapedrero cristiano del Adriático trabajaba en la construcción del Puerto de Rímini. Para obtener piedras para su trabajo, tuvo muchas veces que hacer largos viajes a las canteras del monte Titano. Su condición de cristiano y la de algunos de sus compañeros le atrajo malos tratos y luego persecuciones, hasta que un día, asediado y cansado, se retiró con su grupo al Titano formando una colonia de ermitaños. La dueña de aquel monte salvaje era una dama noble llamada Felícita a quien Marino convirtió al cristianismo y Felícita le donó sus tierras a la comunidad para que las trabajara. Así comenzó la futura república: como una especie de monasterio campesino de monjes labradores a cuyo alrededor se agrupó, con sus viviendas, el pueblo, llevando todos una vida comunitaria y fraterna. Nunca más perdió el pueblo de Marino este inicial sentido comunal. Durante las primeras invasiones de los Bárbaros, el escarpado y pobre cacerío del Titano no les llamó la atención. Pero las oleadas de magiares y sarracenos y normandos seguían llegando y la comunidad tuvo que fortificarse y comenzar la lucha por su independencia. De entonces datan las tres impresionantes torres que coronan el monte y la ciudad eriguídas sobre el abismo.

En el siglo XI el primitivo poblado se expande. La vida patriarcal se organiza, se da leyes y se llama a sí mismo “Libertad” y luego República. Ya tiene un muy simple y envidiable sistema de gobierno. El pueblo elige una Asamblea de

60 representantes que a su vez eligen un Consejo de 9 miembros. Cada seis meses, en la Catedral, un niño saca por suerte dos nombres de esos nueve que pasan a ser los Regentes, o presidentes del país por un período de medio año. San Marino aún conserva ese sistema constitucional y cuenta la tradición que en los comienzos de la República, cada vez que terminaba el corto período de los Regentes, la Asamblea, ante el pueblo, hacía una revisión de sus aciertos y desaciertos en el mando, y si eran mayores los desaciertos, decapitaban al mal gobernante. Agrega la tradición que sólo una vez en la historia rodó la cabeza de un regente que buscó alianzas extranjeras para favorecer su poder personal. ¿Qué dirán los colores azul y blanco de mi país, con sus violadas constituciones, ante esta historia? ¿Se desteñirán de sorpresa o de envidia ante la severa y limpia democracia de esta otra pequeña pero verdadera República?

Pero la decisión —sostenida a través de los siglos— de conservar el gobierno comunal, no es la sola virtud de este pueblo. Su pequeñez le ha costado, como a nosotros, una historia de asedios, intervenciones, luchas y dramas, pero ¡con qué distintos resultados! Ya desde la misma Edad Media los grandes señores feudales y, más tarde los Papas-Reyes, en los tiempos poco ejemplares de su poderío temporal, quisieron anexarse o arrastrar a sus conflictos a la indomable republiquita. Unas veces la prudencia, o la habilidad que da la misma pequeñez, permitió a los hijos de San Marino salvarse de las presiones e incluso echar a pelear a sus peligrosos vecinos para desgastarlos; otras veces, cuando la fuerza ya no entendía diplomacias, sacaron heroísmo de su flaqueza y, unidos como un solo hombre, rechazaron invasiones e intervenciones. Nunca llamaron a extranjeros para que los defendieran. Cuando en 1503 el Duque Valentino quiso hacer a la fuerza de Italia un solo Estado, San Marino fue invadido y anexado. Los "SESENTA" de la Asamblea Comunal (¿no serían 27?) juraron recuperar su independencia. Aunque perseguidos, su juramento pasó de boca en boca y un día

todo el pueblo unido, en un acto de sorpresa y de fuerza, recuperó lo suyo.

Veinte veces más San Marino repitió esta historia y ratificó su independencia contra las Ciudades-Repúblicas de Italia, contra España, contra Francia. Al coronarse emperador Napoleón se creyó que su vida independiente había terminado. Bonaparte organizaba a su gusto Italia como jugando una partida de ajedrez. Y cuenta un historiador que uno de sus ministros le preguntó: "Majestad ¿qué se hace con la República de San Marino enclavada en uno de estos reinos?". Y Napoleón, después de meditarlo, contestó: "Conservémosla como un modelo de república". Pero la anécdota no termina aquí. El Emperador, llevado por sus simpatías, ofrece a San Marino aumentarle el territorio, le ofrece armas y municiones (¡San Marino sólo tiene un ejército de sesenta soldados!). Entonces, Antonio Onofre, un prócer de los Sesenta se pone de pie y pide a la Asamblea rechazar la oferta napoleónica. — "Debemos ser fieles a nuestra divisa —exclama—: IN PICCOLEZZA LIBERTA", "en la pequeñez, libertad". Onofre sabía lo que atan y comprometen las dádivas y préstamos de los grandes. ¿Encontraremos esa sobriedad, encontraremos ese sentido de dignidad — nosotros los endeudados hasta el tope, los sobregirados, los que hemos montado un Estado millonario sobre un Pueblo en miseria, nosotros, los de la otra bandera azul y blanca, qué le contestamos a los napoleones de hoy?

En 1868, en 1879, en 1910 y hace poco, al terminar la Guerra Mundial, San Marino ha rechazado también las ofertas de especuladores internacionales de convertir su territorio libre en un Montecarlo, y montar en su altivo Titano un lujoso centro de juegos con pingües ganancias. La libertad y su contenido humanista tiene que defenderse no sólo contra el Poder sino contra el Dinero. La corrupción es también esclavitud. San Marino dijo: ¡NO! — "In piccolezza libertà".

Es admirable y ejemplar que una pequeña comunidad de mayoría campesina sostenga, con tantos vientos adversos,

los colores de la libertad y de la dignidad tan altos. En la misma medida en que ha sido amenazada su independencia, lo ha sido también su soberanía. El hecho de ser una República libre, el hecho de que su pueblo tenga tan enraizado el amor a la libertad, la ha convertido en atrayente refugio para perseguidos políticos y exilados, a quienes ha acogido con los brazos abiertos. Nada menos que Garibaldi, el creador de la unidad italiana se asiló en su nido de águilas. Pero esto mismo le ha creado difícilísimos problemas y situaciones que San Marino siempre resolvió con ejemplar dignidad. En el siglo XVIII un refugiado político que la República se negó a entregar le ocasionó una guerra y una invasión de las tropas pontificias. En tiempos del Fascismo tuvo de nuevo serios choques. No entregó, no canjeó con la muerte —como nuestras indecorosas repúblicas— las vidas humanas que buscaron asilo bajo su bandera azul y blanca.

Para sostener, en la pequeñez, en la “piccolezza”, esta difícil historia de humanismo y libertad, se necesita un ejercicio constante del espíritu republicano y de las virtudes cívicas. Se necesita saber vivir la vida que se tiene. El pueblo de San Marino es, como el nuestro, mayoritariamente campesino. No se trata de una cultura superior, de grandes medios, sino de la cultura auténtica de quien vive con profundidad la libertad del noble trabajo de la tierra y le extrae no sólo frutos y ganancias, sino sabiduría existencial.

San Marino es una republiquita pequeña y pobre mucho más que la nuestra; pero desde el alto mirador del restaurante donde bebo un fresco vino del país y medito, veo la plaza, el “Pianello” y en ella una única estatua. Esa estatua es a la Libertad.

. . . En cambio entre nosotros —serviles— la única gran estatua que queda en pie es la estatua a un tirano.

FLORENCIA:

Una entrevista con Venus

He llamado siempre a Florencia la "ciudad novia" (y he ido a ella cada vez que he llegado a Europa) porque en su historia, en su belleza y en su arte es la promesa, o la prometida — la ciudad que pudieran ser nuestras pequeñas ciudades si nosotros, en vez de creer que el hombre ha sido hecho para el dinero, nos convenciéramos de que el dinero ha sido hecho para el hombre.

París es demasiado para novia (aunque Rubén Darío la llamó "su querida"). Roma es abuela. Y otras ciudades, aunque bellas, son el fruto de la voluntad de poder o fruto de la riqueza o de motivaciones demasiado ajenas o inasequibles. En cambio Florencia, pequeña, hija de sí misma y no de fuerzas imperiales, mediterránea como hoy lo somos nosotros en este conmovido corazón caribe del Nuevo Mundo, levantada entre guerras civiles, surgida de una política tan confusa como la nuestra (de güelfos y gibelinos —conservadores y liberales en salsa medieval— de tiranos, de intervenciones extranjeras, Sandinos muertos y poetas exilados), coordinó de pronto una serie de factores que pudieran estar a nuestro alcance y logró eso que fue y es: el fruto de la voluntad de Belleza.

El florentino que recorría su ciudad en el siglo XI (y nosotros sólo tenemos cuatro siglos de edad) no recorría una ciudad mayor que Granada y seguramente menos bella y más pobre. Dos siglos después había surgido en Florencia un Dante (a nosotros nos ha surgido siete siglos antes un Rubén Darío, estatura menor pero hermosa talla para jefe de filas) y comenzaba a pintar iglesias la maravilla de un Giotto. El Infierno del Dante está lleno de Emilianos Chamorros y de Somozas, y aún de Obispos. La política no era menos política que hoy. Pero un Cosme de Médicis y la familia Médicis cuyo gran capital inicial se calcula en cincuenta mil dólares. . . (¡nunca la administración de 50 mil dólares ha producido tanto fruto de arte!) y los buenos burgueses y los laboriosos artesanos quisieron una cosa: lo bello. Y llamaron y protegieron a los autores de lo bello. Y un pastor de ovejas que

llega a ser un gran pintor, el Giotto, hace el Campanile, la incansablemente bella torre de la Catedral de Santa María de las Flores. Y Miguel Angel las estatuas de la lonja —que era el lugar donde los comerciantes vendían y compraban— y Brunelleschi hace templos y edificios: y se fomenta su existencia y los poderosos no creen que con el poder se tiene todo, sino que quieren el poder con belleza. Y los ricos no creen que son ricos si la riqueza no les hace asequible la belleza. Y los artesanos no creen que con la utilidad se tiene todo, sino que añaden a la utilidad la belleza.

Esto se llamaría “Urbanidad” en su más pristino significado, o sea cuando la cultura —toda nobleza— que se convive comunitariamente llega a saturar de tal manera la conducta humana que la expresa con naturalidad, como los buenos modales el individuo educado, sin mostrar tener conciencia de ello. Usando las palabras de Romano Guardini: “Una cultura que por tanto, se ha convertido en natural. Como una atmósfera que abarca todo, un ritmo que vibra sobre todo; un modo de ser que dignifica a la humanidad”. Es la viva Urbanidad — esa palabra que significa un modo de ciudadanía donde el hombre no ha perdido su “personalidad” y donde la ciudad sigue en relación con la naturaleza aún cuando la sublime, la espiritualice y la sature de formas.

Y, repito, la política no era menos endiabladamente centroamericana que la de Centro América. Pero subsistía un culto, respetuoso y creciente, por lo que he llamado Belleza y que puede llamarse cultura pero que es algo más —en espíritu y verdad— y así, entre cuartelazos, guerras civiles y tiranías, a como surgía un Cimabue, un Masacio, un Piero della Francesca, un Boticelli, un Beato Angélico, o atraía del vecindario toscano a un Leonardo o a un Miguel Angel, o daba un Donatello, o un Dante Alighieri, o un Petrarca (de familia florentina aunque nacido en Arezzo) o acogía a Bocaccio, producía también el vino “Chianti” —la Florencia de las bebidas—, o el aceite de oliva de Lucchesia —óleo imaginado por pintores— o la cocina toscana y aun los mármoles de Carrara

que daban al Arte la materia prima terrestre más cercana al celeste mundo de los sueños. Ellos, los florentinos, se afirmaron en lo que nosotros los nicaragüenses pudiéramos afirmar a pesar de nuestra pequeñez, de nuestra indecorosa política, de nuestro llamado “subdesarrollo”. En una voluntad de cultura, que puede llamarse también voluntad de Belleza, pero que es algo más: Es el anhelo de Verdad que va inseparablemente unido al de su formulación. No sólo la Verdad enunciada, sino la verdad que ha adquirido forma. Porque (cito los versos de Salomón de la Selva):

Nada es intelectual si no es belleza:

proporción que deleita a la mente, luz que alumbra,

única verdad satisfactoria que a sí misma se prueba!!!

BOTICELLI, MI GUIA EN FLORENCIA

Sandro, el enfermizo, que se apartaba de la bulliciosa muchachada florentina para mirar por horas enteras el color de Venus sobre las aguas transeúntes del Arno; Sandro (o Alessandro) el que cargaba, encogiendo los hombros, con el apodo de su alegre abuelo, a quien, por su boca de bebedor le decían Boticello o boca de botella; Boticelli, sí, el solitario amigo del poeta Agnolo Poliziano y del fulminante Savonarola, el confidente de Giuliano de Médici —a quien asesinaron los políticos—, el retratista de la bella Simonetta Cattaneo, la más linda mujer de su siglo (del Quattrocento) de quien toda Florencia, incluso Boticelli, estaba enamorado; Sandro Boticelli puede ser nuestro guía para arrancar a Florencia (la Ciudad-Novia) debajo de su velo, la frase, la sola y breve frase que necesita el viajero para que su mirada de turista se convierta en mirada posesiva de enamorado y para que el VER se ahonde y profundice en CONOCER.

Pero Boticelli es el pintor. El arno que pasa bajo el

Puente Viejo —donde el Dante conoció a Beatriz— es para Boticelli un río de nostalgia, de olivos y álamos disueltos, de verdes fluídos donde se refleja el lacrimoso brillo de las estrellas. En ese divino reflejo, que es como llanto al atardecer, Botice-lli mojó sus pinceles y nos dejó las pinturas más hondamente empapadas del espíritu de su tiempo, del espíritu de su ciudad. Boticelli es la expresión más atormentada pero al mismo tiempo más diáfana y fiel del Renacimiento y el Renacimiento es la puerta de entrada a nuestro tiempo, a nuestra edad, tiempo que comenzó canonizando la nostalgia y que se está cerrando, en un crepúsculo nuclear, canonizando la angustia.

UNA MUJER PASA JUNTO AL ARNO

Boticelli como buen artista que era (y que es, acaso mueren los artistas?) centraría todo lo que hoy nos resulta símbolo y signo de una época en el simple pero complejísimo hecho de su amor (amor silencioso, platónico pero en su intensidad casi fabuloso) por Simonetta Cattaneo. Nos diría cómo esta linda jovencita fue electa una vez Reina del Torneo o de las Justas de Primavera, y cómo su aparición en la carroza de los juegos trastornó, enloqueció a Florencia. El joven Juliano de Médicis, el futuro mártir de la política, ya no tuvo otro pensamiento que la "bella Simonetta"; la juventud florentina ya no tendría otro tema para sus serenatas, ni los poetas para sus versos, ni los pintores para sus cuadros. Era —dice Piero Bargellini— la "sans par". La sin par. En la ciudad democrática de Florencia, donde todos debían ser iguales, se tenía un culto por lo "sin par". Lorenzo de Médicis, el magnífico, era "el sin par" y así, detrás, o a la sombra de la democracia era el Poder, y mandaba sin par. Y la "bella Simonetta", era la sin par, y gobernaba sin cetro ni corona a la ciudad rendida. Pero Simonetta era casta y retraída. Era la inasequible (la revivencia de Beatriz, la encarnación de Laura). Y se casó como cualquier doncella florentina y fue fiel y

amante esposa del joven Marco Vespucci. Eso no obstaba para que Florescia prosiguiera enamorada. Para que la música llegara a sus ventanas, y su nombre fuera siempre el tema de los cantos y el modelo de los artistas. Hasta que un día, negro para Florescia, la muerte arrebató a la bella Simonetta en plena juventud!

ORFEO SE HACE PINTOR

¡Nadie es capaz de adivinar lo que el corazón silencioso de un artista guarda en sus abismos! El solitario Sandro Boticelli, el pintor que nos sirve de guía, aquel que sólo veía y guardaba en silencio lo que veía, ardía en callado amor por la bella Simonetta pero al golpe de la muerte el fuego ya no tuvo contención y se hizo llama y quemó las paredes de su sagrario y consumió todo. El pintor se arrojó contra la muerte, batalló obstinadamente con ella para arrebatarse con sus pinceles el rostro, el cuerpo, las divinas formas que la muerte le robaba. Y ya no hay otra mujer en sus mujeres que Simonetta, reconstruida, recuerdo a recuerdo y detalle a detalle en cada Madona, en cada dama, en cada maravilla del más delicado pintor de la feminidad Florentina. "Es el Orfeo de esta Eurídice que dejó en llanto a una ciudad entera", dice Bergellini.

NACE VENUS

Así llegó el momento en que Boticelli-Orfeo ideó el cuadro de su vida, su obra maestra: EL NACIMIENTO DE VENUS. Iba a ser el cuadro revelación de la nueva época, de la nueva edad que se abría, y quien iba a presidir ese cuadro, desnuda, deslumbrante de desnudez pero intacta, intacta como una estrella intocable y encendida, era la amada muerta, la bella Simonetta. ¡Nunca imaginaria el Renacimiento ni

Florenia, que es el Renacimiento hecho ciudad, que esta joven dueña del prodigio —la dulce, la reservada esposa de Marco Vespucci— llevaba en sus ojos un poco tristes y en su cuerpo resguardado y musical, la desnudez de muchos siglos y su símbolo!

DEJEMOS QUE BOTICELLI NOS LA MUESTRE:

Ella (¡ya sabemos quien es ella cuando el pincel de Boticelli pinta!) es Venus. Surge del mar y está de pie en la flotante concha de nácar, desnuda —“privada dogni vestito, ma non del suo pudore” — despojada de todo vestido, más no de su pudor, con una mano tímida sobre los senos y otra cubriendo su sexo con el final de sus largos cabellos, ramo de serpientes mansas que aún no saben su peligroso oficio. A su derecha Céfiro y Clori avivan el viento sobre un mediterráneo suavemente encrespado y cano, y se supone una primavera de flores visitando el esplendor de la desnudez naciente. A la izquierda esperando en tierra a la hija del mar, Flora con su ritmo de estaciones, con su danza creciendo y moviéndose desde el pie —la planta— llega a cubrirla con su manto mortal.

Boticelli ha elevado —sobre un fondo inefable color de lágrima, azul de aves antiguas y fábulas marineras— el rostro de una tristeza jamás conocida. Venus va a llorar. Llorar en la humedad de sus ojos, como una estrella. Venus es triste.

— ¿Por qué?

“Una época que agoniza crea siempre un sentimiento de tristeza”, pero el nacimiento de Venus es el nacimiento de una época y no su crepúsculo. Sin embargo, ese nacimiento se llama Renacimiento. Y en ese renacer ¿no hay acaso presueta y también quizás, proyectada una muerte?

¿Es que el Amor, al sentirse nacer o renacer en una forma pagana, dejó aflorar hasta su rostro su conciencia de que

ya no puede asumir la forma de Venus sin angustia o que esa forma pagana ya no puede ser suya sino a costa de un inmenso e infinito Bien perdido?

¿Encierra, acaso en su tristeza todo el drama del hombre cristiano en nuestro tiempo?

¿O es que Venus, en su desnudez, sabe que ya no la ven y que ya no la verán los ojos antiguos, los ojos contemplativos, sino el ojo nuevo de una edad nueva, el ojo que ya no contempla sino que analiza, el ojo implacable y científico "que no se sumerge en las cosas, sino que se apodera de ellas", el ojo que ha abandonado el cristal —limpio y natural— de la poesía, para calarse el lente de una técnica fría, subyugante y ya muy pronto inhumana? O pero aún ¿es que Venus se siente mirada por el ojo financiero, que ve su belleza con el solo criterio de negociarla, de venderla, de convertirla en dinero? ¿Vislumbraban, acaso, sus ojos en la lejanía el horrible mundo de nuestra civilización de compraventa, donde no sólo la belleza sino la justicia y el amor se venden, y donde la ciudad sólo se concibe como una suma de centros comerciales, sin relación humana, sin goce por la vida, sin piedad con el que fracasa, sin alegría ni aliciente para el pobre?

. . . Yo siento que los ojos de Venus —que son los ojos de Florecia— miran hacia mi desolada ciudad de Managua y me reprochan: —"Si hubieran aprovechado la destrucción (¿no dice un aviso comercial: "Managua, como la Venus de Boticelli, renacerá de sus ruinas. . . etc."?), si hubieran aunado, con pobreza pero con dignidad, los medios de que disponían ¡qué hermoso legado hubieran podido dejar, arrancado de la desgracia, a las futuras generaciones!!

Pero, para crear formas bellas materiales, se necesita que dentro del hombre esté encendido un espíritu humanista y generoso. ¿Qué puede surgir de la sordidez, de la codicia vulgar y centavera o de la política concebida como rapiña? —El orden externo supone un orden interno, una armonía. ¿Se puede crear una sinfonía con disparos de "garands"?

POMPEYA:
La hermana de Managua

Mi abuelo, el viajero, nos contaba su visita a Pompeya y nos prestaba a los nietos, con muchas recomendaciones, su mágico estereoscopio que nos permitía ver en su relieve, como si la fotografía nos transportara al propio sitio, las famosas ruinas de la ciudad que destruyó el Vesubio. Cuando trato de recordar mi visita a Managua destruida por el terremoto del 31, se me entrecruzan esas fotografías del abuelo, y mis lecturas, a escondidas, de "Los Últimos días de Pompeya" de Bulwer Litton, cuando me enamoré imaginariamente de Nidia, la dulce cieguita pompeyana, atrapada por la doble oscuridad de sus ojos y de la ceniza de aquel apocalipsis.

Ahora cae una tenaz llovizna sobre la ciudad desenterrada y en este ambiente gris de sueño otra vez me confundo, y no sé si soy el niño que mira Pompeya a través del estereoscopio de su abuelo, o el viajero de 1974 que, traumatizado por los escombros de Managua, hubiera preferido pasar de largo este melancólico paisaje italiano rescatado a la muerte. Durante siglos se acumuló ceniza y tierra sobre esta ciudad sepultada; se olvidó su existencia, y los campesinos que sembraban año tras año sus granos, ignoraban que debajo de las raíces del pan dormían Foros y Anfiteatros, termas, casas, tiendas con sus bodegas llenas, mercados, templos, frescos y pinturas de intensos colores y sorprendente estilo, cuerpos conservados por la lava en la posición íntima en que los sorprendió el gas letal, del volcán: centinelas de pie, amantes haciendo el amor en sus lechos, familias huyendo, niños llorando. Lo que cubrió el volcán, como si fuera el dios del olvido, lo descubrió muchos siglos después la Arqueología y gracias a esa interrupción del tiempo, gracias a ese sueño bajo la lava y el tiempo, pudo reconstruirse con datos exactos una enorme porción de la historia del Imperio Romano. En la memoria del hombre sucede algo parecido: Hay recuerdos a los cuales nos aferramos, recuerdos que queremos conservar en nuestra conciencia y que sin embargo, se nos esfuman, se nos gastan (a veces hasta los rostros de seres queridos nos cuesta evocarlos y cada día se tornan más borrosos), en cambio, recuerdos

que quedaron sepultados durante años en el subconsciente, surgen de pronto nítidos, indelebles, al conjuro de un olor, de un sabor o de cualquier toque inesperado. El arqueólogo es como el siquiatra de la historia: nos descubre su subconsciente. (Cuando se descubrió León Viejo, —la ciudad de Pedrarias—, ¿quién no sintió que la piqueta del arqueólogo, como la investigación de un psiquiatra, había llegado al subconsciente del somocismo? ¿Qué es el poema “El Estrecho Dudo-so” de Cardenal y el prólogo de Coronel Urtecho, sino la expresión de ese subconsciente histórico que vincula dos tiranías, en cuyo ocaso sucumbieron nuestras dos capitales? . . .)

Con estos pensamientos voy recorriendo la ciudad vacía y silenciosa. Mi imaginación trata de colocar —en el escenario de esta función suspendida— los personajes de la obra: En las treinta y cinco graderías del hermoso anfiteatro, imagino la rugiente plebe, agitando pañuelos para pedir la vida (iMitte! iMitte! idespédelo!) de un gladiador pompeyano vencido por un foráneo. (Por ahí queda un epitafio en la tumba de un gladiador que, muerto por un rival a quien él había perdonado la vida en un combate anterior, envía de ultratumba, a sus colegas, este consejo práctico y atroz: “Que mi suerte os sirva de enseñanza.” iNo deis cuartel al vencido, sea quien sea!: moneo ut quis quem vicerit occidat.) Más allá imagino a los nobles y ricos burgueses, precedidos por un ostentoso cortejo de esclavos, encaminándose a las termas. ¡Sólo en la actual civilización americana, con su pasión colectiva por las piscinas, ha vuelto a establecerse un culto social alrededor del agua y del baño como en los tiempos de Roma y sus termas! Entro luego a la casa llamada “del Banquero” y me imagino a Lucio Cecilio Jocundo, con su rostro entre receloso y bonachón, mirada oblicua, fiscalizando al esclavo que anota en la tableta un préstamo; al liberto que hace un cálculo con el ábaco; a los esclavos que cuentan y clasifican monedas; al otro liberto que ajusta cuentas a un pobre deudor en mora. Al fondo de la amplia sala, llena de ruidos y movimientos como en un banco de hoy, está el gran nicho de

gruesas puertas donde guarda, en un arca de bronce, las innumerables tabletas de sus operaciones.

Nunca sospechó Lucio Cecilio Jocundo, que estas "tabulae" o tablillas serían conservadas por la lava, a través de los siglos, para revelar al futuro sus negocios.

Allí quedó, resumida, su historia: recibos, pagarés. ¡Triste cosa cuando de la memoria de un hombre sólo quedan números!

Cruzo varias cuadras, me alejo hacia el Foro y me encuentro en un dédalo de calles estrechas y de pequeñas casas o tugurios —las "tabernas" de los romanos— donde trabajaban, exponían sus productos y vivían apiñados, pequeños comerciantes, artesanos con sus talleres, pulperías, coyotes, revendedores, etc. Podemos imaginar —por algunas pinturas que conserva Pompeya— el trajín de esta calle, su bullicio, el sofocante apretujamiento de las familias reducidas a un cubículo en la trastienda, el humo de las cocinas, los compradores pidiendo rebaja, y, como temibles abejas madres de aquel panal, los tábanos, los cobradores, que para apremiar a los deudores morosos "percludere inquilinum", sitiaban al inquilino enllavándolo con su familia en la "taberna" hasta que el hambre o la desesperación los obligaba a pagar.

La lava protectora del Vesubio nos permite también leer —como si los hubieran escrito ayer— los famosos "grafitti", de la plebe romana: los letreros con que marcaban en las paredes sus odios políticos, los ¡Muera! al César o a su Comandante, los epigramas de algún famoso satírico que así encontraban publicidad; la frase pornográfica del estudiante obsesionado por el sexo; y hasta la resuelta declaración femenina de una admiradora del gladiador de moda.

Ahora entro a la pequeña casa de un poeta llena de estatuas y bellas pinturas. En su sobriedad y belleza la casita del olvidado cantor no deja mal parado al gremio de los poetas! —En cambio, cuando unas cuadras más allá, entro a la acicalada mansión de los Vestii —dos hermanos solterones, ricachos y homosexuales— respiro un aire de decadencia. Las

mejores pinturas murales de Pompeya se admiran aquí: pinturas de un sorprendente estilo "impresionista", pero nos asedian los "amorcitos", niños efebos desnudos jugando a oficios domésticos, amorcitos con ánforas, amorcitos con delfines, amorcitos imitando a Venus en su concha marina . . . Y al fondo de la casa, la habitación reservada al vicio nefando, decorada toda ella con procaces escenas pornográficas. Salgo a la calle y entonces me fijo que en el portal, como una enseña, los hermanos Vestii han colocado un falo. Por allí salían, depilados y perfumados, los hermanos maricones. Y el poeta de la otra calle escribiría: "Sospechoso es para mí / lo bien que sueles oler / Vestii, pues huele mal / el que siempre huele bien".

En Puerta Marina, la primera casa pompeyana ha sido convertida en un pequeño pero rico museo (Lo mejor de lo encontrado en Pompeya se encuentra en el Museo de Nápoles). Me entretengo en mirar la infinita cantidad de cosas que usaban en su vida diaria el hombre y la mujer romanos en el primer siglo de nuestra era. Desde las agujas de marfil y las toscas navajas de rasurar importadas de España, hasta los braceros, cijos, ánforas, balanzas, tenazas o armas. El hombre es un incesante creador de instrumentos. De pronto, en un rincón descubro una presencia angustiosa. Es el cuerpo de un hombre en cuclillas que aprieta desesperadamente a su nariz un pañuelo. La garganta tensa, los ojos desorbitados dicen, sin palabras, que ese hombre murió (y sigue muriendo) de asfixia. En esa posición lo envolvió la lava. En esa posición lo recuperó la arqueología. ¿Será éste Plubio Próculo, el panadero, cuyo humilde retrato estaba pintado en una pared de su casa?

No puedo quitar los ojos de su impresionante suplicio y sobre su posición arrinconada y sobre sus rasgos desesperados mi memoria coloca la fotografía de Braulio Carrillo, el zapatero de Managua, encontrado muerto bajo los escombros en análoga posición con un trapo apretado a la nariz, asfixiado no por el gas letal sino por el polvo. Pluvio o

Braulio, la muerte borra los nombres para entregarnos la "eterna historia" del hombre. Me imagino su diálogo:

—Hermano (dice Plubio), supongo que al progresar el mundo tú no tuviste mis dificultades. Que no viste llegar con angustia el vencimiento de los plazos y la figura del tábano cobrador, ni el descaro del rico ofreciéndote perdonar si le dabas a tu hija; ni te humilló el esclavo del millonario llevándote al tribunal porque estabas en mora. Aquí los "humilliores" (los pobres) tenemos un refrán: "Vale más ser esclavo de rico, que ciudadano libre pobre".

Braulio.—Como tus plazos, mis plazos y como tus tábanos, mis tábanos. También entre nosotros vale más ser criado de un Coronel que jefe de un taller.

Plubio.—¿Los cobradores del alquiler de tu casa te cerraban y te sitiaban por hambre?

Braulio.—Usaban otra técnica, me lanzaban del cuarto, los muebles en la calle.

Plubio.—¿Y los "honestiores" especuladores te subían el precio del trigo y de los alimentos?

Braulio.—Encontraron el nombre de "inflación" para encubrir ese robo colectivo de los de arriba que nunca permite al trabajador, por más que trabaje, que su salario cubra su presupuesto.

Plubio.— ¡Pues no ha pasado el tiempo! Y dime ¿viste pasar por tu calle a los Vestii, perfumados, cubiertos con túnicas de finísimo lino de oriente, transportados en literas por docenas de esclavos tan lujosos como sus amos? ¿Sabes de dónde sacan su dinero? De la usura, de la amistad con los políticos y de las lágrimas del pobre.

Braulio.— No ví pasar a los Vestii pero sí el flamante carrazo de otros que viven de la usura, de la amistad con los políticos y de las lágrimas del pobre.

Plubio.—¿Escribiste desesperado en la pared, en la noche “Abajo la tiranía”, y el ojo del espía te vio y te cargaron de grillos en la cárcel?

Braulio.—Escribí en la pared ¡Muera Somoza! y un oreja me delató y me llevaron a culatazos a la chirona.

Plubio.—Y en tu tierra ¿conocieron la República que nosotros añoramos?

Braulio.—En mi tierra conocimos la República, pero ahora se ha instalado el cesarismo pretoriano.

Plubio.— ¡Por Júpiter, hermano Braulio! ¡Pues no ha pasado el tiempo!

Oigo entonces la voz de un empleado: —“Señor, su grupo y su guía hace rato se fueron”. Salgo rápido y me encuentro con un sol napolitano (¡Oh sole mío!) brillante y jubiloso. ¡Como en Managua: un sol que ordena vivir y unas piedras que decretan muerte! Aquí, sin embargo, las piedras conservan un pasado, las ruinas aprisionan historia. Allí, en Managua ¿era historia lo que se hizo polvo, o más bien carencia de historia? ¿Qué hacíamos nosotros, en un pequeño país agrario, ganadero, agricultor —en un país, además, con una geología loca e inestable— calcando modelos ajenos de “Gran Ciudad” industrial, levantando fanfarrones rascacielos, centralizando contra natura la vida nacional, creándonos necesidades falsas y desatendiendo las verdaderas, enfermos ya de megalópolis y todavía descalzos? ¿Qué historia edificábamos traicionando nuestra vocación rural, olvidando que nuestra tierra sísmica prohíbe las concentraciones, creando

una espesa miseria sub-urbana mientras miles de hectáreas de tierras —algunas de las mejores del mundo— esperan baldías brazos e inversión económica para rendir sus frutos y hacer de los nicaragüenses un pueblo sin hambre, dueño de su tierra y de su destino, con cultura (original) y con historia (propia)?

El “sí” y el “no” de nuestra tierra —es decir, su fecundidad agraria y su inestabilidad geológica— pedían y piden un urbanismo humilde (la humildad no significa falta de belleza, ni tampoco deshumanización), el urbanismo propio de una civilización rural, descentralizado, regionalizado; fruto de un auténtico vivir y no del plagio.

Pompeya murió en su ley. Sus ruinas son las de su historia. En cambio, los futuros arqueólogos no encontrarán en nuestros escombros historia, sino alienación.

LA TUMBA DE VIRGILIO

En Puzzuoli, orillas de Nápoles, puede el viajero detenerse frente a una sencilla tumba romana en forma de templo y leer este epitafio: "Mántua me genuit; Calabri, rapuete; tenet nunc Parthenope; Cecini pascua, rura, duces." (Mántua me engendró; me retuvieron los de Calabria; ahora me posee Nápoles. Canté los pastores, los campesinos y los caudillos).

Es la tumba de Virgilio.

Aún no he valorado lo que pueda deber a este poeta latino, finquero y agricultor, en el derrotero que siguió mi poesía. Las cosas que suceden en la infancia tiene repercusiones inconmensurables. De niño, posiblemente incitado por mis primeras clases de latín, o tal vez aconsejado por mi padre, leí a saltos como un juego, entre aburrimientos y sorpresas, las "Geórgicas". Aún conservo ese viejo libro con señales a lápiz en los versos que deben haber gustado a mis ojos de pequeño finquero: "los chivos adversarios topando sus cuernos", "las grietas bostezantes", la ternera que "con abierta nariz sorbe los vientos" . . . etc. Eran referencias poéticas a la vida del campo, que sin duda me empaparon, desde entonces en la mística relación de amor con la naturaleza que brota de Virgilio (aunque no dudo que, en este caso, llovía sobre mojado, porque la comunión con la naturaleza es una de las características de nuestro pueblo agrario y se manifiesta a través de toda la poesía nicaragüense). Además Virgilio, me enseñó en su lectura, no se en qué medida, las tres que yo juzgo principales lecciones humanistas del gran poeta mantuano: 1) *Su pasión por las cosas*, es decir, la valoración de las cosas en si mismas por insignificantes que sean, la observación de sus detalles, y la inquietud por sus causas: "Felix qui potuit rerum cognoscere causas!", dice su verso: ¡feliz el que puede conocer la causa de las cosas! 2) *Su culto por el lugar*; es decir, el sentimiento de vinculación con esa dulce cápsula del ser que es el lugar; el sentimiento de que las fronteras de la persona no terminan en la piel sino que se expanden en co-

muni6n con ciertos sitios y paisajes, sobre todo aquellos que se asocian a los recuerdos de la infancia o a ciertas intensas vivencias del hombre. El solo nombre de ciertos lugares —el lago Lario, las riberas del Mela, Capua, Mántua la sin ventura— tiene una vibraci6n poética casi religiosa en Virgilio. 3) *Su capacidad de compasi6n*, virtud cristiana antes del cristianismo que le permite, en los crueles tiempos de un cruel imperio incorporar a su poesía el sentimiento de simpatía hacia el dolor humano y percibir la entonces inaudible queja del humilde.

Atravesando los campos que Virgilio cantó —en cuyo fondó se yergue, como en los horizontes nicaragüenses, la amenazante silueta azul de un volcán: el Vesubio— puede el aire, que mueve las mieses y las encinas, repetir viejos exámetros. Casi se oyen: “Salve, magna parens frugum, Saturnía tierra, madre fecunda en mieses. . .!”. Tal vez se inventarán mañana aparatos electrónicos de una arqueología acústica que recojan, debajo de capas y capas de palabras, las más nobles voces que llenaron la historia. Porque, como se preguntaba Alfonso Cortés: existe el tiempo? . . . El tiempo de Virgilio tiene una profunda analogía con el nuestro. El tiempo de Virgilio —“al filo del nacimiento de Cristo”—marca uno de los momentos de cambio de mayor angustia en la historia de Occidente. No sólo en Roma sino en toda su zona de influencias, se sentía materialmente (basta leer a cualquier historiador de esa época) el crujido de un mundo viejo que se hundía deshecho a discordias, mientras se abría paso, entre dolores de parto y sangre, lo nuevo. Surge, entonces, la paz de Augusto y se alza el edificio, al parecer imperecedero, del Imperio de Roma. Virgilio, arrebatado por la profecía, augura en su Egloga IV: “Ultima Cumaei venit iam carminis aetas”...

“ya es llegada la edad postrera del oráculo de
Cumae,
ya comienza una nueva gran serie de siglos,
ya la Virgen regresa y torna el reinado de

Saturno,
ya descende una nueva generación de la celeste
altura,
este niño que nace, verá terminar la Edad
del Hierro
y surgir por el mundo una Edad de oro . . .”

¿Quién es ese niño? ¿El hijo de Octavio, sobrino del Emperador? ¿El hijo del Procónsul? ¿Quién? Veinte siglos lleva el mundo discutiendo la respuesta. Lo cierto es que cuando el poeta escribía en Italia su poema un niño pobre, hijo de un carpintero (de un tal José, diría Mejía Godoy), pero perseguido por reyes desde su nacimiento, nacía en un establo en un pueblito marginado de Israel. Magos de Oriente ven entonces una estrella . . . Algo flota en el ambiente que le hace sentir al hombre —en Roma, en Asiria, o en Jerusalén— la llegada de un tiempo nuevo. Como hoy. Como en el clima angustioso de nuestro tiempo, en que todo empuja al cambio; aunque son pocos (y algunos poetas) los que ven estrellas de esperanza.

Pero hay algo que acerca todavía más al poeta mantuaño a nuestro tiempo y a nuestro pueblo. Dentro de la crisis de su época, Virgilio sufrió en carne propia el drama del campesinado de Italia, drama que nos deja percibir a través de sus “Bucólicas”, sobre todo en la égloga primera.

Dos pastores dialogan. El uno, Títiro, suena su flauta bajo un árbol pensando en Amarilis, la muchacha que ama. Entonces Melibeo, su amigo, al oír la música llora, porque va a perder sus tierras despojado por la soldadesca. La alegría de los dos amigos se ve turbada por el despojo y el próximo exilio. Y dice Melibeo:

*“¿Volveré a ver a mi choza de techo de paja?
¿Pasarán estos campos tan cuidados a un impío soldado?
¿Estos siembros pasarán a un extraño? ¡Mira
la miseria que produjo la discordia!*

¡Mira para quién sembramos estos campos!”

Detrás de la queja de Melibeo hay toda una amarga historia. Copio un texto:

“El triunviro Octavio César, en el año 713 de Roma, dio orden de despojar de sus tierras a los campesinos de la región de Mántua para repartirlas entre los soldados que habían luchado por él en la guerra civil. La hacienda paterna de Virgilio tocó en suerte al centurión llamado Arrio y al verse despojado el poeta acudió al César implorándole la devolución de lo suyo. Octavio, haciendo honor a la fama de Virgilio, ordenó se le restituyera, pero la soldadesca, insolentada, volvió a apoderarse de la finca de Virgilio y éste viose no solamente despojado de nuevo de ella, sino que estuvo a punto de perecer víctima de los soldados rapaces, teniendo que pasar a nado el río Mincio para salvar su vida. Apeló una vez más al Emperador y Augusto no sólo le devolvió sus tierras, sino que lo distinguió con su admiración y su amistad”.

Pero Virgilio no olvidó el dolor de los demás. En sus églogas resuenan los lamentos de aquellos que sufrieron como él y que no tuvieron la suerte de encontrar justicia.

Y los ecos de su égloga aún resuenan. Pasan el mar. Llegan a América. Cuando bajan del Norte, o de Matagalpa o de Chontales humildes campesinos a denunciar abusos y despojos, cuando bajan los Catalino Flores, a quien la injusticia llevó a la rebeldía; cuando bajan los Leoncio García a solicitar amparo; o los Aráuz de Mancera (que nunca regresaron); o los Maldonado de la comarca de Castilla cuyo despojo clama al cielo; o las mujeres mártires de Cuá; o las viudas de Julián Ramos y de Pedro Granados, con sus rebosos negros denunciando el crimen en los juzgados; la égloga de Virgilio puede responderles: —Allí donde el poder se basa en las bayo-

netas, las tierras del indefenso campesino irán cayendo en manos de quienes tienen las armas; en manos de los soldados y de los partidarios armados del César.

Recuerda esta tumba. Aquí yace un campesino cuya tierra la salvaron sus poemas. ¿Cuántos —en cambio— no tuvieron tierra ni siquiera para su tumba? ¿Cuántos —Como canta su égloga— fueron a morir exilados a la caliente Africa, o a la lejana Escitia, o acabaron miserables en los suburbios de Roma?

*“jen quo discordia civis
produxit míseros . . .!”*

¡Mira a qué miseria nos condujo el estar desunidos!

CAPRI:

El aislamiento del tirano

A una hora de Nápoles en barco —un cómodo y veloz deslizador para doscientos pasajeros que despertó mi envidia de navegante lacustre— queda la isla de Capri, una de las más altas y bellas del Tirreno: parece que el mar se pone de puntillas para levantar la bandeja de esta escarpada y blanca roca, de quince kilómetros de circuito, coronada de frutas, olivos, mirtos, rosales, vides, villas, ruinas y palacios, y dos pueblos —Capri y Anacapri— a los que no se llega sino que se trepa para hacerle honor al nombre de Capri que viene de cabro.

Desde arriba uno se siente dueño del mundo y sus rutas, asociado al Olimpo de los dioses que incubaron las civilizaciones. Abajo uno se cree abordando las riberas de un planeta caído. Los escarpados farallones de 200, 300 y hasta 800 pies de altura, abren, con frecuencia —a nivel del mar— oquedades y misteriosas grutas donde las aguas adquieren los colores más increíbles y fascinantes. Son famosas, desde los tiempos fenicios y griegos la Gruta Azul, la Gruta Roja, la Gruta Blanca y la Gruta Verde, criaderos de ninfas, reales y mitológicas, donde el agua es ópalo de fondo blanco y reflejos rojos y verdes, o zafiro de un azul fluorescente como si el agua cubriera la luna, o turquesa, o jade. Las aguas que bañan a esa linda noruega en bikini son las mismas que hicieron nacer, de la poesía y del mar a Anfitrite, a Deianira, a Dioné o a Eudora. Apolodoro habla de cuarenta y cinco nereidas. Yo, en estos tiempos de turismo, hubiera podido pasar el día sin acabar de contarlas. Cerca de la Gruta Azul el guía nos señala unas rocas, el "Scoglio delle Sirene". Aquí, donde yo voy Ulises tuvo que taparse los oídos y amarrarse al mástil para no ser atrapado por el mágico canto. Estoy seguro que si mostrara una fotografía a colores de esas rocas y de sus costas llenas de muchachas de trenzas doradas y de flores de bugambilia prendidas de los farallones, nadie dudaría de la tentación de Odiseo.

Atracamos en el puertecito de Marina Grande y ascendimos por un funicular a Capri. El pueblo, con sus complicadas callejuelas de sintaxis medioeval, su torre, su gran reloj,

sus infinitas tiendas, puestos de souvenirs y restaurantes, invita a beber un vaso del delicioso vino "Capri", seco y de finísimo aroma y a comer un pulpo arrancado del tridente de Neptuno. Pero hay que salir del centro del pueblo —demasiado atiborrado de turistas— y perderse en el laberinto de caminos emparrados, bordeados de naranjales, de enredaderas, de pequeñas villas y de increíbles paisajes. En cada recodo del desigual terreno se abren abismos desde cuyos balcones se dominan castillos, palacios, ruinas imperiales y al fondo, omnipresente y sonoro, el azul inefable del Mediterráneo.

De pronto miro en la tierra, a mi lado, una sombra. Vuelvo los ojos y me encuentro con la estatua de mármol de un alto y orgulloso romano cuya mano erguida todavía empuña una inexistente espada rota. Me acerco. Es la estatua del emperador Tiberio.

Dominado por la belleza del paisaje había olvidado que este paraíso fue el nido de una de las águilas más sanguiarias y repelentes de la historia del mundo. Había olvidado que Capri, a pesar de su esplendor casi divino, fue uno de los lugares malditos desde donde se dictaron para todo el imperio romano las órdenes más crueles y los ultrajes más degradantes para la dignidad humana. Miro la estatua: Un guerrero de estructura potente, pero el rostro, debajo de una frente abombada —que quizás acusa degeneración— el diseño triangular de la cara con su aguda barbilla, sus ojos inquisitivos y miopes y su boca recogida y desdeñosa, parece la fusión del gavián y del lobo. Este hombre hizo temblar al mundo. Este hombre fue al comienzo un buen gobernante y un gran administrador. Fue un técnico excelente con un alma perversa, hasta un día en que esa alma enconada lo dominó enteramente y se le salió la fiera, devorando todas sus anteriores y vacilantes virtudes. Lo extraño es que ese período final y brutal de Tiberio coincide con su llegada a Capri donde se encerró para gobernar al mundo durante sus últimos once años de vida. ¿Cómo pudo inspirarle tanta maldad y crueldad este lu-

gar de belleza y de contemplación, de brisas musicales y de azules casi angélicos?

Toda isla produce dos movimientos opuestos en el espíritu del hombre: la sugerencia de ilimitadas posibilidades (el mar por todas partes llamando a la aventura y a la expansión de las potencias del alma) o la opresión o claustrofobia de quien siente al mar o a las aguas como paredes de una prisión. Para unos, como Ulises, como Colón (como Cifar) las islas son puntos de partida, invitación para extraverterse, por la osadía o el sueño, en grandes empresas. Para otros, las islas aíslan, introvierten, agudizan la soledad o la misantropía.

Pero lo grave de Tiberio —dice Gregorio Marañón— es que buscó deliberadamente una isla para cultivar su resentimiento y su misantropía. Capri es como el mito del aislamiento del tirano. Toda tiranía, indefectiblemente, se construye una isla (una isla rodeada de serviles y de espadas, una isla separada del mundo por la adulación y el miedo) y una vez en su isla, alejado y temeroso de su pueblo, el tirano se precipita, de crueldad en crueldad y de arbitrariedad en arbitrariedad hasta su final.

Tiberio, en el comienzo de su carrera demostró virtudes prometedoras: rechazó los honores, fue un hombre sobrio, sencillo, disciplinado y demócrata. Pero, por una parte recibió tales muestras de servilismo —incluso del mismo Senado Romano—, conoció tales bajezas de adulación, que su natural desdeñoso no supo superar el asco y educar a sus colaboradores, sino que dio rienda suelta a su misantropía (los serviles, ¡qué culpables son de la perversión de los tiranos!) Pero, por otra parte, el buen administrador tenía un alma resentida y criminal. Tiberio no concibió otra forma de garantizarse el poder que matando a todo posible competidor. Sus venganzas hicieron historia. Y el pueblo reaccionó. Las virtudes burocráticas nunca son populares y el Emperador tenía dos defectos para despertar el odio de Roma: su desdén y su crueldad. Aquella montaña de ilustres cadáveres subleva el alma popular. Los muertos o prisioneros son políticos

notables, o hijos de caudillos amados o generales llenos de méritos. Las sublevaciones son reprimidas con exagerada crueldad. El odio popular crece. El Emperador ya no se deja ver del pueblo. Se rodea de una guardia impenetrable. Cuando recorre calles o caminos, la guardia que lo precede arroja a golpes a todo viandante, prohibiéndose incluso que se le vuelva a ver de lejos. A los actos públicos ya no asiste y cuando lo hace es blindado de espadas y de escudos. El pueblo capta el miedo del tirano y aumenta su odio: las paredes amanecen llenas de injurias contra el Emperador. Sus estatuas aparecen manchadas o mutiladas. Entonces se retira a Capri.

El reinado de Tiberio desde Capri fue el período más siniestro que conoció Roma. El arma de Tiberio para gobernar desde lejos fue la delación. Por una ley concedía al delator una parte de los bienes del acusado si resultaba culpable. "El resentido en el poder —observa Marañón— recurre enseguida a sus hermanos de resentimiento, que son los delatores". Y Tácito escribe: "Jamás como entonces reinó la consternación y el sobresalto en Roma. Se temblaba aún estando entre los parientes más próximos. Nadie se atrevía a hablar. Todo oído era sospechoso". En efecto: "las paredes oyen cuando la justicia calla".

El instrumento de Tiberio en Roma para este gobierno del terror fue su valido Sejano, su ministro de gobernación y de crueldad. Pero un día le llegó a Capri una carta delatando una oscura conspiración de Sejano. Tiberio le ordenó presentarse al Senado para recibir los máximos honores. Sejano, vestido de gala, llegó glorioso a la Asamblea y allí un pretoriano de Capri entregó al Senado el pliego lacrado de la petición del Emperador. El hipócrita pliego que comenzaba exaltando los méritos de Sejano, terminaba enumerando sus crímenes y pidiendo su condena de muerte. El Senado, que odiaba al Ministro, lo condenó por unanimidad. Conforme la cruel costumbre, la condena recayó sobre toda su familia. Su esposa y su tierno hijo varón fueron pasados a cuchillo. Cuando le llegó su turno a su pequeña hija mujer, se tropezó con la vieja

ley romana que prohibía ejecutar como criminales a las vírgenes. Entonces un decurión, “por órdenes superiores”, violó a la niña para inmediatamente después ahorcarla. Este acto tremendo e inhumano ha quedado para siempre grabado en sangre en las páginas de la historia, como la expresión más horrenda pero más clara de lo que significa la legalidad para las tiranías. ¡Regístrense todas las “legalidades” de las tiranías y siempre se encontrará que, para cumplir con la ley, se viola la ley. Que para cumplir con la Constitución se viola la Constitución. Que para “garantizar” los derechos humanos, se violan los derechos humanos. “Los tiranos —dice Montesquieu— conservan las leyes pero las vacían de su alma”!

La muerte de Sejano no mejoró la situación, sino que la agravó, porque Tiberio aumentó su suspicacia y su rencor. Lleno de pústulas que afeaban su rostro vivía encerrado en su inasequible palacio en el paraje más alto de Capri, ordenando ejecuciones tras ejecuciones. En la lejana Roma el pueblo clamaba inútilmente contra el monstruo. Hasta que un día llegó la ansiada noticia. El Emperador había muerto. Entonces el pueblo, ebrio de alegría, se echó a la calle, cuenta Suetonio, gritando: ¡Tiberio, al Tíber! (¡Triste explosión de venganza! —arrojar el cadáver odiado a las aguas del río— ¡Triste solución de un reino de servilismo y de terror! Mientras el pueblo enronquecía contra el tirano muerto, en las grietas del palacio de los Césares salía del nido una nueva serpiente: el asqueroso Calígula!)

. . . Cuenta una historia que ya en sus últimos años Tiberio llamó a cuentas a Capri a uno de esos procónsules que los imperios envían a explotar a las lejanas provincias. El procónsul Poncio Pilatos, mientras se justificaba de varias acusaciones, contó a Tiberio que había hecho crucificar a un galileo que se decía Hijo de Dios. —¿Se amotinó el pueblo?, preguntó el siempre temeroso Tiberio.— No, contestó Pilatos. Pero lo extraño es que sus discípulos y seguidores aseguran, hasta en el martirio, que ese hombre resucitó:

Añade la tradición que Tiberio, que estaba muy enfer-

mo y con el horror a la muerte, se interesó hasta la obsesión por la noticia del resucitado. Mandó a buscar y perseguir cristianos y los hizo llegar a Capri para arrancarles, a tortura, el secreto de aquella resurrección. . No pudo hallarlo. ¡Nadie estuvo más cerca, ni más lejos de la resurrección! ¡El fue el Emperador bajo cuyo dominio murió Cristo! ¡El protagonizó el reinado del crimen y del odio cuando a su lado se abría el reino del Amor!

ROMA:

O el lugar común

Cada viajero lleva una Roma, "su" Roma, dentro y quiere re-vivirla o desplegarla como calco sobre esta enorme Roma real, relicario de tres o cuatro mil años de historia. La abuela de Gertrud von Le Fort (En "El Velo de Verónica") consideraba que Roma era la Roma del Foro —cuyo plano tiene la belleza difícil de la sintaxis latina— y la del Panteón —donde reposa Rafael junto al rey Vittorio Enmanuel I y, afuera, ronronean perezosos entre las ruinas los gatos romanos. Es la Roma-abuela. Mi amigo Luis Alberto Cables subiría — ¡estoy seguro! — con la misma agilidad de hace 25 años las empinadas escalas del Monte Palatino cuyas ruinas todavía emanan la poderosa majestad cesárea en que inmantó su romanticismo imperial Mussolini. Y esa sería "su" Roma. Pero está también la Roma medieval, borrascosa y feudal pero tan picasseana a veces en los frescos "románicos" como auroral y reconstituyente en Santa María de Trastévere. O la Roma Renacentista. (Pocos son los que se detienen a ver cómo lo que se mueve en Roma, lo que danza en su gran masa arquitectónica es obra de esa Roma renacentista. Se pudiera escribir un tratado o un ballet sobre el movimiento barroco que imprimió, en la serenidad de Roma, ese extraordinario bailarín de las piedras que fue Bernini. Movimiento muy romano, pero revolucionario dentro de lo romano: como si la arquitectura y la escultura romanas —tan majestuosamente quietas— se llenaran de pronto de música y comenzaran una solemne danza religiosa y vital. Ritmo de "Dóminus vobiscum" —de brazos que se abren en el saludo pontifical — tiene la colosal Plaza de San Pedro del Vaticano con las hileras de columnas en curva de Bernini. Danza de oración y de incienso son las inmensas columnas de bronce del "baldachino" del altar Mayor de San Pedro. Danzas escultóricas son las fuentes de Trevi donde las blancas estatuas —que creían haber alcanzado su reposo en lo clásico— cobran de pronto vida y danzan junto al agua. . .) O la Roma de los peregrinos, la que nació sobre la Colina de los Vaticanos o Vaticana y que hoy —en el naufragio del mundo— es la única

Colina de la Esperanza.

Y está la Roma que traen “dentro” tantos turistas. La Roma de la “dolce vita” de Vía Véneto. (En sus rugientes o silenciosos “Jaguares” y “Rolls-Royces”, lánguidos peinados espléndidamente despeinados y ojos inmensos enmarcados de azul dejan ráfagas de esos seres de la actual mitología: las *estrellas*: luces fugaces en un cielo raso e incandescente que en Roma tiene los mejores rostros del mundo: Mónica Vitti, Antonella Lualdi, Elsa Martinelli. . .)

¿Cuál es tu Roma? —Escoge y excava en los siglos: Si quieres las lecciones del Orden Monárquico llega hasta los Tarquinos e interrógalos en el Templo de Júpiter Capitolino. Si quieres el Orden Republicano invoca a los Escipiones en sus tumbas —allí están— o háblales en el Templo de los Dioscuri o en la Basílica Emilia cuyas ruinas contestan al apagarse el sol. Si quieres el Orden Cesáreo pregunta por el Divino Julio en su Templo o en los trágicos escalones donde se cumplieron los Idus de Marzo. O si quieres el Orden Imperial, sube al Palatino y mira todo lo que hizo Augusto, aquel que dijo de Roma: “He recibido una ciudad de ladrillos y la dejo de mármol”. O si quieres la Aventura o la Rebeldía, levántate con los Plebeyos contra los Patricios en el Aventino, o insurge con los Esclavos y con Espartaco, o toma tu arma con los republicanos contra el dictador, o únete a esa fabulosa fila del espíritu y de la libertad que va a luchar contra el Estado deificado en los mártires cristianos. Si eres militarista allí tienes a los pretorianos. Y si eres demócrata allí tienes a los Cónsules. Mommsen escribió: “todo lo que no está en la historia de Roma, es utopía”.

EL LUGAR COMÚN

Todo lo que se puede decir de Roma, ya está dicho, porque Roma es el más respetable, sugerente, consagrado e inagotable “lugar común” del mundo. Todos los caminos lle-

llevan a Roma", dice el refrán. Todas las historias llevan a esta historia. La emoción que puedo sentir yo en ella, la han sentido, si superficial, todos los miles de turistas que diariamente la visitan. Si cordial y honda e incitante, todos los peregrinos que llegan a Roma. Si ingeniosa, si meditativa, si filosófica, si poética ¿qué torrente de pensadores, de cultivadores de frases, de meditadores, de intuitivos poetas, no ha venido aquí y alimentado sus mentes con las sugerencias de este mismo paisaje, de estas mismas ruinas, de estos mismos capítulos imborrables de la más noble historia del hombre?

Si aguzas el oído puedes oír, sobre las lozas de sus imperiales vías el golpe marcial de los pies Legionarios, las humildes pisadas de las sandalias de los mártires, la confusa multitud plebeya, el orgulloso paso de los patricios. Y más apagadas y anteriores, debajo de las lozas, otras pisadas puedes oír, en turbas, pasando, transitando a otras Romas anteriores. A la Roma de siempre. Al *lugar común*. Etruscos, troyanos, albanos, sabinos, romanos, cristianos, bárbaros. . . cada uno pasó a "su" Roma, como cada turista, como cada peregrino pasa hoy a "su" Roma. Y, después de todos, rezagado en la infinita fila ¿qué puedo decir yo de "mi" Roma?

II

Al caer la tarde, tomo la estrecha calle del Castillo de Sant Angelo, con el deseo de entrar a la noche y a Roma a pie, despaciosamente, morosamente, porque la Urbe en ningún momento es más imperial y majestuosa que en el crepúsculo, con el manto rojo del sol que cae: rojo de Roma, cósmico, antiguo y pétreo. Pero octubre estaba demasiado luminoso y al cruzar el Puente Unberto 10. vi el Tíber, reflejando el oro otoñal, solitario y lleno de paz bucólica. Es desconcertante lo que pasa en el Tíber. Su cauce y sus riberas, entre murallas de cemento, ven correr unas aguas solitarias y melan-

colicas como si fuera un río de otra edad expuesto en un museo. Arriba, bordeándolo, las calles paralelas rugen de tráfico: ese tráfico romano, loco, veloz, hormigueante, como una permanente invasión de los Bárbaros sobre la capital del Imperio. Yo bajé la escalinata del puente. Quise bajar, dialogar con el sucio, olvidado dios antiguo. Toda ribera de río está llena de voces inefables. ¡cuánto más el viejo Tíber, padre río de la historia, pastor de civilizaciones, pontífice fluvial!

Sobre una roca un pescador me ve bajar, me observa, me saluda. Tal vez se extraña de que exista otra persona en Roma amiga del abandonado dios pardo. Pero yo no pesco peces sino pensamientos. Bajando las gradas me acordé que hace una semana, regresando de la hacienda de José Coronel se nos descompuso la lancha a motor en el Río San Juan de Nicaragua y buscando auxilio remamos, ya de noche, hasta encontrar en la solitaria ribera el ranchito de un ribereño.

Caía un aguacero caribe. Bajamos para alquilar un bote. Así conocí esa noche a Cristóbal: una especie de monje, más que monje, un eremita casado que vive en una choza de paja y varas, casi transparente, a dos o tres horas a remo de todo otro morador: rodeado por la selva, en un zancudero fabuloso con su compañera —una simpática mujer de ojos verdes y claro color trigueño— y sus tres niños. Su trabajo es sacar adelante una pequeña milpa sembrada en un claro de la selva y pescar.

—A veces salgo con los perros a tirar. Pero poco. Siempre, sí, cae algo. Su venado. Su danta. . .

—¿Y no hay tobobas? — preguntó Alvaro Villa.

— ¡Anoche casualmente maté una allí donde está usted!

Y seguimos dialogando. Cristóbal gentil, nos enciende su transistor: es lo único que puede ofrecernos y es lo único que lo comunica con el mundo. . .

En cambio, el pescador del Tíber no es tan silencioso como me pareció al comienzo. Después de algunas preguntas, sobre todo cuando supo que yo era de América —tropo lontano— se volcó en confidencias y tomó un aire crítico y harto superior para hablarme de la pobre Roma a la que estaban haciendo invivible los fabricantes de automóviles, los turistas y los concilios y sínodos —una locura del buen Papa Juan!

—¿Y usted pesca por deporte?, le pregunté yo.

— ¡Por comer, por comer! — me contestó golpeándose la barriga. — Yo llevo una vida primitiva, sana. . . ¡Eso de allí arriba (y me señaló hacia el confuso y enloquecedor ruido de los miles de automóviles caracoleando), eso es suicidio!

Y despotricó contra el trabajo cada vez más rápido y tiránico. Contra la educación actual, contra el culto al dinero, contra el activismo — el hombre parecía un viejo modelo “hippie”, antecesor y maldiciente, con su barba entrecana, su caña de pescador que golpeaba en el agua como acentuando su repulsa del mundo moderno y su voz melodiosa como de un tenor retirado.

Mientras trataba de entender su rápido parlamento, se me cruzaba la imagen reciente de Cristóbal, el del Río San Juan, iqué paralelo! pensaba. . . Dos ríos. Dos hombres en la ribera. Dos soledades. Dos vivencias. Pero iqué opuestos mundos y qué mentalidades antípodas!

¿Serán, en verdad, tan opuestas?

El Río San Juan es todavía la naturaleza retando al hombre. Una noche en el río San Juan es un salto a la prehistoria: un volver al tiempo cuando el Tigris de Babilonia o el Nilo en Egipto —en el amanecer de la cultura— ofrecían al hombre selva, fango y fieras, y el hombre, dispuesto a ocu-

par la virtud de los ríos, a apoderarse de su misterio civilizador, se echa sobre ellos hasta vencerlos, domarlos, civilizarlos. El Río San Juan todavía vence al hombre. El Tíber viene de vuelta, vencido. Y sin embargo, el pescador del Tíber reniega de SU victoria. Hemos vencido a la naturaleza pero las armas que usamos para vencerla, la técnica, la máquina —dice el pescador— se han vuelto contra nosotros y nos están aplastando.

Entre Cristóbal defendiéndose de las tobobas y de los mosquitos, y el pescador romano defendiéndose del aire irrespirable de gas quemado, de los "asesinos automóviles", de los accidentes, hay otro parentesco: los dos ellos se han apartado del mundo que llamamos civilizado. ¿Por qué Cristóbal se aleja y vive en la soledad en que vive? ¿Por pura miseria o por una vocación y gusto por la vida natural e incluso por la soledad? ¿Y el pescador romano? El pescador baja al Tíber proclamando "la vuelta a la naturaleza". Pero ¿es que se puede volver a la naturaleza? ¿Existe la marcha atrás en la historia?

Si Cristóbal se desarrolla, si logra vencer las fuerzas contrarias de la naturaleza y de la vida: si vence al río, si el San Juan se civiliza y entra a formar parte de la familia del Tíber ¿será inevitable que cargue con la preocupación, con el hastío, con la opresión de la conciencia con que carga su cultura el pescador romano?

Algo humano está fallando.

Precisamente, en las riberas del Tíber, junto a San Pedro, otro pescador parece poner y anteponer, como "signos de nuestra época", los problemas de los dos ríos. Dice "Gaudium et spes":

"El género humano se halla hoy en un período nuevo de su historia, caracterizado por cambios profundos y acelerados. Pero, como ocurre en casos de crecimiento repentino, la transformación trae consigo dificultades. Mientras el hombre

amplía su poder, ese poder no pocas veces se le escapa y no consigue someterlo a su servicio. Quiere el hombre cada vez más el conocimiento de su intimidad y cada vez se siente más incierto de sí mismo. Cada vez descubre mejor las leyes de la vida social, y cada vez duda más de la orientación que debe darle. Jamás el hombre tuvo a su disposición tantas riquezas y poder económico, pero nunca tanta gente ha padecido de tanta hambre y miseria. Nunca el hombre ha tenido un sentido tan agudo de su libertad y entre tantos surgen nuevas formas de esclavitud social y síquica. Percibe con tanta viveza, como ineludible la solidaridad y se ve gravísimamente dividido en fuerzas hostiles e irreconciliables. Aumenta la comunicación de las ideas y sin embargo, aún las palabras definidoras de los conceptos más fundamentales revisten sentidos harto diversos en las distintas ideologías. Se progresa en lo temporal, pero no se avanza paralelamente en lo espiritual . . .”

Son contradicciones, desafíos de la historia actual que la Iglesia propone al hombre para que responda.

Yo voy caminando por las calles de Roma y me pregunto — y bien ¿cuál es la respuesta?

Arriba, sobre las cúpulas un signo positivo parece sugerir la única contestación. El que tiene fe mirará en lo alto ese signo conciliador de oposiciones. En la cruz “los extremos se tocan”.

Ya es de noche. Al entrar al hotel pido la llave de mi habitación. La llave de mi soledad. La llave de uno de los reinos de este mundo. (El hombre llena de lujo sus cárceles. Pero al fin y al cabo el símbolo de un hotel es una llave). También la naturaleza, llena de lujo sus soledades. ¡Riberas lujuriosas del San Juan! ¡Vegetación de millonarios! ¡Suntuosidad agobiadora de agua y selva!

Entro a mi habitación: 315. Esta misma noche, en el lejano río, Cristóbal enciende su transistor y sueña en un futuro lejano y difícil oyendo discursos de líderes, anuncios de productos comerciales, novelas y músicas insinuantes, campesinos que avanzan, reivindicadores, sobre una “gran Ciudad”.

Entre tanto el pescador romano llega a su casa y apaga todas las radios. No quiere saber nada de toda "esa porque-ría salvaje y mecánica". Y entonces, ya en silencio, tal vez sueña en alguna época pasada, en el Imperio de Roma, o en su inquieta juventud de valeses y banderas garibaldinas. ¿Es que también todos los sueños llevarán a Roma?

NIZA:
Y un apólogo sobre la Bonelia

Niza tiene dos títulos de nobleza geográfica: capital de los Alpes Marítimos y capital de la Costa Azul. Esa belleza natural esplendorosa de tierra y mar, a veces demasiado cuidada, no puede eludirse (Niza es telúricamente femenina y el sol que la ilumina es erótico), pero nunca se sabe a ciencia cierta en qué momento su encanto es auténtico y en qué momento hemos caído ya en la trampa de un sutil artificio, como el que bebe una bebida motivado por un hermoso anuncio y no sabe que su contento es el resultado de un truco psicológico publicitario. Niza es más tarjeta postal que sus tarjetas postales. Millones de turistas la usan como fondo para fotografiarse en Niza. La bella mujer que baja del lujoso sedán, oculta detrás de unas enormes gafas negras y perseguida por los fotógrafos, puede ser la protagonista del último escándalo de Onassis o una simple modelo que anuncia un traje veranero sobre el fondo del Puente de los Angeles. Niza siempre aparece al fondo de Jacqueline, de la botellita de vermouth, del yate del magnate, de la crónica sofisticada del "gran mundo", de la Coca-Cola, del grito de la moda de verano, de la aventura del ejecutivo y la secretaria, del nuevo rico que estrena su balandro, de la millonaria que atrapa su conde palatino. Hay una Costa Azul que no es ella sino el escenario de una pretensión multitudinaria, de un arribismo en todas las escalas.

Esto comenzó hace un siglo cuando los ingleses descubrieron Niza y Cannes y bajaron en bandadas precedidos por el Príncipe de Gales. Y toda la alta burguesía de Occidente se desplazó a la Costa Azul a mirar a los monstruos sagrados. Niza es la playa de la "belle époque": Sarah Bernhardt, el barón de Rothschild, Cleo de Mérode —la fascinante bailarina que volvió loco al Rey Leopoldo de los Belgas, a quien apodaron Cleopoldo—; Isadora Duncan con su chal rojo (el chal que la ahorcó cuando viajaba en un auto de carrera al enredarse en los radios de una rueda), Bonnard con sus pinceles, Lord Brogham, Serpoller (el Fangio de entonces) alcanzando los 120 kilómetros por hora, Catulle Mendés con su impresio-

nante señora, los héroes del abuelo Rubén y sus marquesas Eulalias: la historia de Niza pudiera ser un tomo más de la obra de Marcel Proust. Un poeta: Stephen Liégeard, del cual ahora nadie se acuerda, escribía entonces un poema de 40 mil versos que tituló "La Côte d'Azur". El título del poema pegó fuego. Desde entonces tomaron estas playas el nombre, que hubiera firmado Rubén, de Costa Azul. Pero detrás del azul de mar, añil y salino, había otro azul pálido de tuberculosis. Todos los tísicos adinerados bajaban de Europa al sol de Niza, buscando sin saber la muerte. Allí está el cementerio protestante con miles de jóvenes ingleses, o el ortodoxo con miles de tumbas de aristócratas rusos. Los hoteleros torcían el gesto ante la palidez de una dama de las camelias. Si no tenía un título o una gruesa libreta de cheques le negaban registro. ¿Morir en Niza? — Resulta absurdo hablar de Thánatos en el reino de Eros. Aquí no se viene a descender a la Tumba— que es el igualamiento más indecente— sino a ascender escalas. Aquí, en tiempos de títulos, nació el "snob". (En los pasaportes al humilde cualquiera, en el renglón "Título", se le ponía "Sans noblece" —sin nobleza—. Con el uso y la prisa los aduaneros inventaron la abreviatura "S. Nob" y dentro de la abreviatura el ambiente vertió el concepto: el que busca nobleza, o distinción, o cultura, o el que lo aparenta). Era la era, que todavía no termina, de las "cenicientas": que aportaban dólares y los barones, duques o condes que aportaban títulos: Mis Isabel Singer (5 millones de dólares) con el Duque Jean Elei Octave Descazés. Miss Ann Gold (doce millones) con el Conde Boni de Castellane. Miss Amie Cutting (millón y medio) con el Barón de la Vrillière. Etcétera. Casar a veces se escribe con "z".

Recorro la Avenue de la Gare, la Plaza Massena, cruzo sus impecables jardines (¿quién como Francia para el arte de la jardinería?!), bajo el puente de los Angeles, el Paseo de los Ingleses —los grandes jets parecen descender en el mar— y recuerdo a Jean Cocteau: "Niza anticuada" (con sus balcones con aire de peinetones "art nouveau", o de miriñaques de los

trajes de nuestras abuelas), “ciudad de cuento, de carnaval, de yeso y oro; ciudad que se cruza como en sueños, que sorprende con su lujo sórdido y con sus plazas rojas, con sus arriates, sus estatuas en pie sobre una pierna en los ángulos de los tejados, sus coches de alquiler con toldos, su decoración de comedia italiana”. Y en alguna mesa del Boulevard Víctor Hugo su fisonomía coroneliana (signo recordando a Cocteau) más que acompañar observará a la bella Otero— la bailarina andaluza que llegó a querida del Zar en la “belle époque”—: “Yo vi a la Otero y no era moco de pavo. Gorgueras, corsés de ballena, faja, pasamanerías, cinturones de avispa, pecheras de perlas, broqueles de plumas, una especie de guerrero erizado de plumas, de largas pestañas, escarabajo sagrado que enjaezaban y acorazaban desde temprano de la mañana robustas camaristas; tiesa, tan incapaz de salir como una perla de su ostra. La idea de desnudar a una dama así, era una empresa difícil, costosa, que era preciso prever por adelantado como una mudanza”.

CAMBIO. Las bellas Otero de hoy no lucen trajes sino cuerpos. La “belle époque” ha reducido sus trapeos. Pero con corset o sin corset prosigue el culto a los monstruos sagrados. Centenares fotografían el yate de Onasis. A la salida de la ópera pacientes turistas hacen cola para ver (y fotografiar) a la Cardot. En un café de la Gare una gringuita salta excitada y derrama su Coca-Cola porque confundió a un viejo calvo, ojos de rana, con Picasso (que ya es difunto). ¿Dónde está Niza?

La desbordante Otero que estoy ahora mirando en la playa no lleva nada. (Incluso el bikini es difícil percibirlo entre los pliegues de su monumental naturaleza). Llegó del frío danés y su inmensa talla, sobre la cual se posa, como rara ave, una cabellera anaranjada, parece fascinar a su pequeño y desmedrado amante, semicalvo pero lascivamente activo a su alrededor. ¡Tanta belleza que se ve en las playas —desnudos recubiertos otra vez de óleos, como las fenicias (que dicen fundaron Niza) o como las romanas; tanta pareja cargando

sus baterías de energía solar; tanta bandada de muchachas con el inevitable escapulario de sus Kodacks. . . y yo, impenitente, vuelvo otra vez a mirar al pequeño amante adherido a su gran Venus como si en la desproporción encontrara el símbolo de algo que flota en el ambiente pero que aún no logro expresar. Me refiero al hombre que se empequeñece para fabricar una "grandeza" falsa, —una diosa monstruo—. La gran mujer del Apocalipsis, la gran Prostituta ¿no es la que el hombre, empequeñecido, crea por su propia aberración? —La dama del "pretensioso" —dinero o posición, poder o lujo ostentoso— ¿no es, al cabo del ridículo, esa "gigantona" que en la tradición leonesa sale a recordarnos con su baile el eterno peligro de volvernosenanos ante la "Gran Babilonia"?

Es Jean Rostand, el famoso biólogo francés, quien me da la clave. Dice: "Baudelaire, en uno de sus poemas, sueña con vivir "junto a una joven gigante". El macho de la Bonelia, un gusano marino de la familia de los geririos, (que habita en las rocas de estas costas mediterráneas) ha realizado con creces semejante sueño. La Bonelia femenina se asemeja, tanto por sus aspecto como por sus dimensiones, a una voluminosa ciruela verde, dotada de una trompa bifurcada y retráctil que cuando está tendida alcanza un metro de longitud. El macho, en cambio, es un gusanito pestañoso cuyas dimensiones no exceden de unos pocos milímetros: junto a su hembra, no es más que una pulga con relación al hombre. Su organización, rudimentaria a más no poder, se reduce casi exclusivamente al aparato genital; ni siquiera tiene tubo digestivo. Un grado tal de degeneración sólo es compatible con una vida estrictamente parasitaria; y, en efecto, el macho de la Bonelia pasa toda su existencia en el útero de su opulenta compañera donde se nutre por imbibición, de los jugos circundantes".

En la naturaleza se da mucho el caso del macho que se enaniza al especializarse exclusivamente en la función sexual. La Bonelia pareciera alertar al hombre con su tragedia de gusano. Porque hay (y aquí abunda) el género "bonelia" en el

hombre que se reduce a macho (y el "machismo" es el complejo de quien se siente demasiado pequeño porque ha hecho demasiada grande su obsesión femenina); en el hombre que enaniza todas sus facultades para convertirse exclusivamente en aparato genital; en el hombrecito que cada día disminuye una pulgada de su estatura espiritual dentro del gran útero de nuestra civilización de consumo donde todo se le ofrece a través del sexo, desde la cerveza —que "es su victoria"— hasta la tela de su traje que tiene la virtud de rendir a la inmensa mujer, a la "joven gigante" de su obsesión.

Pero también existe la Bonelia de la riqueza. El hombre exclusivamente dedicado a producir. La reducción del hombre a la sola función genital del dinero. "Grandes" banqueros, "grandes" financistas —sacados del ambiente de publicidad donde su enanismo parece grande— se disminuyen como el macho de la Bonelia y no son capaces de segregar una idea y ni siquiera tienen aparato digestivo porque se lo han atrofiado y toda su estatura cabe en el útero de la gran caja de hierro donde habitan.

Y también el ejemplar gusano abunda en la política. Tanto votos ciertos obtiene un dictador cuántas bonelias hay en sus dominios. (¡Dichosamente en Nicaragua abundó la abstención!) Porque el servilismo atrofia todas las otras facultades para reducir al hombre a la sola sumisión. "Un grado tal de degeneración —dice Rostand— sólo es compatible con una vida estrictamente parasitaria". Y en efecto, nuestra política es el gran útero donde esos piojos, voluntariamente empequeñecidos, "se nutren por imbibición de los jugos circundantes".

... Pero tiremos al mar el gusano y abandonemos los tristes pensamientos que provoca. El hombrecito de la gran danesa se aleja con ella de la mano. Parece un alpinista del amor. El sol de Niza, al atardecer, es la luz más pura de lo que los portugueses llaman "Saudade". Un grupo de muchachas se esfuerza en arrastrar a la costa un pequeño balandro. Sus risas se enredan en las olas. Cruzo bajo las palmeras de

la Promenade des Anglais y en la conversación va naciendo otra Niza, esplendor del Mediterráneo, joven en su antigüedad, sugerente de inquietantes anhelos y, como el verso de Alfonso

*“Siento bullir locos pretextos
que estando aquí ¡de allá me llaman!*

DER RHEIN

(El Rin)

A los hermanos Coronel-Kautz

En los peldaños del San Gotardo en los Alpes suizos —en ese “lugar donde secretamente se forjaron muchas cosas / para los hombres decisivos”, según el verso de Hölderlin— nace el Rhin. Un beso del Sol y la Nieve le ha dado vida. Pequeño, lo alzaría en un vaso, como un brindis, en este momento inicial de su ríografía. ¿A quién dedicaría el enigma de su puro brotar?

En Schwenninger, desde la gasolinera, vi detrás de una ventana de cortinas azules a una mujer llorando inclinada sobre una mesa. No sé —¿quién podrá saber?— si esas lágrimas son el principio del largo río de un drama. En Managua, lejana ahora como esa estrella fría sobre el cielo alemán, un joven no podría hablarme, emocionado, al entregarme sus primeros versos. No sé si mañana —¿quién podrá saberlo?— sus poemas correrán de boca en boca en el río avasallador de incontables multitudes. Y vi también en Bad Nevenahr, cerca del Rhin, a una pensativa mujer embarazada, que parecía leer sobre la hierba, pero el viento pasaba las páginas del libro bajo su distraída ternura. Y no sé —quién podrá saberlo?— si el hijo que esperaba trazará mañana con su mano el cauce de la historia. ¡Misterio de lo inicial! ¡Misterio de lo pequeño! ¿Quién puede saber la medida de lo pequeño aquí, junto a la primera lágrima, junto a la primera sílaba, junto al primer vagido del Rhin?

—Cerca de Schaffhausen oí de nuevo su torrente. Turbio, de tempestuosa melena salía del Lago de Costanza —su corazón azul— para ser suizo por última vez. Bajo el puente donde se leía, como en un zoológico, su nombre en gótico, “Der Rhein”, me pareció oír recitado por sus aguas violentas el famoso verso de Eliot: “No sé mucho de dioses / pero creo que el río es un fuerte dios pardo/ adusto, indómito, intratable”. Ya no era el niño de rubia rebeldía, que cantó Hölderling, rompiendo rocas y negándose a aceptar los pañales de los montes alpinos, sino el impetuoso y juvenil semidios lanzándose sobre Europa a trazar el eje de su historia.

La carretera no es precisamente la vía para perseguir y

percibir la gigantesca y caprichosa biografía de un río. Cuando volaba sobre el verde-oscuro bolsón del Wüttemberg, me distraía mirando los esfuerzos de la línea blanca de la carretera por acoplarse al ritmo del aleonado Rhin, fiera milenaria de los bosques negros, que pasaba amotinando infinitos ríos y riachuelos en anárquicos zig-zags. La carretera —cauce de la vida técnica— sólo se atiene a su especialización que es: llegar. El río, cauce de la vida natural, va construyendo su propio curso con las circunstancias; tuerce imprevisiblemente o imprevisiblemente se empeña en derribar un monte y pasa y “fecunda nuevos campos / y funda ciudades y en ellas / alimenta a sus hijos”, dice el poeta.

(La mayor parte de nuestros grandes ríos nicaragüenses todavía no fundan ciudades. Son monstruos salvajes. ¿Hemos pensado, visitando las humildes vertientes del gran Yaré o Coco, qué mensaje futuro suenan sus aguas? Todo río es un doble fluir: vida e historia. El majestuoso Coco, todavía analfabeto, es, hasta hoy, solamente sangre vital que fluye Vida elemental. Su única misión hasta ahora es marcar con su diadema, en la frente patria, el límite norte del país. Pero mañana, cuando este país alcance su plenitud ¿será su oficio fundar ciudades y civilización? Cuando el Rhin tenía la edad del Yaré (a 450 años de comenzar su nacionalidad) ¿cómo era? ¿qué historia bordeaba sus aguas bárbaras? Ya en las vertientes del Coco, en el Chipote, vimos levantarse la figura estelar de un héroe: Sandino. A tal héroe, tal río. ¿Y mañana?)

3.- Pero volvamos al Rhin. El automóvil no advierte la historia. No advierte, a la sombra de los abetos oscuros, propicia a la evocación, la imagen de una nave libúrnica de ligeros remos, donde los legionarios romanos vigilan el Limes, la frontera, que está moldeando el alma rebelde y romántica de los germanos. El automóvil lleva demasiada prisa para subir sobre esas ruinas, donde brotan lirios blancos, de una fortaleza del tiempo de Trajano. Es el Rhin romano haciendo historia; desembarcando las armas del Imperio en Maguntiacum —

—que se convertirá en la ciudad de Maguncia—, o en la Colonia Agrippinensis —que será la ciudad de Colonia o Koln—; o en Confluentes, que será Coblenza, etc. Es el Rhin moldeando en romano el alma germana; sembrando la semilla, preparando su entrada a la Historia Universal. Unos siglos después, sobre este injerto, sobre esta fusión de la rebelde libertad nórdica con la severa norma romana, surgirá el Emperador de la Barba florida y fundará —sobre el eje del Rhin— el nuevo “Sacro Romano Imperio de Occidente”.

Detengámonos aquí en Ingelheim —cerca de Maguncia— y pidámosle el poeta palaciego Argelberto que nos permita agregarnos a los cien invitados del Emperador Carlomagno y bajar al balneario del río— donde los cortesanos nadan y ríen, o hacen malabarismos de juegos de palabras en un toscó latín, o le lanzan piropos en acrósticos a las damas que ríen y contestan bajo una pérgola engalanada de cortinajes amarillos. Una voz canta: “Stetit puella / rufa túnica / si quis eam te igit / túnica crepuit / ieia!” —“Estaba una muchacha / con túnica roja / cuando alguien la toca / la túnica cruje / ieia!”... Los cisnes se espantan con tantos rudos caballeros. Alcuino de York, llegado desde Inglaterra, hábil en matemáticas y en hacer ovillejos propone un acertijo al Obispo que bebe, en copa de plata, agua mineral. Menalcas, el cocinero, grita confianzudamente que se enfría la comida. Eberardo, el mayor-domo, está listo con el manto de lino para secar al corpulento Emperador. Lo vemos salir del Rhin chorreando agua de sus rojos bigotes, recio de cuerpo, atlético a pesar de los años y el brazo de cazador y de guerrero poderosamente musculoso. Allí están los infantes Carlos y Ludovico. Y las hijas que se acercan para besarle. “Berta trae rosas, Crotida, violetas; Gisela, lirios; Rotruda, manzanas; Hiltruda trae el pan en un cestillo de mimbre; Teodrata el vino en ánfora de oro”. Les ruegan que dancen. Y al final el poeta Argelberto recita un poema: “Ad Carolum Regen” donde habla del nacimiento de una nueva Roma . . .

Es la crónica de aquella época carolingia. Hombres tos-

cos y sencillos pero con un alto propósito europeo de integración. La nueva Roma ya no tiene por eje, como la antigua, al mar Mediterráneo (conquistado por los musulmanes) sino el gran río: der Rhein. Es el nuevo imperio en que se equilibran los dos genios de Occidente: el Nórdico y el Latino, el cual dará lugar a un primitivo, casi rústico pero vasto "renacimiento" que será la base de la cultura medioeval "enorme y delicada".

(Pienso ahora en el otro río, en el río del Sur, protagonista de nuestra historia, padre río Desaguadero, entrada y corredor de Europa hasta la entraña indígena de Nicaragua. Río San Juan. ¿Qué renacimiento futuro está allí, condicionando a esas aguas silenciosas que unen el corazón del país con el Atlántico? Ningún emperador de barba florida se baña en sus riberas selváticas, aunque algunos poetas cruzan y cruzan sus aguas interrogando al Destino. Ese Castillo mudo y vetusto ¿es símbolo de algo? Ese Castillo que significó el primer capítulo de una historia que convirtió a Nicaragua en centro geográfico de América ¿tendrá en el porvenir una proyección nueva? Porque hace tiempo que el río cerró sus puertas y que el país le dio la espalda al llamado del mar. ¿Cuál será el futuro de una tierra a quien se le dio un inmenso Lago y un río para convertirse en puerto del Istmo? ¿Vendrán hombres con alta mentalidad integradora que rescaten ese destino, o nos hundiremos para siempre en un provincianismo cerrado, sometido y tributario servil de los imperios extranjeros?)

4.— Pero volvamos al Rhin. Allí están las siete colinas que rodean a Bonn —la capital suplente—. Subamos a una de ellas, entremos al Castillo de Godesburgo, ahora un romántico restaurante y hotel, donde Beethoven convirtió estas aguas en un río orquestal de inefables melodías. Beethoven es el Rhin hecho música. Desde esta altura —en el dulce crepúsculo— ves hacia el sur un Rhin romántico pasando entre castillos; cada castillo una leyenda, cada leyenda un coro de romances, lieds y poemas entre viñedos, abetos, hayas, hadas,

enanos, caballeros hechizados, muchachas rubias en las ventanas. Este es el Rhin lírico. No sabes si estás aquí o allá; en el tiempo de los trovadores o de los ejecutivos. Aquí el Rhin se ha convertido en un río de vino. En sus aguas doradas y embriagadoras de romanticismo se alza la imponente roca de Lorelei; la linda muchacha hechicera a quien el rey manda, en castigo recluir en un convento. El rey no sabía que ella buscaba por la magia recuperar a su amado: un joven guerrero que partió para siempre a la guerra. Ya la llevan presa tres caballeros. Ya les suplica ella, con sus verdes ojos llenos de llanto (¿quién se niega?), que la dejen mirar por última vez en la lejanía del río si viene el amado. Ya mira. Ya grita de alegría porque lo ve en las aguas. Ya se lanza desde roca al río y desaparece. ¡Todavía el eco repite: ¡Lorelei! ¡Lorelei! ¡Lorelei!

Pasemos —siguiendo hacia el norte— la última y legendaria colina —el Drachenfels— donde Sigfrido mató al dragón que guardaba el tesoro de los nibelungos: ahora se abre ante nuestra vista la gran llanura llena de fábricas, minas, represas, ferrocarriles, autopistas, barcos, lanchones sobre el río, carbón, humo, sirenas —no las románticas del Rhin que aquí murieron, sino las estridentes de la industria— y los hormigueros de vehículos. . . ¡Oh riberas de la Renania del Norte, chimineas y muelles de Düsseldorf, malecones, puentes, aguas sucias del Bajo Rhin! Sigfrido luchando con dragones de acero, la historia (¡Siglos de historia!) desembocando en el monstruoso y devorador siglo XX! ¿Será inevitable, en el camino que llaman del desarrollo, desembocar en estas aguas contaminadas y en esta fiebre fabril? ¿No tiene otra salida el mundo que quemar sus paisajes, envenenar sus aguas, hundirse el hombre en un insaciable producir y oír, como canto de sus ríos —no el trino del ave, no el salto del pez en el silencio meditabundo de las aguas— sino la estridente sirena o el rechinante rugido metálico de los motores? ¿Será este final del Rhin, el final obligado de nuestros ríos —será esta actividad devastadora la que le espera al Coco y al San Juan como

meta de lo que llamamos Progreso— o inventará el hombre un reino nuevo, un reino donde sea posible la leyenda, el árbol, el agua pura, el amor enamorado, el ocio para crear, el cielo limpio y —más allá de su azul— una Esperanza trascendente?

HANNOVER:

Las manos y la cabeza

Dirección Hannover. Velocidad 120-130 kilómetros por hora. Está bien. Admiramos las autopistas ("autobahn") alemanas. Cuatro anchas carreteras: dos de ida y dos de vuelta; ocho rutas sin restricción de velocidad, señales perfectas, imposibilidad de colisión salvo una mala maniobra al adelantarse un auto al otro, o un timonel que se duerma. Entonces. . . Porque esto es viajar en un avión que nunca levanta vuelo, y si lo levanta es hacia la muerte. El paisaje sólo se puede retener como una síntesis; se te hace un mapa en la retina, se te hace total. Y el detalle, que es el gozo, lo dejas para el fin de semana. Esta es la vida de nuestra civilización actual: El variado país de Westfalia no tiene tiempo de enseñarte su variedad tentadora y desconcertante. Pero en la gasolinera te ofrecen su mapa y las lindas fotos de los lugares por los cuales tú, ahora, solamente puedes suspirar. Te invitan a un fin de semana para apreciar, vivir, sacarle su esencia al detalle. Ahora la "autobahn" te exige rapidez, totalidad superficial. No te empeñes en jugar este extraño ajedrez de paz rural y locura fabril, bosques o valles y luego grandes industrias, campos y fábricas. No, no te empeñes en querer detener en tus ojos esas bellas casas entramadas, con grandes vigas talladas y de color sobre sus blancas y ventrudas paredes, esas casas de los cuentos de Grim, esos pueblitos y escenarios rurales donde sucedieron las imaginarias aventuras de una Bella Durmiente, o de una Caperucita Roja —los hermanos rubios del Tío Coyote y del Tío Conejo o del latino y ladino Pedro Urdemales, estampas de tus primeras expediciones al mundo de las letras. Tu niñez está a muchos kilómetros de tu meta y esa no es ahora tu meta. No hay tiempo para la niñez. Espera el fin de semana. No te entretengas en mirar los prados húmedos rodeados de grandes bosques, ni mires los ciervos en libertad, ni los primitivos bisontes de Europa, cuya raza aquí mantienen. Si tu niñez está tan velozmente lejos ¿cómo quieres sumergirte en la prehistoria y meditar sobre esos bisontes de paleolítica figura pero de cansada y casi comprensiva mirada de boxeador retirado?

—Ya volverás. Hoy “vas”. Y el verbo ir no tiene tiempo de tener tiempo en nuestra edad. Tu historiador te quisiera hacer gritar: “¡Por favor: disminuya la velocidad!” Atravesamos el gran bosque de Teutoburgo donde fueron derrotadas las legiones imperiales de Roma por el temible Gue-rusco. ¿No ves la batalla a la sombra de los abetos; no sospechas, detrás de cada oscuro tronco, en el verde y húmedo y confuso escenario selvático, a un feroz guerrero rubio? No. No veo. Volveré con mi libro. Con mi auto. Con mi cesto y un vaso de cerveza, un fin de semana, a revivir la batalla.

Ahora vamos a Hannover.

Cinco, diez, veinte mil industriales en Mercedes Benz, cinco, diez, veinte mil obreros, artesanos, comerciantes, en Taunus, Opel, Volkswagen, no pueden permitirse tu suspiro histórico. Sus pies sobre los aceleradores no pueden bajar la presión. Tienes tus minutos contados, tus kilómetros contados. En cada trébol de la inmensa autopista entran ríos tributarios de automóviles.

Hannover. Hannover. Hannover. Los grandes rótulos azules de las señales de tráfico te ordenan que disminuyas, lentamente, gradualmente —120-100-80— tu velocidad. Flechas que guían. Flechas para el rugiente rebaño motorizado. Policías que colocan sus brazos enguantados en blanco, con la misma fría, impasible, ordenada, decisión de las flechas.

Hannover. Has llegado a Hannover. Calle Vahrenwalder. Georgstrasse. Marienstrasse. Sigue la caravana. Ahora la velocidad sufre la embolia. Veinte mil autos están entrando a la vasta plaza de estacionamiento. Grandes globos y gigantescas figuras de caucho avisando productos o firmas industriales alemanas se mueven en el aire con lentitud de monstruos antidiluvianos. Suenan campanillas de los vendedores de helados y chocolates. Ronroneo de preguntas infinitas. Mapas de la gran exposición: Messe. MESSE. MESSE. Y tú con tu dedo y él con el suyo buscando: el stand de la

industrias ópticas: varios pisos, salones de mil metros o más, aparatos de fotografía, cámaras, lentes, máquinas. Stand de las industrias de la madera. De las industrias eléctricas. De las siderúrgicas. Telefunken. Siemens. Hoestch. Durkoop. Máquinas para plásticos. Máquinas para textiles. Transportes. Ferrocarriles. Inmensos gigantes de la Krupp. Motores de Mercedes-Benz. Relojes. Productos de fundición. Máquinas. MAQUINAS. . .

Con el mapa en la mano tú recorres este rugiente y fabuloso museo de la inventiva y de la actividad febril y fabril del pueblo más industrial de Europa: en un solo piso centenares de máquinas están trabajando, cada una significa un invento nuevo, una modalidad, una conquista de economía y eficacia en un solo orden: trabajar la madera. En otro piso recorres lo inimaginable en inventos de la industria textil. En otro edificio, centenares de marcas fotográficas, accesorios, cinematógrafo, televisores, radios. Decenas de máquinas para todo uso en oficinas: máquinas para abrir cartas de correo, para sellarlas, para archivarlas. Una silla de ruedas para paralíticos que sube una escalera. Una emisora minúscula que el enfermo traga y mide y registra los ácidos de los jugos gástricos. Otro piso. Otro pabellón. Baja. Sube. Entra a otro enorme stand: Una industria de productos químicos completa la ves aquí trabajando, pero en miniatura. No necesita un solo obrero. Es absolutamente automática. El producto es transportado por pequeños trenes eléctricos. Entra a la fábrica, es beneficiado, pasa por todos los trámites, sacado, metido y vuelto a sacar por manos plásticas, por grúas, por imanes, por aparatos de succión y al final de la gran labor mágica, otros trenes eléctricos la reciben, cargan y parten. Si aquello es admirable, ésto, en miniatura, en juguete, es fascinador. Miles de ojos se pegan al ventanal de vidrio siguiendo cada movimiento del gran prodigio autómatas. Y en cada lugar, en cada "stand" yo miro la atención, el arrobamiento, la contemplación del alemán cuando las máquinas funcionan: Mística de la máquina. Aquí parece que cada alemán ha inventa-

do una máquina o ha traído un invento para el gran museo: Vulcano es una marca de industria del acero. Venus, una marca de portabustos. Hércules golpea con sus gigantescos martillos "Destron-Motoren". 7 mil voltios arroja Jupiter. No verás las estatuas en noble mármol, pero sí los dioses de prepotente acero. Olimpo del Ruhr. Mitología de dinamos y grúas. Cada alemán ha tenido un hijo con la divinidad moderna. Elektro-Maschinen. Todo esto tiene que servir para algo más. Tú te embobas, te solazas con esa máquina, tan inteligente como una fea secretaria, que te hace cálculos electrónicamente; te contesta; te libera del error; te rodea de números ciertos que tú conviertes en dinero, en comodidad burguesa, en seguridad financiera.

Pero ella quiere liberarte. Ella —la máquina— te ofrece el ocio y tú lo rechazas. Te dice: "Yo soy la técnica, tu esclava". Pero tú olvidas que eres el señor. El hombre. Der Her.

—A usted no le gustará esto, me dice el técnico.

—Estoy cansado, le digo.

(¡Oh Dios! La guía de esta inmensa Feria tiene el grueso de cinco guías de teléfono. Misericordiosamente la obsequian con un valijín plástico para cargarla. La tiraría en cualquier parte pero mí cicerone, el Técnico, tiene cara de pocos amigos). Porque, en verdad estoy cansado; la velocidad y el número me cansan, le digo. Pero esto es hermoso e infernal. Esto debe de llevar a algo, o estamos locos.

—Este es un callejón sin salida, —me contesta mi intérprete, un joven poeta de Munich, estudiante de humanidades.

Pero el técnico —un erguido y dinámico hamburgués que trabaja en Leverkusen bajo el disco solar babilónico de la Bayer, le mira de reojo, hace un gesto burlón y desenvaina su espada:

—No leo poesía; no conozco mayor cosa de “ellos” (señala al poeta), de “ustedes” (y me mira). Pero cuando me llega alguna opinión literaria sobre el mundo, casi siempre es un disparate,

— ¡Son mentes bárbaras! —interrumpe mi intérprete, el poeta —Si yo le pregunto quién es Shakespeare, sabe quién es como puede saberlo un diccionario. Pero si le presento a cualquier hombre y le digo que es poeta, se ruboriza como si le presentara una puta. En las computadoras no entran poemas.

— ¡Oh! —dice el Técnico flemáticamente— los novelistas viven bañándose en el agua sucia de los casos patológicos más perversos. Los poetas, quejándose de la civilización. ¡Yo no he leído a Ezra Pound, pero usted tampoco sabe un centavo de termo-dinámica! ¡Vamos! ¡Es más importante encontrar una buena aleación para el casquete de un Sputnik, que gruñir contra las máquinas mirando una florecilla campestre!

—Pero ¿quién gruñe contra las máquinas? —exclama indignado el poeta— ¿quién es el sacrílego que intenta violar a esas diosas? Ustedes están sumergidos en su especialización y no ven más allá de la última vuelta del tornillo que aprietan. Nosotros vemos la vida. Vemos al hombre, que es importante. ¡Estupendo un Sputnik! Quasimodo ya escribió un pobre verso entusiasta sobre ese nuevo juego infantil de los científicos. Ahora debemos estar pendientes, mirando embobados en el cielo, el certamen de los astronautas y olvidar el hambre del Tercer Mundo, la explotación, el problema de la libertad, la agresión imperialista, el miedo que corroe a toda nuestra civilización. . . ¡Esos problemas no cuentan! ¡Son gruñidos literarios!

—Convengamos, para no ser melodramáticos —dijo el Técnico con sorna— que los “humanistas” desconfían de nosotros.

—Convengamos en que ustedes los técnicos nos ignoren y que ignorarnos es ignorancia.

—¿Es posible —pregunta el Técnico con irónica humildad— que un científico pierda su tiempo, que apenas le cabe para su especialización, leyendo literatura?

—De alguna manera debe salvarse ese abismo —digo yo timidamente. (Pasa un pequeño tranvía lleno de concurrentes a la Feria y nos separa. Mi voz se pierde en el bullicio.)

—Venga conmigo — me toma del brazo mi intérprete aprovechándose de la confusión y a pasos rápidos me lleva a un bar. Nuestro guía, de lejos, observa (seguramente contento) la desertión de las ovejas negras del grupo. Pronto nos encontramos bebiendo una reconfortante cerveza.

Comentamos el belicoso diálogo con el Técnico cuando me saluda —dentro de un gabán prestado a una novela del siglo XIX— mi viejo amigo el Profesor X, filósofo. Lo invitamos. El Poeta todavía no ha echado tierra sobre su encuentro con el Técnico y vuelve a plantear el tema del antagonismo entre el hombre-creador y el hombre-inventor.

El filósofo oye, bebe, sonrío. Luego habla.

Mansamente fluyen sus conceptos, mientras afuera, en el inmenso panal de la feria, ronronean infinitas avispas mecánicas. He aquí, si mal no recuerdo, sus palabras:

—“Considero que la técnica debe sujetarse al hombre. Que la mano debe sujetarse a la cabeza. Voy a explicarme: El hombre aparece sobre la tierra en posición erguida. Para los evolucionistas el hecho de adoptar la posición vertical es lo que marca el comienzo del hombre. La necesidad de saber —o el fuego de espíritu que enciende en idea el acto de mirar— hizo al hombre levantar la frente. Pero ese mismo movimiento producido por la mente —el acto de erguirse— deja también libres las manos (ya no tiene el hombre que andar sobre ellas como los otros mamíferos) y entonces las manos entran a servir a la cabeza; exploran, constatan y cogen los objetos, luego fabrican instrumentos que facilitan la vida y que libertan cada vez más a la mente de las necesidades ani-

males. La cabeza libra a las manos. A su vez las manos van a ser usadas para librar a la cabeza, para darle libertad a la inteligencia.

Según las teorías científicas mas valederas, de hecho todas las especies animales se han ido transformando conforme sus órganos se han ido adaptando instrumentalmente a las nuevas necesidades. En la evolución de las especies, el animal, para subsistir, amolda sus órganos al nuevo medio que le toca vivir, y, poco a poco (a través de milenios) va transformándose hasta convertirse todo él o parte de él en el nuevo instrumento que necesita para subsistir.

Así, por ejemplo, un topo es un ser que convierte todo su cuerpo en instrumento excavador. Un caballo es un ser que ha evolucionado conformando todo su cuerpo para correr. El delfín es la conversión de todo un cuerpo en instrumento integral de natación. Un pájaro es un "cuerpo-instrumento" volador.

Con el hombre sucede algo enteramente distinto. En vez de convertir su cuerpo en un instrumento de subsistencia, crea, como cosa exterior, los instrumentos que necesita para subsistir. En vez de hacerse topo, construye la piqueta o el hacha para excavar. En vez de esclavizar todo su cuerpo, como el caballo, a la velocidad, inventa la rueda; en vez de hacerse delfín, construye la nave. ¡Sólo el hombre es capaz de fabricar instrumentos sin encarnarse en ellos! Por eso es el único animal que se libera de las inflexibles leyes de la evolución biológica. No necesita someterse a la materia, no necesita transformarse morfológicamente para subsistir y progresar; puede variar indefinidamente según sea el ambiente que afronta, aguzando su inteligencia cada vez más y adquiriendo para ella cada vez mayor libertad. . . La cabeza dijo ¡alto! a la zoología. Y la mano cumplió sus órdenes: fabricó instrumentos.

Así el hombre, "sin medios defensivos, sin colmillos, sin cuernos, sin garras, sin caparazón, sin escamas, tiene la mano" que más que instrumento universal, es inventora de

instrumentos: hace oficios, toca, avisa, defiende y finalmente, con la mímica, habla, se une al habla, a la lengua, que es la otra gran creación del hombre.

“A medida que la mano trabaja, el cerebro se libera.”

Junto a los primeros restos humanos encontramos ya los primeros restos de toscos utensilios; las primeras huellas de la mano. Pero también, sin la mente, ¿qué es la mano? Garra, caso, torpe aprehensión de mono a lo sumo. La mente en la mano es la mano milagrosa del pianista, la del pintor, la del escritor, la del escultor. . . alma en los dedos, “esteriorización activa del cerebro”. Siempre la mano —el *homo faben*— ha recibido sus poderes de la cabeza— del *homo sapiens*— y este nexo jerárquico ha sido el fundamento de toda gran cultura humana. . . ¿No nos lo revela, desde nuestros orígenes. Prometeo? La mente ve el fuego en la naturaleza, lo observa, lo estudia. Luego, la mano lo produce. Y esta portentosa invención, —“la invención humana por excelencia”—, al aplicarse a la cocción de los alimentos, “ha tenido repercusiones en el cerebro, porque con esto disminuyeron los músculos masticadores, facilitando la actividad frontal: el cerebro ganó desarrollo y el hombre inteligencia”.

Pero hay un hecho más, en que la mano, al servicio de la mente, abre a la genética humana un ámbito de delicada y maravillosa sublimación. Es cuando la mano inventa la caricia. “El antepasado antropoide peleaba y rodaba a su hembra sin consultarla y en la manera más coercitiva posible”. (Eso dice Hoenigsberb, en sus “Reflexiones sobre la evolución del hombre”.) Sólo el individuo brutal era el que dejaba progenie. Pero ganó el cerebro, actuó la mente y entonces el hombre —el *homo sapiens*— usó la persuasión para atraer a su hembra. En la lucha de los sexos, la mano, en vez de usar la fuerza, aprendió a acariciar. El amor escribió así su primera página romántica y el hombre intelectual —el débil ante la fuerza bruta— podía ya dejar progenie. Las características de fuerza física dejaban de ser selectivamente importantes. El intelectual, el artista, el poeta, el contempla-

tivo podían ser más persuasivos —la caricia ganaba la partida al golpe— y por este motivo la futura progenie iría creciendo en herencia de inteligencia e inventando, al mismo tiempo, ambientes cada vez más propicios para que el inteligente, aunque fuera físicamente débil, prevaleciera y se transmitiera.

Y el circuito sigue. Después de los primeros utensilios la mano inventa el arma para cazar de lejos —que le ahorra energías— o los receptáculos de barro o madera que le permiten conservar y no desperdiciar sus recolecciones; o construye; o teje. Toda esta actividad manual conquista libertad a la cabeza, le proporciona ocio, tiempo para pensar, para crear, para ascender a la sabiduría. Así comienzan las civilizaciones y las culturas. Babilonia, Egipto, Teotihuacán. . . Manos libres para mentes libres. La técnica al servicio del desarrollo espiritual.

“Pero . . .

Tanto ayer, como hoy, llegan momentos críticos en que el equilibrio se rompe. No siempre el hombre mantiene este balance inicial que le permitió salir airoso en sus primeros pasos. La técnica se enamora de sí misma, la mano se independiza de la responsabilidad y de las normas que la cabeza —a la luz del espíritu— le señala, y precipita a la humanidad a esclavitudes y catástrofes.

“Dijéronse unos a otros: “Vamos a hacer ladrillos y cocerlos al fuego”, y luego agregaron: “Vamos a edificarnos una ciudad y una torre, cuya cúspide toque los cielos y nos haga famosos”. En el misterioso relato de la Biblia (Génesis 11), la mano que edifica con orgullo provoca la confusión de las lenguas. Las manos se unen pero pecan contra el espíritu y surge Babel, o la dispersión. La mano de Babel, la mano de las Pirámides, ¿será la misma mano capitalista que hizo la máquina de la era industrial? ¿Cuánta esclavitud en vez de libertad trajo al hombre la invención de ese instrumento —la máquina— que por su propia esencia debería de ha-

ber sido, desde el primer momento, dador de ocio, de abundancia y libertad? ¿Cuánto ha costado y cuesta aún que se someta al hombre y lo humanice en vez de favorecer la explotación, el egoísmo y la deshumanización?

Y la mano que hizo la atómica, la que nos tiene al borde del aniquilamiento, ¿podremos sujetarla en su orgullosa rebeldía?

Hay mil rebeldías que tratan de romper el equilibrio. El problema está en restablecerlo salvando la fundamental valoración humana: restablecer una y otra vez el balance de técnica y espíritu, de inventiva y creación, de acción y contemplación, de civilización y cultura. . .

Y que el fuego que roba la mano de Prometeo no sea infierno nuclear para el hombre, sino una vez más, conquista para la libertad de su espíritu. . .”

Mi amigo el filósofo sonrió como un violinista que ha arrancado a su instrumento la última nota. El poeta, con el ingenuo y generoso entusiasmo de su raza, combinó su aplauso con un llamado al mesero y pidió una nueva ronda de cervezas. Levantó el vaso: —“iprofit”—, dijo sonriente. Afuera millones de manos seguían levantando la altísima torre de nuestro tiempo. . .

BONN:
Meditación sobre Gigantes y Enanos

Mientras volábamos de Berlín a Bonn, en una de esas conversaciones que se entablan, como juegos de naipes, en los viajes, alguien dijo que cada nación tiene un pecado predominante. Y se armó el juego. Un periodista opinó que el pecado de España era la envidia. Un profesor de lenguas, que el de Francia era la vanidad. Un novelista, que el de Alemania era el orgullo. (El novelista era alemán).

—¿Cómo se manifiesta el orgullo alemán?, le pregunté yo.

—Creando gigantes. Y agregó: Todos los pueblos sufren o caen en la tentación de crear gigantes, pero Alemania, embriagada por el orgullo, quiso construir el más grande y poderoso. Un gigante que durara mil años.

—Cristo, asumiendo la humilde estatura del hombre ya nos había delicadamente prevenido: “Cada día tiene su propio afán” —dijo el Profesor. El imperio del hombre es un día. Levantar erguido y perfecto un día, ya es una buena empresa!

Me gustó el pensamiento del profesor. (Después averigüé que era doctor en teología). La única aspirable grandeza es solamente cotidiana.

—En cambio, dijo el novelista, el orgullo habla de siglos. Y el orgullo alemán habló de milenios.

En toda Alemania pero más en Berlín se ven las huellas de las pesadas botas del gigante de mil leguas.

Bonn apareció en el horizonte, junto al Rin. La luz de la tarde daba un tono campesino y dulcemente milletiano a la patria de Beethoven, con sus siete colinas agrarias, y luego la ciudad, discreta, nada capital a pesar de las mil ventanas del Palacio del Príncipe Elector —hoy universidad— y de sus precipitadas construcciones burocráticas. En el recodo del río, la Colegiata disparó sus flechas góticas y el avión —como herido por ellas— tocó tierra. Me pareció entonces que el viaje de Berlín a Bonn era como un camino de contricción humana, del milenio a lo cotidiano, de la medida del Gigante a

la medida del hombre.

Influido por la frase del novelista, todo el camino del aeropuerto al hotel se me imaginó como el recorrido penitencial del Gigante derrotado. La dolorosa recuperación de su estatura. Pero recordé la "Carta sobre los Gigantes" que me dirigió una vez Thomas Merton. Y las interrogaciones comenzaron a asediarme: —Hombre del Tercer Mundo, gato escaldado: ¿todavía crees en los viajes a Canosa? ¿No es Berlín —cortado en dos por un muro, dividido en una irreconciliable y feroz hostilidad, tanto más profunda cuanto más fraterna—, la imagen misma de los gigantes gemelos, Gog y Magog, que devoran nuestro tiempo según Merton?

"Gog representa el amor al Poder, Magog está absorbiendo por el culto al Dinero —escribe Merton: sus ídolos difieren, y aunque se ven las caras con gestos agresivos, su locura es la misma: son en verdad las dos caras de Jano mirando hacia el interior y dividiéndose con furor crítico el envilecido Santuario del hombre deshumanizado."

A un lado reina Gog, al otro lado Magog. Un muro los separa. En Berlín se miran y simultáneamente se dan la espalda las dos mitades siamesas del mundo que vivimos. A uno y otro lado la misma pero otra lengua. A un lado la lengua de la *Libertad*, desde sus raíces mas profundamente humanas hasta sus falsificaciones más perversas: la lengua de los mejores momentos de Occidente pero también la de Nixon, la de la Cía, la de Batista, la de Somoza. Del otro lado la lengua de la *Justicia*, el clamor más hondo de la conciencia humana —la lengua de los revolucionarios humanistas, la lengua sagrada de los pobres, de los oprimidos, de los que "han hambre y sed"—, pero también la de sus falsificadores monstruosos y criminales como Stalin y sus infinitos imitadores que hacen un guiñapo de la dignidad humana en nombre del Estado o del Partido o de las Grandes Palabras.

Diariamente hay hombres en el mundo entero que saltan el muro simbólico, ilusionados, creyendo encontrar al otro lado lo que les falta: los unos porque conocieron que la

justicia sin libertad no es justicia; los otros porque experimentaron que la libertad sin justicia no es libertad. Diariamente hay hombres que salen del Castillo de Kafka para caer en el Proceso de Kafka o viceversa. ¿Dónde está la Ciudad Nueva, el Tercer Berlín que buscan —en su contradicción— esos que saltan el muro de uno y otro lado? ¿Quién construirá la “Nueva Ciudad” habitable?

Asediado por las interrogaciones recorro Bonn. En algunas bocacalles veo el Rin: es como oír a retazos una sinfonía de Beethoven. Entre el ruido y el ajetreo de los dinámicos alemanes —con su dura lengua erizada de consonantes— la orilla del Rin es una intermitente invitación a un paisaje de árboles, reposo y agua. Música. Pero también tienen música —un poco marcial— estas esbeltas germanas que pasan, se detienen y pasan ante las estridentes vitrinas. Yo, como el borracho ante la cantina, también me detengo, pero es el escaparate de una librería el que me atrae. Alemania es uno de los países con más alto índice de producción editorial. No recuerdo, salvo Estados Unidos, otro lugar donde los títulos de libros se abalancen en tal multitud sobre el anonadado escritor, haciéndole sentir su infinita pequeñez ante el universo de lo escrito. Pienso lo que significó para este pueblo —cuyo pensamiento venía rigiendo el pensamiento del mundo desde el siglo pasado— la bárbara censura de Hitler. Autores de lengua alemana como Thomas Mann, Herman Hesse, Gertrud von Le Fort, Herman Broch, Franz Werfel, Franz Kafka, etc, autores que habían producido toda una revolución y enriquecido con sus aportes la literatura del mundo, prácticamente eran desconocidos en Alemania y leerlos era un privilegio y un grave peligro. Al terminar la guerra, en el momento caótico y miserable de levantarse de las cenizas, el alemán se encontraba, en relación con el resto del mundo, en la trágica condición de un retraso de muchos años con respecto a sus propios autores. Ya Kafka había producido toda una época literaria cuando la Alemania de post-guerra vino a descubrirlo y a encontrar, para su sorpresa, que lo que Kafka había es-

crito era la profecía de la atroz y deprimente historia que acababa de sufrir.

La censura de Hitler, sin embargo, no se diferencia sino en eficacia, de la que brota por todas partes, como cizaña propia, del poder moderno. La primera víctima de toda tiranía es el libro. La segunda su autor. ¡Nunca en tantos regímenes se persiguieron tantos poetas como en el siglo XX!

Siento una mano en mi espalda que me saluda. Atraído por la misma caza, mi amigo el novelista está allí, a mi lado, hablándome mientras sus ojos saltan de título en título.

—Creo que ya debe estar cansado del siglo XX —me dice—. Lo invito a visitar el siglo XII.

Le acepté. Cualquier lector puede seguirnos buscando en cualquier enciclopedia una fotografía de la Colegiata de Bonn e imaginando la luz pastoral de un sol de Mayo sobre sus piedras morenas y rosáceas. Entramos a la basílica. — “En este lugar —me explica mi amigo— sacrificaron a los santos mártires Casio y Florencio, militares cristianos de la Legión Tebana. La primera iglesia la construyó Santa Elena. Destruída por los Normandos, el viejo Carlo Magno la reedificó. De la obra del Emperador queda aún la cripta. Luego, en el Siglo XI se levantó, ampliada, la Basílica actual y en el siglo siguiente se construyeron las naves laterales y el claustro. Sobre el charco de sangre de un mártir, piedras de doce siglos.

Vuelve a mi memoria un verso de Claudel, traducido por mí en los ardores de mi juventud: “La sangre injustamente derramada tarda en penetrar en la tierra. . . / Es necesaria la maceración de todo el invierno y el pensamiento de tres estaciones / Para que el grano largamente meditado germine y crezca y dé el testimonio de la espiga, promesa de una centuple cosecha”/ ¿Sabe nunca el homicida la semilla que siembra el derramar una sangre? Cuántos Sandinos han nacido de aquella nocturna y trágica vertiente de 1934?

Recorremos las penumbrosas arcadas del claustro. Me detengo ante un capitel romántico donde la figura de un enano puja pero sostiene, con un gesto agrio, el peso cansador del arco de piedra.

—Quizás ese hombrecito contrahecho fue en su tiempo el símbolo clandestino de una opresión —comentó.

—¿Ha leído usted “EL TAMBOR DE HOJALATA” (la novela de Günther Grass)? me pregunta sorpresivamente el novelista.

—No. No ha llegado a mis manos.

—Léala. Es un fracaso pero es la novela más cercana a la creación de un mito que se ha escrito sobre el drama alemán del nazismo.

Pareció ruborizarse de su afirmación y dubitar, pero, acto seguido, señalándome el capitel romántico, comenzó a hablar y, a medida que hablaba, a apasionarse:

— “EL TAMBOR DE HOJALATA” es la historia de un enano voluntario, llamado Oscar. Un niño clarividente, una especie monstruosa de niño prodigio, hijo de una familia de la pequeña burguesía, que está siempre poniendo oído a las conversaciones y a las cosas de los grandes y así averigua que su madre vive de un comercio bastante vergonzoso; que su padre no es su padre sino probablemente otro, y deprimido por las dudas y por las orgías de la madre, un día en que le oye decir a ella; “Cuando Oscar crezca será el que va a dirigir este negocio”, resuelve no crecer nunca más y se tira escaleras abajo para detener su crecimiento con un golpe que lo deja enano. La novela son las memorias de este enano, escritas en una clínica; las memorias de un ser que no quiere vivir la vida que teme, pero que es un clarividente “outsider”, un siniestro y casi demoníaco ser mágico, dotado de raras facultades: hacer sentir a los otros lo que él quiere, despertar sus recuerdos tocando el tambor y romper los vidrios de las ventanas con su vozarrón imponente. No es un niño sino un hombre que no ha querido crecer. No vive la vida con su propia responsabilidad, sino que entra y sale de ella como un ser que puede asumir las

inmunidades de la fantasía dentro de la realidad. El enano odia al mundo que ha permitido surgir a un Hitler y formarse su fétido ambiente familiar, lo odia y lo ataca, pero pronto advertimos que en sus espeluznantes aventuras Oscar no trata de superar el mal sino de disminuir todo lo humano al nivel de su bajeza enana. Oscar encarna a toda esa sociedad que, por mezquinos intereses, por miedo y por histeria colectiva se vio arrastrada a la siniestra aventura nazi, y luego, agobiada por el resultado se acobarda, se niega a crecer, es decir, a crear con autenticidad humana su historia. . .

Un caso de enanez como la Bonelia de Rostand, pienso yo. ¡Oscars! Mientras salimos del claustro al esplendor de la mañana, mi amigo, aferrado a su tema prosigue la crítica de EL TAMBOR DE HOJALATA (un fracaso como novela, una excesiva urdimbre de planos metafóricos. . .) mientras mi memoria cinematográficamente me proyecta óscars, los óscars de nuestra empresa privada (y oigo sus tamborcitos de hojalata), los óscars de nuestra acobardada clase media, los líderes-óscars con su vozarrón que rompe vidrios de ventanas pero venales y sumisos; óscars de sotana, excelencias, títulos de Harvard, cuellos blancos, óscars-honoris-causa. Oscars hasta en la sopa.

—Quién hace a quién? — pregunto yo. ¿Son los enanos voluntarios los que fabrican gigantes, o son los gigantes, con su peso opresor, los que impiden y enanizan a hombres y pueblos?

—¿Y por qué no ambas cosas? —me responde el novelista— Gulliver fue a la isla de los enanos y lo consideraron gigante, pero luego fue a la isla de los gigantes y lo consideraron enano. Cuando el hombre se rebaja, fabrica tiranos (la altura del tirano es proporcional a la bajeza del enano) pero también. . .

—Si, claro — le interrumpo. El reverso lo conocemos en carne viva los habitantes de los países pequeños: Las potencias y los imperios aplastan con sus patas de paquidermos a los pueblos y culturas vecinas.

—Es lo que llaman “zonas de influencia”. . .

—Pero los paquidermos no sólo devoran nuestras materias primas, nuestros salarios y nuestros derechos humanos, destruyen nuestra naturaleza y la envenenan con su polución, sino que nos impiden la historia. En nuestro tiempo, para los pueblos que no son potencias, cada día es más heroico tener historia. Se le impide al hombre su más alta empresa como ser social que es crear —o participar en la creación— de su propio destino.

Mi amigo mira distraídamente desde la ventanilla del automóvil, la silueta en verde del monte Drachenfels al otro lado del Rin. De pronto se vuelve a mí y me dice como quien ha llegado a una irrefutable conclusión:

—La verdadera división del mundo no es entre Comunismo y Capitalismo, sino entre quienes hacen la historia para su provecho y consumo y entre quienes solo la viven o perciben como horror.

La frase del novelista abre un agujero, un hoyo negro y abismal. La No-historia. La destructora y profunda huella de los gigantes en la tierra del hombre. La im-potencia, cuyo residuo es el miedo. “¿Y si un día —se preguntaba el poeta español Félix Grande— todos los aterrorizados del mundo asumiesen el miedo y se resolviesen contra las fuentes de ese miedo?”.

Yo creo que la salvación vendrá de los marginados de la Historia. En ese margen todavía se da y se mueve, adiestrado por el horror, el hombre con minúscula. El simple hombre. El único que puede devolverle al mundo sus medidas humanas. En todos sus “génesis” el hombre recuerda haber comenzado a ser hombre después de una era de gigantes. Después de haber vencido a los gigantes. “En aquellos días había gigantes sobre la tierra”, dice el Génesis (6.4) de la Biblia. Son los “Tzocuillicxegue” de la primera edad o del primer sol (sol del agua) de la cosmogonía nahuatl. Es Ti’amat del génesis mesopotámico. Es el inmenso Muchukunda de los hindúes. O los gigantes Ferianos de los irlandeses. O Vucub-

Caquix (el siete guacamayos) del Popol-Vuh. En el tolklore de todos los pueblos perdura la memoria mítica de las trampas que el hombre urdió para vencer a los gigantes: las de Ulises urdemales con el Cíclope —el recurso de escamotear el “nombre”, el “me llamo Nadie” (*Outis*) con que engaña a Polifemo y que Karl August Horst comenta: “Frente a la fuerza hay sólo una posibilidad de conservar intacta la dignidad humana y es considerarse frente a ella como Nadie”—; las de Pulgarcito con el Ogro y sus siete hijas; las de David que se niega a revestirse de la armadura del Rey (del Poder) y vence a Goliat con el guijarro y la honda del pastor. . .

—A usted como novelista —le digo a mi amigo— seguramente le interesará saber que en nuestra literatura se está librando una singular batalla quijotesca contra los gigantes. En la narrativa hispanoamericana se ha producido una línea de novela de política-ficción contra el Dictador, contra el Tirano como monstruo-símbolo de la desmesura del Poder. La inició el español Valle Inclán, un gran creador de esperpentos que tuvo el genio —en su *TIRANO BANDERAS*— de captar el elemento de ridículo en que se mueven los mecanismos del “mando” político-militar hispanoamericano y de encontrar la lengua ultrabarroca propia de esa aberración. Ese hallazgo de los elementos caricaturescos de nuestro “gigantismo criollo” franqueó la puerta a una serie de incursiones de la narrativa contra la Autoridad-Ogro (la novela como exorcismo del monstruo): *EL SEÑOR PRESIDENTE* de Miguel Angel Asturias, (de Guatemala), *EL RECURSO DEL METODO* de Alejo Carpentier, (de Cuba), *EL OTOÑO DEL PATRIARCA* de Gabriel García Márquez, (de Colombia), *YO EL SUPREMO* de Augusto Roa Bastos, (de Paraguay), *MATEN AL LEON* de Jorge Ibarguengoitia, (de México), *EL SECUESTRO DEL GENERAL* de Demetrio Aguilera Malta, (de Ecuador). . . etc. . . No sé, no tengo idea qué resultado puede tener en una Sociedad política esta saturación literaria de anti-gigantismo a base de sátira.

El automóvil frenó. Habíamos llegado al Pressclub de

Bonn donde nos esperaban para un almuerzo. Mientras subíamos la gradería del portal, el novelista alemán me dijo:

—Don Quijote tiene que convencer a Sancho de que los molinos de viento son verdaderos y perversos gigantes.

MALLORCA: (Zapatera en el Mediterráneo)

*“La quinta isla poblada se llama
Chomite-Tenamitl: los españoles
la pusieron nombre, la isla del
Capatero”.*

TORQUEMADA
(Monarquía Indiana)

De regreso de Mallorca me fui a la popa del barco para ver alejarse la isla bajo la bella luna del Mediterráneo. Estuve en Palma visitando a unos amigos y recorriendo la ciudad, inmensamente crecida, multiplicada en hoteles, muelles, quintas y barrios residenciales por el desbordado turismo que llena el aire de aviones, el mar de barcos y las calles de rostros y lenguas de todos los puntos de Europa. A pesar de esa invasión siempre es posible encontrar en cualquier lugar un paisaje abierto donde el mar mete su mano azul y nos hace señas como desde el fondo de los siglos. Uno comprende por qué escribió aquí Rubén su poema "¡Eheu"! "Aquí, junto al mar latino / digo la verdad: / Siento en roca, aceite y vino, / yo mi antigüedad".

Fui de nuevo a Valldemosa con su cartuja y sus olivos milenarios. Ya murió doña Pilar de Sureda —su hermosa casa, el antiguo palacio del rey don Sancho, pertenece a otra familia— ¡fue una desilusión! Todavía conservo la estampa o recordatorio del fallecimiento de don Juan, revestido con el hábito de cartujo. "Ese mismo hábito —me dijo doña Pilar— fue el que usó Rubén, prestado por mi marido, cuando lo retrataron en la cartuja a donde le gustaba retirarse a escribir" para:

*"Sentir la unción de la divina mano,
ver florecer de eterna luz mi anhelo
y oír como un Pitágoras cristiano
la música teológica del cielo".*

El período mallorquín de Rubén fue uno de los más fecundos en auto-investigación interior del poeta. Descubre su antigüedad clásica en "¡Eheu"! Descubre su romanticismo esencial en "La canción de los Pinos" de la isla ("Románticos somos. . . ¿quién que es no es romántico?"). Escribe su novela inconclusa "La Isla de Oro" que es un intento de confesión autobiográfica. Escribe su "Epístola a la señora de Lugones" el más completo autoretrato poético de Rubén y su poema

“La Cartuja”, confesión de su fe. ¡Es interesante observar lo que pudo una *Isla* —con sus delgados brazos de soledad ciñéndole el corazón en la poesía de Rubén! “Mucho mar hay en Rubén Darío” dijo Juan Ramón Jiménez. . . “Su misma técnica era marina. Modelaba el verso con plástica de ola. . . todos sus mares, atlánticos, pacíficos, mediterráneos, eran uno: Mar de Citerea”.

Años antes de Rubén —en pleno Romanticismo— en esa misma cartuja abandonada estuvo Federico Chopin, ya condenado a muerte por la tisis, acompañado por su desconcertante y peligrosa amante George Sand. Su piano quedó allí, en la celda monástica que hoy visitan rebaños de turistas. Costó mucho llevarlo, en aquel tiempo, hasta la empinada Valldemosa. Y allí quedó guardando en su teclado los últimos preludios del pálido y genial polaco. Una tarde, cuenta George Sand, lo encontró componiendo en el piano un Preludio bañado en llanto. Al verla gritó enloquecido: “¡Estás muerta, ya lo sabía!”. Al volver en sí le confesó que había escrito su composición creyéndola muerta a ella y sabiéndose muerto él, ahogado en un lago.

¡Pobre, afiebrado poeta! Una noche, no tan bella para él, por esta misma ruta que yo llevo, regresó Chopin a Barcelona en un viaje infernal a bordo de un barco lleno de cerdos. Los gruñidos y espantoso hedor de la pira, descompusieron al músico: tuvo una hemorragia y “al llegar a Barcelona se encontró a dos dedos de la muerte”. Conozco esos viajes. He oído esos gruñidos y percibido esos olores en las chopas de las lanchas de nuestro Gran Lago. Posiblemente también los conoció Ulises.

Fui también a Manacor, atravesando en diagonal la isla —62 kilómetros de fecundas tierras de labrantía, olivares, higueras, molinos— y luego a la cercana playa de Porto Cristo —uno de los lugares más azules del Mediterráneo— en cuya vecindad están las famosas Cuevas del Drach (del Dragón), especie de descenso al surrealismo de la naturaleza; kilómetros de galerías subterráneas construidas por el mar —fabuloso ar-

quitecto— con sus fascinantes palacios, lagos encantados, grutas mágicas, estatuas alucinantes de estalactitas y estalacmitas que sumergen al visitante en un mundo irreal y onírico. Toda cueva es un descenso al origen. La noche —donde se sueña— es una caverna. La primera vez que descendí a un subterráneo fue en Zapatera. ¿Tendría yo veinte años?. Nunca había puesto pie en la misteriosa isla. Había leído a Squier y quise dar fe del sitio donde descubrió para su sorpresa el lugar, hasta entonces desconocido donde una cultura también desconocida había adorado a sus dioses y rendido culto a sus muertos en un sitio alto y agreste rodeado de olas y de horizontes lacustres. Allí, a pocos pasos del lugar donde evidentemente se levantó aquel misterioso centro ceremonial se abría un pozo, no muy profundo que era la boca de un largo subterráneo horizontal.

¿Hacia dónde llevaba? Bajé con un isleño — mi compadre Agustín Mora—; avancé, ¿Cuántos metros? pero el impotente foco de carburo que llevaba, y el pequeño machete de mi compañero no me parecieron suficiente respaldo en aquellas tinieblas. Pensé en una posible serpiente. Pensé en algo que ahora puede levantar una sonrisa pero que entonces era un personaje numeroso y temible en Zapatera; el tigre. Y me volví, Don Rodrigo Lanuza, dueño de ese lugar (la península de Sonzapote) cegó después el pozo, porque cayeron allí y se quebraron unos terneros, pero dejó una señal que aún subsiste. Ese subterráneo y dos profundas galerías más que todavía existen en ese sitio ¿serían caminos secretos de los sacerdotes de aquellos ritos? No sé. Pero no olvido la sensación de ingreso al misterio de lo “primigenio” de entrada al vientre del mundo, de aquel mi primer contacto con la oscuridad ancestral de las cavernas; sensación que volví a sentir hace pocos días en las Catacumbas de Roma (¿no es en las catacumbas donde —como semilla “enterrada” —se sembró y nació el Cristianismo?), y una vez más al bajar, en Mallorca, a las Cuevas del Drach (la historia humana ¿no comienza en las cavernas? y el hombre mismo ¿no comienza en el vientre?)

He recordado Zapatera, y en el horizonte la lejana masa negra de Mallorca, la luna que ríela sobre las aguas tranquilas y el chapoteo de las olas, avivan más el recuerdo. Comparo la veloz comodidad del barco en que navego con aquellas lanchas atestadas de gente, animales, trastes (como la navegación del pobre Chopin) y la paciente o salvaje adaptación del nicaragüense a toda incomodidad, durmiendo a plan —en el piso del barco—, o tronchados sobre los sacos de cereales, o más pintorescamente en hamacas, docenas de hamacas entrecruzadas, balanceándose como redes con un gran pez dentro. ¿Y si fuera distinto? ¿Y si este hermoso barco no atravesara estas aguas sino aquellas y nos llevara esta noche a la silenciosa isla sagrada y nos esperara la magia de sus centros ceremoniales restablecidos, la bahía, la estrella de Quetzalcoatl multiplicada en los muelles, el collar de sus islas con sus cavernas (donde el abandono y el olvido van erosionando los viejos petroglifos), la prodigiosa cumbre de su cerro desde donde se domina el Lago en uno de los más bellos paisajes del mundo? Y si los nicaragüenses hubieran reconstruido —como los mexicanos reconstruyeron Teotihuacán o los guatemaltecos están reconstruyendo Tikal— el más importante centro religioso de los habitantes de los lagos?— Todavía Carl Bovalius, el arqueólogo sueco —¡Siempre el ojo extranjero descubriéndonos lo nuestro!— vio aquella imponente y original pirámide truncada que partía del agua: ¡estupenda invención de los hijos del Cocibolca! “Inmediatamente al borde de la playa —escribe— se alzaba un alto edificio cónico de piedra de 30 a 40 metros de alto. Estaba hecho de enormes bloques de piedra sin cortar, colocados los unos encima de los otros en orden bastante regular. El diámetro de la base era de unos cuarenta metros. La cima estaba truncada y parecía formar un plano de 6 a 8 metros de diámetro. Semejaba una torre y había sido, probablemente, un lugar de sacrificios, con un altar en la cumbre, o bien un templo parecido a los de Uzmál y Tikal”.

Las piedras de esta original pirámide casi todas han

caído por obra de la vegetación y de los temblores. Los ídolos y estatuas del adoratorio fueron llevados, en su mayoría, por los jesuitas al Colegio Centro América y hoy, una buena parte se guardan en el Instituto Nacional de Granada o en casas particulares. Los ciento y más montículos de la ciudadela religiosa han sido saqueados o la naturaleza ha acabado piosamente ocultándolos. Yo recuerdo haber abierto con el Padre Ponsol una tumba y encontrado una calavera con los dientes incrustados de jade y una tijerita española. Recuerdo las pescas de sábalo en Boquerón y las mojarras de lomo rojo en Las Tinajas. Las cacerías de tigre, de venado y de pavones en las faldas del cerro. La gran roca plana de El Muerto llena de inscripciones y figuras. La "Punta de las Figuras" con sus centenares de petroglifos. La piedra del águila en Tarca. Las cuevas de Jesús Grande y del Armado. La cacería de lagartos en la laguna. Aventuras. ¿Qué valor tendrían esas cosas aquí?

No se crea, sinembargo, que estoy sugiriendo un plan para desarrollar el turismo. Todavía no estoy convencido de que un pueblo deba disfrazar su miseria con un traje pintoresco para fotografías a colores, o convertir en "souvenirs" sus frustraciones. Sueño con un pueblo que ha recuperado su autodeterminación, con un pueblo que vuelve a ser protagonista de su historia, y que —con ese poder creador comunal— integra a su vida su pasado. Los poetas lo hemos hecho. El indio marginado por siglos, incluso sus milenarios y casi inasequibles legados —que parecían reservados únicamente para la arqueología y sus museos— volvieron a ser vida y se injertaron fecundantes en la palabra castellana, y desde "Tutecotzimí de Rubén, hasta el "Homenaje a los Indios Americanos" de Cardenal, toda nuestra literatura ha recuperado —no para el turista, sino para la expresión de su propia y entrañable autenticidad— al indio que era ruina o escombros, o abandono como las piedras de Zapatera.

Mi imaginación lo que sueña es que también se haga historia lo que pudo hacerse poesía.

MADRID:
El futuro ya no es un puerto seguro

Sumidos en los acontecimientos y en las circunstancias, y encerrados en el horizonte cotidiano, nos vamos acostumbrando (a pesar de la información que puede llegarnos de afuera) a "ver" las cosas que nos rodean sin puntos de comparación, sin perspectiva, y a considerar normal lo anormal, o a creer que vamos por el camino recto por el solo hecho de que ya nos acostumbramos a caminar torcidos. Incluso algo tan espeluznante y anti-humano como el crimen, al multiplicarse en una sociedad, parece adormecer el instinto de defensa y de conservación de la vida, y, paradójicamente, su mismo aumento lo convierte en costumbre. Nosotros aquí ya nos nos damos cuenta —con el pavoroso avance de la delincuencia homicida— hasta qué punto hemos descendido; o bien creemos que este es un proceso de corrupción mundial y que en todas partes sucede lo mismo. Pero es un autoengaño. Nicaragua es un fenómeno alarmante y —con la colaboración de las autoridades que matan a diestro y siniestro— estamos a la cabeza en la lista de la delincuencia mundial.

Lo mismo o peor sucede con la destrucción de la naturaleza. Si la vida humana —en proceso contrario a la inflación— cada día vale menos, ¿qué puede valer un árbol o un animal? Leí esta semana, en el "Correo Económico de INDESA" un angustiado S.O.S. sobre nuestra flora y fauna nacionales. Decía:

"Al regresar de estas cortas vacaciones de las Fiestas patrias, muchos vienen asombrados de los grandes cambios que se encontraron de un año para otro. Pero cambios adversos. Donde había árboles hoy no hay nada. Lo que era fresco se volvió caliente. De animales, ni hablar. Lluvias de cuando en cuando. Sequías más frecuentes y rigurosas. El contraste se acentúa cuando viajan, por no ir tan lejos, a la vecina Costa Rica. No sólo por sus atractivos y facilidades turísticas, sino que por una mayor responsabilidad ciudadana en estos asuntos".

Fue un viaje corto y cercano el que permitió a esos nicaragüenses la perspectiva necesaria para “ver” lo anormal de nuestra normalidad. El que nota nuestro envejecimiento no es el que nos ve a diario sino el que no nos había visto. Para mirarnos con ojos propios el mejor ejercicio es mirarnos con ojos extraños.

Uno oye, por ejemplo, que el mundo se está haciendo invivible por el aumento explosivo de la población y de la locomoción, por la contaminación del ambiente y por la destrucción de la naturaleza. Lo oye, pero como morador de un país que se siente joven, apunta la amenaza como cosa futura o como peligro para otros países industrializados y no para el nuestro.

Yo viví en México hace veinte y tantos años y todavía habité en “la región más transparente” de la Tierra. Ahora una nube oscura hace invisible la ciudad desde el avión y con frecuencia se da el caso de peatones que sufren desmayos, envenenados por el aire engasolinado que se espesa como un río turbio en las calles principales. He estado varias veces en Roma y la majestuosa serenidad de la urbe que conocí la primera vez, ha sido irrespetada —como los gusanos pueden devorar el cadáver de un emperador— por los infinitos pequeños automóviles, motos, buses y camiones que la recorren en un irreverente hervidero de cláxones, escapes, embotellamientos y ruidos.

Pero donde más sufrí la destrucción de la imagen de la “ciudad vivible” fue en Madrid. Siempre consideré el estilo de vida de Madrid como la más feliz unión de gran ciudad y de pequeño pueblo. En Madrid se daba y aún se dá dentro de un señorío de ciudad mayor, la vivencia de vecindario, el paseo, el encuentro, la tertulia, el saludo en la calle, la confianza ambiental que permite al desconocido ser tratado como conocido. En fin, el estilo inconfundible de una ciudad que hasta hoy se ha resistido a ser —como toda urbe moderna— una sociedad anónima. Pero esa Madrid —que en viajes anteriores yo la vi pasar por la difícil crisis de crecimiento que ha

borrado el carácter a tanta urbe moderna— ya no es la misma de ayer. Comienza a perder su ritmo como una hermosa mujer que engorda. Y con la línea y el ritmo, su carácter comienza a transformarse. Ya la polución sube el nivel de su río envenenado sobre las mesas y las sillas de la Gran Vía y de la Calle de Alcalá donde antes podía uno pasar la tarde o la noche entera en aquel aire tan delgado y fino! (el aire que captó Velásquez), el aire que, según el refrán, “es tan sutil que mata a un hombre y no apaga una vela”. Madrid está perdiendo su donaire. Y su pasear de gente —aquel desfile de lindas mujeres que fueron el almácigo del piropo— (otras saben llevar los trajes, pero las españolas saben llevar sus cuerpos, decía Luis Rosales), ahora es desfile de multitudes y el bosque no deja ver los árboles. Y aquella familiar sinfonía de los ruidos y voces de Madrid —la madre que grita al niño, el ciego de la Lotería, el trozo de diálogo peripatético, la frase de la tertulia cogida al vuelo, los comentarios de la banda de muchachas— ¡Las voces de Madrid apagándose en la polución acústica de los motores! y me decía un madrileño: Estamos perdiendo hasta el humor (lo decía por la cara avinagrada de un mesero en Madrid! donde se daba el mejor servicio del mundo). Y yo recordé las experiencias de Calhoun. Obligaba a una gran cantidad de ratas a vivir hacinadas y se producían fenómenos de agresividad, de homosexualismo y de degeneración orgánica. La aglomeración, la reducción de la superficie de soledad que necesita el hombre ¿a dónde lleva al mundo? ¿Seremos nosotros, (los de nuestra generación), nacidos en un mundo más ancho, los condenados a la angustia, o es que todo hombre, al pasar ciertos umbrales críticos que le impiden la intimidad, sufre inevitablemente tensiones que lo enferman, lo vuelven neurótico, agresivo y sujeto de degeneraciones como las ratas?

Cuando vemos que el progreso, o el simple avance del tiempo, lleva a esos monstruosos problemas —Callejones sin salida de la humanidad actual— comprendemos por qué, en esta segunda mitad del siglo XX, ha cambiado radicalmente

en el hombre su idea o concepto del futuro. Nuestros abuelos, nuestros padres y nosotros mismos en nuestra juventud creíamos en el "progreso" —el progreso indefinido, nos decían los darwinistas— con una visión lineal del proceso histórico avanzando siempre hacia la perfección, mejorando cada día sobre el anterior. Los antiguos habían creído que la edad de Oro estaba en el pasado. Nuestros padres nos enseñaron a trasladarla al futuro. Rubén y Wihman colocaron con sus cantos el paraíso en el futuro. Pero "en los últimos años, dice Octavio Paz, ha habido un cambio brusco: los hombres empiezan a ver con terror el porvenir y las que apenas ayer parecían maravillas del progreso hoy son sus desastres. El futuro ya no es el depositario de la perfección sino del horror. Demógrafos, ecologistas, sociólogos, físicos y geneticistas denuncian la marcha hacia la perdición. Unos prevén el agotamiento de los recursos naturales, otros la contaminación del globo terrestre, otros la asfixiante superpoblación, otros la llamada atómica".

Y el viajero nicaragüense, al constatar en ciudades queridas y admiradas, los primeros síntomas de ese cambio hacia lo peor, vuelve (engañado) sus ojos a la patria chica y (erradamente) piensa: "Pero nosotros todavía somos una reserva".

El recuerdo de la infancia o de la juventud vivida en un país todavía intocado, se superpone sobre la realidad última y nos oculta, en la nostalgia, nuestra verdadera situación. Así como ha cambiado Madrid, así ha cambiado Mombacho cuyas montañas eran hace treinta años una arca de Noé —donde el caminante veía tigres, monos, pisotes, pumas, mapaches, perdices, pavos, guatusas, lince, tigrillos, etcétera y hoy —en un silencio mortal— no ve ni pájaros. Y lo mismo pasa con los pinares del Norte. Lo mismo con las fecundas tierras aguacateras de Chinandega que se van, año con año, por los aires, arrastradas por las tolvaneras, preludiando la formación de un desierto.

En Europa, es verdad, se palpan los efectos destructivos o congestionantes del aumento de población, del creci-

miento de las ciudades, de la polución, del ruido, de la infección industrial; pero también se advierte, por todos lados, la lucha activa en defensa del hombre, de la cultura y de la naturaleza. La labor que ha desarrollado —por ejemplo— España, reedificando, conservando (y adaptando para hoteles, paradores, escuelas o centros de enseñanza o de vacación) sus imponentes castillos medievales, es prodigiosa. De la misma manera se defiende la fisonomía histórica de las ciudades (¡Hay que ver Ávila, intacta como una joya entre sus murallas a pesar de su enorme crecimiento extra-muros!). En todos los caminos de España, Francia o Italia el viajero descubre grandes parcelas de tierras, a veces verdaderos bosques, destinados a la siembra de árboles para la reforestación de los suelos. (Al atravesar Castilla, por ejemplo, el viajero se sorprende de ver, con respecto a visiones anteriores, que en vez de avanzar el desierto, los que han avanzado son los árboles). Se lucha en las ciudades para reducir el tráfico y la polución. Se multiplican los parques y las zonas verdes. Se reservan grandes zonas rurales para parques nacionales donde se conserve la flora y la fauna. Europa sufre el daño del mundo industrial y del crecimiento arrollador de su población, pero su organismo tiene vivas y activas sus defensas. En cambio nosotros nos deslizamos cada vez más rápidos en la pendiente, y no sólo no desarrollamos defensas, sino que parecemos inconscientes de la destrucción que en todos los órdenes nos socava. Se nos erosiona la moral y la naturaleza, la tierra y la honradez, pero nos dejamos ir al futuro en alas de un mito que ya no existe —creemos todavía que con sólo avanzar en el tiempo vamos fatalmente a mejorar,— creemos que mañana, por el solo hecho de ser mañana, será mejor que hoy, cuando el mundo entero nos advierte que si no se lucha a brazo partido, el futuro no trae salvación sino horror, agravamiento y multiplicación de problemas; apocalipsis y no paraíso.

EL PRADO:

Viaje a la historia a través de un cuadro

Usted, lector sabe o recuerda cómo Alicia, la del País de las Maravillas, atravesó un espejo y se metió dentro de su mundo mágico. Yo lo invito a una aventura parecida aquí, en el Museo del Prado de Madrid. Observe ese cuadro. Es una de las mejores pinturas del mundo y tiene el fascinante poder artístico de incitar o impeler al espectador a penetrar dentro de ella. La llaman "Las Meninas" y es la obra cumbre de Diego Velázquez, pintada casi al final de su vida (en 1656 ó 57), reinando Felipe IV. Se ha escrito mucho sobre ella. Se ha dicho que representa la ruptura definitiva con el Clasicismo del siglo XVI, que inaugura un mundo nuevo de expresión plástica en el cual podemos encontrar los antecedentes incluso del "Impresionismo" del siglo XIX. Es cierto. Pero Velázquez en este cuadro no sólo "retrata" la luz, sino el aire. Usted recordará cómo producían la perspectiva, con técnicas lineales y ópticas, los pintores renacentistas anteriores a Velázquez. En este cuadro ni siquiera hay ladrillos o enlosado en el piso para lograr linealmente el efecto de alejamiento gradual del fondo. Velázquez usa el aire. Va escalonando o sincronizando luces, dándole mayor o menor enfoque a las figuras para lograr esa perspectiva aérea, mágica y vívida (que en el Museo del Prado acentúan poniendo un gran espejo frente al cuadro) y que, desde un principio rompe o borra la frontera entre el espectador y el interior del cuadro. Velázquez inaugura aquí "la relatividad de las formas". Los cuerpos y las cosas no tienen ya ese valor absoluto, geométrico y compacto, que amaba el Renacimiento, sino otro, relativo a su medio, es decir, "a las circunstancias de atmósfera y de luz que los envuelven, los forman o deforman".

Pero ¿qué es lo que pintó o lo que está pintando Velázquez? Velázquez nos introduce a una habitación del Palacio Real en esa habitación nos encontramos con un grupo compuesto por la Infanta Margarita (al centro, con falda de crinolina) y a un lado y otro de ella vemos a dos damitas de la corte, una de las cuales le ofrece agua en una bandeja y ambas le hacen una reverencia palatina. Luego, hacia la derecha,

vemos a una enana y a un enanito que pone el pie sobre un perro. Son fubones de la princesa. Luego atrás de los enanos, vemos a dos personajes que conversan, y más atrás a un noble caballero que abre una puerta al fondo. A la izquierda aparece el propio Velázquez pintando un cuadro del cual sólo se ve el reverso del bastidor. Es decir, el grupo de "Las Meninas" está a la orilla del cuadro pero no es el cuadro. Y Velázquez, aunque está dentro del cuadro pintando un cuadro, su "otro" verdadero lugar es afuera del cuadro. Velázquez pintó Las Meninas colocado, exactamente, donde estoy yo y donde está usted. Lo primero que pasa ante el cuadro "LAS MENINAS" es que pintor y espectador se identifican. Pero, además, se identifican, se funden los dos tiempos: el de Velázquez que ya pintó el cuadro y el del espectador que sigue viendo pintar a Velázquez.

Esto significa que Velázquez, como el mágico espejo de Alicia, ha volteado al revés la realidad. Velázquez nos pinta, no un cuadro, sino la pintura de una pintura. La materia de su gran cuadro es el pintar y esto quiere decir que plantea, dentro de la pintura, la crítica de la pintura; adelantándose así —en la pintura— a lo que haría la novela, varios siglos después (ya en nuestro tiempo): que fue convertir en novela el arte mismo de novelar; o la poesía que, desde Hölderlin, comienza a hacer poesía de la poesía; o el teatro que, con Pirandello, mete al espectador en escena y son los personajes los que buscan un autor. En "Las Meninas" hay un último personaje invisible, a quien está mirando Velázquez: es el espectador. Soy yo, o usted. Estamos ya dentro del cuadro.

Pero el "juego" de Velázquez no termina ahí. Fíjese usted que en la pared del fondo, junto a la puerta que está abriendo un caballero, Velázquez colocó un espejo y que en ese espejo se refleja una pareja formada por el Rey Felipe IV y la Reina Mariana de Austria. Según la perspectiva del cuadro, ese espejo lo que refleja es una parte del lienzo que está pintando Velázquez y que nosotros no podemos ver. El pintor nos dice, de ese modo indirecto, que está pintando a los

reyes, pero de un modo aún más sutil e irónico nos hace ver que esos reyes —que son, no lo olvidemos, los reyes más poderosos de su tiempo— están fuera de la realidad, (de la realidad del cuadro), que ocupan inauditamente un segundo lugar y se hallan, como Alicia, metidos en el mundo inverso e irreal de un espejo. El pintor oficial del Rey, el pintor cortesano de la Corte más formalista de la Europa de entonces, al pintar su mejor cuadro —que es casi como su testamento— no es la Corte el tema formal de su pintura, sino una clara oposición al formalismo. Velázquez introduce veladamente la crítica como elemento pictórico. Ahora diríamos que “Las Meninas” es una pintura de protesta: protesta artística contra unas formas que se han hipertrofiado convirtiéndose en formalismo, y protesta política contra la decadencia de una Monarquía que se ha vuelto cortesana.

Ese Rey que vemos borrosamente en el espejo ya no es como los anteriores. Ese rey reina pero ya no gobierna. Quiénes gobiernan son los favoritos, los “validos”, los palacios. En el caso de Felipe IV el valido es el Conde-Duque de Olivares, déspota centralizador que perdió en veinte años de gobierno todo lo que España podía perder y que provocó, con sus exacciones fiscales y medidas dictatoriales, la sublevación de Cataluña, de Aragón, de Sicilia, de Nápoles y el alzamiento y la pérdida de Portugal. En el reinado de Felipe IV es el momento en que España —a pesar de su inmenso imperio, o por eso mismo— siente “el cansancio de mandar”. Los que mandan parecen perder la visión de altura y la responsabilidad, y, como dice Ortega y Gasset “sólo ansían los goces cortesanos, la existencia alucinada y alucinante de espaldas a toda realidad”. El reinado de Felipe IV, agrega Ortega “significa el estreno de una vida de Corte estable, palaciega, adscrita definitivamente a una ciudad. La Villa de Madrid, una inmensa aldea manchega, transustanciada en Corte, va a contribuir muy grave y concretamente a la destrucción del imperio español. ¿Por qué? Por lo pronto, por la delicia que fue esos años la vida de Madrid, estrenando la primera vida de

ciudad-Corte que había habido en España". El Cuadro de Velázquez nos abre la entrada a esa Corte, a ese momento en que se introduce en España ese sutil pero fatal cambio de espíritu en el arte de gobernar; cuando en vez del bien común, comienza a buscarse, exclusivamente, el provecho propio. Por eso sus Meninas introducen al espectador dentro de Palacio: para que sus ojos críticos vean la realidad y la irrealidad en que España agoniza, mientras sus reyes están prisioneros en un espejo. En esa sombría habitación se consume España. Ahí no cabe un Imperio. Ahí se asfixia. Es el mismo doloroso testimonio de su amigo Quevedo en aquel soneto: "Miré los muros de la Patria mía/ si un tiempo fuertes, ya desmoronados"...

Pero el cuadro nos lleva más adentro, más lejos. Por las puertas de ese Palacio entramos a todos los palacios virreinales y Casas de Gobierno de nuestra América, donde también se ha filtrado esa misma mentalidad cortesana que va a adormecer las prodigiosas energías desarrolladas en los siglos anteriores y, lo que es peor, a sembrar unas semillas políticas y socioeconómicas catastróficas para nuestro porvenir. El poder, la riqueza, el fausto —incluso el esplendor cultural que ofrece una constelación de figuras como Velázquez, Murillo, Zurbarán, Quevedo, Caro, Calderón de la Barca, etc. — mantiene encendida en Madrid una luz que atrae y fomenta la imitación en todo el imperio; pero lo que ahora se quema para producir esa luz es el mismo imperio.

En efecto: la Monarquía hasta ese momento había sido el gran freno de las tendencias feudalistas en América y con sus Leyes de Indias y con sus medidas contra la formación acumulativa de grandes propiedades, iba cubriendo el abismo social abierto por las Encomiendas y preparando la estructuración de una sociedad más integrada y justa. Comenzaba a brotar, con vida propia, las comunidades indígenas. Comenzaban a sistematizarse unos grupos sociales que, de haberse desarrollado, hubieran producido una fuerte clase media. Comenzaba, incluso, a germinar un sentido polí-

tico americano. Pero en ese momento crucial y decisivo, la Monarquía se encerró en una Corte y dejó que los validos y favoritos sustituyeran la visión imperial por la miope y sordida visión colonialista. Los "validos" y su burocracia cortesana —interesados únicamente en recaudar tributos y obtener ingresos fiscales y, por supuesto, ventajas personales— descubren que una buena fuente de entradas es la venta de tierras en América, con lo cual fomentan latifundismo agrario y enriquecimiento cada vez mayor de los ricos que son los que ofrecen mejor precio por ellas. Descubren que otra buena fuente de ingresos es vender los cargos públicos, con lo cual se comienza a formar una plutocracia parásita, ajena a América (los cargos los compran, sobre todo los españoles con relaciones cortesanas) que excluye al nativo y será la raíz de las futuras oligarquías. Descubren que otra buena fuente de entradas es vender títulos de nobleza y de hidalguía, con lo cual se suscita un "clasismo" basado exclusivamente en la riqueza y se desata una ansia colectiva por los privilegios que pervierte la valoración social del trabajo y adormece por siglos el desarrollo de una clase media. Comienza lo que Sánchez Barba llama "la cortesанизación de costumbres". Comienza a asociarse la idea de gobierno con la idea de privilegio, o, peor aún, comienza a crearse una capa social con sentido de casta que se receta para ella un régimen de excepción y se monta sobre el resto de la población que es la obligada a cumplir la ley, a trabajar para ella y a pagar los impuestos. Semilla cortesana que va a arraigar en América como una cizaña, entumiendo nuestro desarrollo y dejándonos como herencia esa teoría incesante de dictadores y oligarcas que no son hijos de la España fundadora —como se ha dicho—, sino fruto de su decadencia. No mal de raíz sino pecado contra la raíz. Si el caballero que abre la puerta de fondo del cuadro de Velázquez hablara, sus palabras pudieran ser las del verso desconsolado de Rubén a los Cisnes: "Ya no brillan las glorias de las antiguas hoces /ni hay Rodrigos ni Jaimes, ni hay Alfonsos, ni Nuños"... .

Pensemos, como moraleja, antes de salirnos del maravilloso sortilegio del cuadro de Velázquez, cómo puede una mala política de la cabeza sembrar tanto daño en todo un cuerpo, llámase ese cuerpo Imperio o Nación! Las consecuencias de una irresponsabilidad en el Gobierno a veces duran siglos y cierran miles de posibilidades o arrojan a la decadencia, por generaciones, a todo un pueblo. (¿Cuál será el precio que pagará Nicaragua por sostener con su miseria a una corte de privilegiados y a un rey encerrado en una vitrina?) Pero pensemos, también, con optimismo, que los pueblos pueden enderezar sus sendas: Ya se oye en toda América el rumor creciente de unas multitudes que se ponen de pie. "Es, como decía la Pastoral de nuestros Obispos —el grito incoercible de un pueblo que toma conciencia de su situación y busca cómo romper los moldes que lo aprisionan".

ITALICA FAMOSA

Después de experimentar un terremoto no quedan muchos deseos de dialogar con ruinas. Huérfanos de pasado, más bien nos sentimos necesitados de ver y tocar lo que perdura: las piedras vivas que han desafiado al tiempo, el arte vivo a través de las edades, la arquitectura erguida en su antigüedad: la cúpula del Panteón de Roma con sus dos mil años de solidez, la torre de Pisa que se inclina y no cae, las flechas de las catedrales góticas que siguen ascendiendo a la eternidad. La convivencia con el escombros da sed de pasado —que es, en realidad, una sed de futuro— porque así como el hombre necesita recordar que es polvo para no perder sus medidas en el orgullo, así también necesita completar y compensar esta visión real de su finitud, con el pensamiento de su trascendencia, de su victoria sobre la muerte y de su fecundidad en la historia, y esta visión sólo la consigue cuando tiene un pasado antes sus ojos. Un fragmento de Homero, una venus mutilada bastan para recobrar la dimensión humana: somos polvo, pero polvo fecundo. “Polvo serán, más polvo enamorado”, dirá Quevedo. “Ceniza que se hace polen”, dirá Novalis.

Huyendo de escombros, tuve sin embargo que afrontar —confieso que por gusto, por voluntad de cultura— dos encuentros con la destrucción, uno en Itálica, junto a Sevilla, otro en Pompeya, la hermana mayor de Managua, víctima del Vesubio. Buscaba, en esas ruinas ilustres, relaciones y respuestas que le dieran idioma de historia al hosco silencio de nuestra capital devastada.

A Itálica llegué una tarde de mayo, de sol andaluz y de anacrónicos vientos fríos que parecían anidar en los mármoles rotos. Fue Carlos Molina Argüello —nuestro sabio investigador de la historia nicaragüense en el Archivo de Indias —mi guía y compañero por la ciudad en ruinas, aunque la curiosidad y la invitación a visitarla se la debo a un poema que aprendí de memoria, como muchos de mi tiempo— en las bancas del colegio:

*“Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora
campos de soledad, mustio collado,
fueron un tiempo Itálica famosa
Aquí de Cipión, la vencedora
colonia fue. Por tierra derribado
yace el temido honor de la espantosa
muralla. Y lastimosa
reliquia es, solamente
de su invencible gente.
Sólo quedan memorias funerales
donde erraron ya sombras de alto ejemplo
Este llano fue playas, allí fue templo
De todo apenas quedan las señales.
Las torres que desprecio al aire fueron,
a su gran pesadumbre se rindieron. . .*

El poema, como la ciudad, está hecho con los nobles vestigios del latín, con neoclásicos trozos de mármol extraídos de la arqueología de nuestra lengua. ¡Nunca una sintaxis reflejó mejor unas ruinas! Tal vez su autor, el andaluz Rodrigo Caro, pensó en su tiempo (1595) que ese metro y ese retorcimiento arcaizante de la sintaxis española, era la forma más elegante y clásica que podía adoptar el canto castellano, pero la paradoja de su éxito se debió a lo contrario: a que cantó unas ruinas con las ruinas de un lenguaje!

La destrucción de Itálica significó el final del Imperio Romano, y el poema de Caro fue el primer anuncio del crepúsculo del Barroco: con él comenzó esa “lírica de las ruinas” que recorrió la poesía hispana y que encontramos en Quevedo (“Buscas a Roma en Roma, oh peregrino . . .”), en Esquilache (“Dichosa soledad, noble silencio. . .”), en los Aregensolas (“Imagen espantosa de la muerte. . .”), poesía-espejo de la decadencia española y de la agonía de su imperio. ¿Cuántas veces el hombre, creyendo inaugurar, cancela una edad, una etapa, un período de su historia? ¿Cuántas veces el político, en su ceguera, cree que abre un tiempo nuevo y

sólo escribe su lápida final?

Repitiendo los versos de Caro recorro las ruinas. "Aquí de Cipión, la vencedora colonia fue", dice el poeta. Itálica fue fundada por Pubilo Cornelio Escipión, en la Segunda Guerra Púnica, 206 años antes de Cristo, después de vencer a los cartagineses. La levantó como un baluarte, cerca del río Guadalquivir, y fue así, la primera fundación romana fuera del territorio italiano.

En poco tiempo la fundación militar se convierte en ciudad y centro de romanización de toda Andalucía. Su prestigio crece, a través de los siglos, "cuando la fortuna quiso que en ella naciera el primer emperador no italiano que tuvo Roma: Trajano". Italicense también fue el siguiente emperador: Adriano —el que construyó este fastuoso anfiteatro en cuyas graderías ruinosas converso con Carlos Molina.

*"Aquí nació aquel rayo de la guerra,
Gran padre de la patria, honor de España
Pfo, felice, triunfador Trajano,
Ante quien muda se postró la tierra. . .
Aquí de Elio Adriano
De Teodosio divino
De Sílio peregrino,
Rodaron de márfil y oro las cunas.
Aquí, ya de laurel, ya de jazmines
Coronados los vieron los jardines
Que ahora son zarzales y lagunas.
La casa para el César fabricada
¡Ay! yace de lagartos vil morada:
Casas, jardines, Césares murieron,
Y aún las piedras que de ellos se escribieron. . ."*

Aquí —en Itálica— fue el hombre, transformando la historia, quien dio fin a la ciudad. En cambio, en Nicaragua, fue la naturaleza, destruyendo la obra del hombre, la que aca-

bó con Managua. La causa de las ruinas es distinta. Las de Itálica nos hablan de un imperio que decae y sucumbe ante el empuje de fuerzas nuevas y bárbaras. Invaden a España los Godos, se enraizan en ella y levantan un reino que durará siglos. La ciudad románica de Itálica pierde sentido en esa nueva historia, mientras su vecinía cercana, Sevilla, comienza a erguirse llena de futuro. Itálica sucumbe pero romaniza y civiliza a los rubios invasores. Es la semilla que cae en tierra para producir nuevo fruto. En el caso de Managua, por el contrario, la ruina no da lugar a un espíritu nuevo, sino que engendra otra vez lo viejo. La ciudad cae, pero no sus defectos y vicios. Por eso el diálogo de ruina a ruina es dispar y doloroso.

Mientras en las nobles ruinas de Itálica se advierte el proceso ascendente de una ciudad que creció, avanzó, expandió sus ideales y luego, como a todo lo humano, le llegó su decadencia y su muerte; en nuestra pobre Managua lo que cualquier historiador advierte es un tiempo detenido, antes y después de la destrucción. Hace poco lo comprobé. Buscando un viejo escrito tuve que revisar, año tras año, las colecciones de periódicos de Managua. A medida que avanzaba en el tiempo iba sintiendo una desoladora depresión. En cuarenta años nuestra política no registra más que una agotadora repetición de la misma elemental lucha por los más elementales derechos humanos. ¡Nunca nada más! Nunca un paso más arriba que haga suponer que el derecho a vivir y a convivir se da por supuesto. Siempre las mismas demandas. Siempre los mismos abusos. Hábeas corpus para prisiones sin causa legal. Procesos políticos para opositores. Reformas constitucionales para evadir el precepto de la alternabilidad. Fraudes. Protestas. Fraudes. Protestas. Los mismos recursos. Las mismas represiones. Las mismas declaraciones hipócritas: siempre legal el de arriba, siempre ilegal el de abajo. Y los mismos discursos. Uno, diez, cien, doscientos: la misma cosa. El tiempo se ha convertido en losa y la losa cubre una política-cadáver. De pronto un terremoto raja la losa. Se filtra

el hedor a podrido. Una pellada de cemento cubre la hendidura y el sepulcro queda de nuevo cerrado. “Estos, Fabio ¡ay dolor! que ves ahora, campos de soledad, mustio collado”, así fueron ayer, así siempre. Aquí la historia, estancada, no circula en las venas escleróticas de una dinastía...

Pero hay un momento —una zona de escombros— en que ambas ciudades en ruinas pueden dialogar. En los últimos tiempos de Itálica, sus piedras resonaron al paso de un militarismo cada vez más opresivo. Desde la ciudad lejana llegan cartas al degenerado emperador de entonces: “Estamos atrozmente oprimidos y explotados por aquellos cuyo deber es proteger al pueblo . . . Funcionarios, soldados, magistrados de la ciudad y agentes imperiales vienen a nuestro pueblo, nos apartan de nuestro trabajo y requisan nuestros bueyes. Reclaman lo que no debemos y sufrimos injusticias y extorsiones ultrajantes”. (1)

Esta carta pudo también ser encontrada bajo los escombros del Palacio de Tiscapa. Pudo ser firmada por los campesinos de Matagalpa, de Jinotega o por los marginados de nuestros suburbios. Con una diferencia: el pueblo romano conoció el esplendor de un imperio; en cambio, nosotros, ¿qué?

(1) · Documento citado por R.H Barrow en su libro: “Los Romanos”.

TOLEDO:
“El entierro del Conde de Orgaz”

LA ESPADA

Toledo se deja coger entero por la mirada como el puño de una espada. Ayuda la mano líquida del Río Tajo que la ciñe. Ayuda también el desolado y cegador paisaje que aprieta su cintura de castillo y hace saltar, estocando el azul, sus torres y atalayas. ¡En ninguna otra ciudad del mundo tanta historia ocupa tan poco lugar! Sus cuatro puertas, sus intriguadas callejuelas nos conducen —como galerías de la mina del tiempo— no sólo a lugares sino a remotas épocas y fechas. Nuestro pasado —porque también aquí comienza América—, cree tocar fondo en la época griega cuando Toledo era PTOLIETRON (decían que fundada por Hércules), pero arrancas unas piedras más y llegas a los tiempos bíblicos en que Toledo era TOLEDOTK para los judíos exilados a Iberia en la época de Nabucodonosor. En algún alcázar o templo alguna piedra nos habla luego de la Toledo romana, que Marco Fulvio, dos siglos antes de Cristo, eligió para capital de Carpetania. Entonces comienza su historia escrita y con ella la historia de sus espadas. Apenas sabemos algo de la ciudad y ya el poeta latino Gracio Falisco, en su "Cinegética" elogia las espadas toledanas como las mejores del mundo. ¡Pensar cuánta hazaña, cuánto crimen, cuánta historia va a ser escrita por esas espadas: desde Roma hasta los Godos que en Toledo coronan su reino y luego con Recaredo lo cristianizan; desde los godos hasta el dominio musulmán (aquí en Toledo, junto al río está el baño de la bella Florinda, la Cava, donde

*"Holgaba el rey Rodrigo
con la hermosa Cava en la ribera. . ."*

y por forzador de doncellas pierde el reino en manos del Califá Tarik); y luego, desde los musulmanes hasta el Cid que conquista Valencia y Alfonso VI que reconquista Toledo hasta San Fernando, conquistador de Sevilla, y desde el rey-santo hasta Isabel, conquistadora de Granada, y desde Granada

hasta América. Siempre la espada toledana sumando y restando historia; espadas que hablaron griego, hebreo, latín, árabe y castellano para recibir luego nombres indios en las batallas de América: espadas que fueron un día instrumento de paz al servicio de la justicia y otro día cuerpos del delito al servicio de la opresión y del crimen: aquí en Toledo se templaron los aceros que ganaron para España la victoria de las Navas de Tolosa, o los que hicieron respetar los admirables fueron democráticos en tiempos de Alfonso VI; pero también toledanas fueron las armas de las inícuas matanzas cuando la sublevación de aquella noble figura de romance Don Alvaro de Lina, o las que cortaron las cabezas libertarias de los Comuneros de Castilla en tiempos de Carlos V. Son las mismas espadas que yo —americano, hijo de padres que las usaron para conquistar, y de padres que sucumbieron a su conquista— estoy viendo forjar aquí, en el barrio de los Armeros, y oyendo el mismo golpe ya milenario del martillo sobre el metal al rojo, ruido que hoy sólo anuncia una artesanía, pero que ayer significó para tantos, tantas veces, el sonido de la estúpida aventura de la guerra.

EL CRISOL

Pero Toledo no es sólo espada y alcázar de guerreros. Fue también, y sobre todo, el más formidable crisol de razas y culturas en convivencia que tuvo España. La perspectiva del tiempo nos hace creer, con frecuencia que todo el período de dominio árabe y luego de reconquista española fue una guerra a muerte entre musulmanes y cristianos. Pero no fue así. Ya desde los primeros siglos de conquista musulmana se formaron los grupos “mozárabes” (gentes hispanas que vivieron bajo el dominio y a la usanza mora, pero fieles a su fe cristiana), como siglos más tarde se formarían los “mudéjar”, que eran los mahometanos moros que se quedaron viviendo entre los vencedores cristianos sin mudar de religión pero

como vasallos de los reyes españoles. Mozárabe y mudéjar y castellana es Toledo. No sólo guerra sino diálogo. El romancero está lleno de moras que enamoran a cristianos y viceversa. Amores morenaron la raza. Y cuenta Fernando Quiñones, en su poemario "Ben Jaqan" (de lo mejor que se ha escrito en la España de hoy) que la abuela del gran Abderraman III resulta ser la princesa Iñiga, y que Almazor "casa a la chica del Navarro, de Sancho, y llama Sanchol al chicuelo" y cuenta de las monedas que acuñan los reyes de Castilla en las dos lenguas, y de las casullas combinando el estandarte moro con el Cordero Pascual. "Aunque luego, termina,

*—Figúrate, van a hablarle a cuantos nazcan
de un abismo, unas hordas, una guerra
de siete siglos sin
cuartel, sin alvexíes, sin
amor. Ya verás!"*

Porque es verdad que estallaban represalias y matanzas, pero lo normal fue la convivencia y el cruce. Dice un historiador: "Dentro de los muros de Toledo (en tiempos de Alfonso VI que ganó la ciudad para España) habitaban juntos el vencido y resignado musulmán, el judío —eterno chivo expiatorio—, el mozárabe ennoblecido por su antiguo origen, el orgulloso castellano, el extranjero recompensado por sus hazañas — la mayoría francos— etcétera, y esta multiplicidad de razas y diversidad de cultos se regía, para convivir, por una admirable y complicada diversidad de legislaciones, fueros y gobiernos peculiares, con tribunales privativos y magistrados elegidos por cada grupo racial o cultural o religioso".

En este crisol se fraguó un pueblo abierto, de corazón ecuménico, que hizo posible la conquista de América y la singularidad mestiza de su colonización. Fue la semilla de la futura América: "cuna de la raza cósmica" como la llama el mexicano José Vasconcelos: "continente de la raza final hecha con el tesoro de todas las anteriores".

EL HIMNO

Cuando se entra a la gigantesca Catedral de Toledo, uno comprende, en la lección de sus piedras, esta original capacidad de apertura y fusión que marca la historia de la ciudad y que es la esencia misma de lo HISPANICO, aunque tantas veces España y también nosotros, sus vástagos, la hayamos traicionado y torcido, edificando imperialismos de diversas formas y colonialismos de diversos contenidos. La enorme fábrica de la Catedral constituye, dentro de su imponente unidad, un verdadero museo de arquitectura de todos los órdenes, y de arte en todas sus manifestaciones: desde el severo gótico de sus naves ojivales del siglo XIII, a la riqueza del gótico del XIV del pilar del crucero; desde el mozárabe de la Capilla de Cisneros, al mudéjar de la Sala Capitular; desde el plateresco de la Capilla de los reyes, al excepcional barroco del llamado "Transparente" que es una cascada de luz y de formas volátiles irrumpiendo en las penumbras medioevales. Y así rejas y estatuas, retablos, sepulcros y pinturas, uniéndose a la arquitectura, forman —variado y único— un himno gigante que asciende los cincuenta metros de altura de sus naves, o los 80 de su torre, o escapa en luz, hecho oración a través de sus setecientos cincuenta vitrales.

LA PROFECIA

Piedras que se elevan en himno. Esa imagen de la Catedral es también la otra dimensión de Toledo, llamada "la ciudad mística", cuyo paisaje tanto recuerda al de Jerusalén. Quien mejor ha expresado esa apasionante dimensión de Toledo es Domenicos Theotocopoulos, el pintor cretense llamado el Greco, que encontró en esta ciudad —y la nutrió de su ambiente y paisaje— la paleta que hizo posible en pintura (ícaso único!) la desmaterialización de la materia, o al revés: la pintura de lo sobrenatural. Piénsese en su cuadro "El Ex-

polio", en su Cristo rodeado de un bullicio agresivo. "Su túnica roja lo envuelve y realza solitario y eminente como una Hostia de Sangre, y sobre esta túnica se levanta la cabeza más arrobada de divinidad que ha podido concebir un pintor". Recuérdese su cuadro "Pentecostés", donde, según Maurice Barrés, se agrupan "seres vivientes, retorcidos, fundidos, volatizados por las más prodigiosas de las emociones. Y el cuadro es, hecha sensible, la verdad de una religión". Pero, como metáfora de Toledo, como expresión de "lo hispánico" en su última y suprema dimensión, contémplese "El Entierro del Señor de Orgaz".

Así como los admirables Mayas se volvieron astrónomos y estrelleros porque, rodeados de altísima selva, sólo podían sus ojos escapar mirando al cielo, así Toledo, entre muros guerreros y eclesiales, y rodeada como dice Ortega y Gasset, "de un árido y terrible paisaje tibetano", "la ciudad sólo tiene escape hacia el firmamento". Esa omni-presencia de lo sobrenatural en lo natural, ese enlace de lo visible con lo invisible —(reto del Misterio al Artista a través de todas las edades)— lo expresó genialmente el Greco en el cuadro del Entierro, una de las maravillas de la pintura universal.

Fusionando toledanamente dos estilos en dos planos, representa abajo un grupo de caballeros y de religiosos que entierran a un guerrero. El panel de rostros —como una franja horizontal y cinematográfica de la vida humana— la expresión de esos rostros; la dignidad y la paz del rostro del muerto, es el más alto logro de la expresión realista. Pero, surgiendo de las miradas de esos hombres (y, hasta se pudiera decir, de sus pensamientos) se eleva hacia arriba otro plano de figuras de una vehemencia y de un fuego interno que las hace salirse de sí mismas y moverse en una espiral ascendente de ritmos que tenemos que llamar angélicos, porque cuerpos y mantos, aires y nubes están tratados con el más excelso suprarrealismo alcanzado por la pintura. Ahí lo que vemos son espíritus. Pintura de éxtasis. Allí el Greco logra con sus pinceles lo que sólo ha logrado San Juan de la Cruz en poesía.

Algunos críticos han incomprendido y repudiado esta aparente contradicción de estilos de los dos planos. Barrés es uno de los que rechaza esa fusión que llama "inconexa". Es el rechazo del que no conoce la vía. (¿Cuántas veces ha sido rechazado el cielo en nombre de la tierra y la tierra en nombre del cielo?) Pero el Greco no sólo ha descubierto en Toledo la técnica pictórica para "ver" y hacernos ver la presencia de lo sobrenatural, sino que, como cristiano, sabe y ejercita la otra técnica para contactar con lo Divino que es la oración. La oración es el camino de penetración a lo sobrenatural. (Y viceversa: "La desintegración de nuestro mundo es la corrupción de un cuerpo muerto que ha perdido su vida de oración" dice Merton). En este cuadro inmenso lo que liga cielo y tierra es la oración que se abre en las miradas y los labios de los hombres del plano de abajo y por ella se hacen presentes las visiones encendidas del plano de arriba. Abajo la fe se hace esperanza junto a la muerte. Arriba esta esperanza se transforma en resurrección.

El "Entierro" es una profecía. Es el anuncio de que es posible la unidad de los dos planos que parecieron separarse —en guerra abierta o fría— en nuestra época: Materialismo y Espiritualismo.

Quizás Ernesto Cardenal, concretando más, diría que es la reconciliación de Marx con Cristo. Fijémonos que es un guerrero el que va a ser sepultado. Este es el entierro de la espada. El Cielo se abre cuando "la edad del hierro", como diría Virgilio, da paso a la edad del Amor. Pero el Greco añade: La religión no es escape. NO es opio. Es realista abajo. Es liberación. Es humanismo. Humanismo que alcanza su plenitud en la resurrección.

ZALAMEA:
(Paréntesis para un juez)

Bajando a Huelva, unas leguas antes de llegar a Valverde, el automóvil pasa rápido junto a un poblado: un nombre, una flecha. Apenas puedo leer el nombre de la pequeña ciudad y contemplar unas casas, una iglesia —que pudieran estar enclavadas en el paisaje nicaragüense— unos labriegos arando. Pregunto: ¿Zalamea? —Y el chofer, con una tremenda Zeta que corrige mi tropical seseo, contesta: —Zalamea la Real.

—La tierra de Pedro Crespo, digo yo. (El chofer mira hacia atrás como buscando a ese raro personaje que no está en su recuerdo, pero, temeroso de que se me ocurra detenerme, acelera la velocidad). La aldea se aleja.

La miro reducirse como si regresara apresuradamente al pasado después de estar por un instante al alcance de la mano en el presente. Ya es otra vez lejanía. Otra vez recuerdo. Ya es otra vez la Zalamea del siglo XVII, cuando un poeta tomó de ella un trozo de su historia perdida y lo elevó a categoría universal. En esta aldea sentó cátedra de justicia para siempre un rústico labrador y convirtió en universidad este pueblito ignorado. Porque universidad es un grado de enseñanza —es dar al hombre la ciencia de ser humano— y el solo fallo de un juez, si alcanza estas dimensiones, puede ser más universidad que toda una larga carrera de estudios.

Soldados del Tercio —el ejército más poderoso y prestigiado del mundo en ese entonces— acampan junto al pueblito de Zalamea. Son los tiempos de Felipe II y de la guerra con Portugal. El ejército se detiene allí para esperar la llegada del Rey. El General Lope de Figueroa se hospeda en el pueblo con sus oficiales. Uno de éstos, el Capitán Alvaro de Athaide —arbitrario y aventurero, típico hombre de armas a quien se le suben los hierros a la cabeza— descubre en la noche, en una ventana, a una linda muchacha aldeana, Isabel, hija del labrador Pedro Crespo. Prendado de ella trata de enamorarla pero la joven lo desecha. Entonces planea con sus ayudantes —un sargento y dos soldados— raptarla y hacerla suya a la fuerza. Una noche, cuando Pedro Crespo y su familia, gozan del fresco de la huerta, el Capitán y sus compinches

caen sobre ellos, amarran a un árbol a Pedro Crespo, hieren al hermano y el Capitán Athaide logra su propósito infame abusando de Isabel. Es la historia de siempre.

Isabel, deshonrada se escapa, vuelve donde el padre, lo desamarra y quiere contarle su desgracia. "Detente, Isabel, detente, grita Pedro Crespo. No prosigas, que hay desdichas que para contarlas, no es menester referirlas".

Pedro Crespo el labrador sabe quien es él, un indefenso labriego víctima de la prepotencia militar. Su primera reacción es pedir al Capitán, con lágrimas en los ojos que repare la deshonra de su hija casándose con ella. El Capitán se ríe en las barbas del adolorido padre y lo desprecia.

Pero por la anunciada llegada del Rey, que tiene conmovido al pueblo, se ha reunido el Consejo Municipal, y sin saber la tragedia de Pedro Crespo el Consejo lo elige Alcalde. Llega el Consejo con los aldeanos, le hacen entrega de la vara y Pedro Crespo pasa a ser Alcalde y Juez de Zalamea.

Revestido de autoridad y acompañado por el Cabildo, vuelve sobre sus pasos y entra nuevamente a la casa donde se hospeda el Capitán Alvaro Athaide. Se abre la puerta y el Alcalde ordena a los labradores prender al Capitán y sus compinches. Se ha planteado el litigio militar-civil. El Capitán alega su fuero militar. Pide respeto. Y Crespo —la voz del pueblo— responde irónico: Eso / está muy puesto en razón/. Con respeto le llevad/ a las casas del Consejo/ y con respeto/ un par de grillos le echad /... Con respeto, a todos tres / les tomen la confesión. / y aquí, para entre los dos, / si hallo harto paño, en efecto / con muchísimo respeto / os he de ahorcar, juro a Dios!".

La noticia del osado juez y alcalde, que se ha atrevido a levantarle proceso a un Capitán de los Tercios llega a oídos del General Lope de Figueroa. El alto militar, indignado busca en la aldea al Alcalde y lo increpa ordenándole entregue al Capitán o llama a sus escuadrones para que a balazos lo rescaten. El Alcalde, con mucha calma, le narra el delito

de Athaide y le dice que no lo puede entregar porque se le está haciendo un proceso. El General, fuera de sí, ordena a un oficial que llame al ejército.

En plena pugna entra el Rey.

Le informan. Pregunta. ¿Quién es el Alcalde? Y Crespo responde: Yo.

¿Y qué disculpa me dáis —dice el Rey.

Y Crespo contesta: —Este proceso, en que bien probado el delito está, el reo es digno de muerte por forzar en despoblado a una doncella y no quererse casar con ella, habiéndole su padre rogádole por la paz.

Está bien sentenciado, dice el Rey. Pero entregad al reo a la justicia militar para que lo ejecute.

Ya fue ejecutado, dice el Alcalde. Abre una puerta y aparece ahorcado en la plaza el Capitán Athaide.

Parece que va a estallar la tempestad. Pero el Rey se vuelve a su General y le dice:

— Don Lope, aquesto ya es hecho.
Bien dada la muerte está
que errar lo menos no importa
si acertó lo principal.

Y volviéndose a Pedro Crespo, exclama

— Vos, por alcalde perpétuo
de aquesta villa os quedad.

. . . Y lo fue perpetuamente hasta hoy en su cátedra de Justicia. A los militares de todos los tiempos les enseñó —desde su humilde cátedra de la alcaldía de Zalamea— que para el abuso de autoridad o para el atropello de los derechos humanos (y entre esos derechos el más alto es el honor de la mujer) no hay fueros. Lo civil, que al fin y al cabo es la ci-

vilización, no puede subsistir si prevalece como arbitrariedad la fuerza armada. La espada puede ser necesaria, pero sin hacer peso en la sensible balanza de la Justicia.

La figura del Rey, que es, en la obra de Calderón de la Barca, la última instancia de la Justicia, se coloca sobre las partes en conflicto, premia al buen Juez y casi sin palabras soluciona el litigio haciendo ver que no hay más que una sola Justicia: la que castiga el mal y premia el bien. La cúpula de lo nacional cobija a pueblo y milicia con un solo Derecho, y ante ese Derecho todos somos iguales.

A usted Juez Vargas Sandino que repitió —salvadas distancias y circunstancias— la lección de rectitud de Pedro Crespo, le dedico, con mi agradecimiento de nicaragüense, la parábola de este escrito.

SEGOVIA:

Cuna de piedra de la política nicaragüense

A Francisco Bravo:

Saludé en tu nombre —al pie de su estatua— a tu pariente o a lo mejor antecesor, Juan Bravo, el héroe segoviano de los Comuneros de Castilla.

Ciudad ayer revoltosa, bélica, conquistadora — Segovia es hoy recuerdo: Un navío de piedra dorada (cuya proa fuera su imponente Alcázar) surcando mansamente la llanura castellana. Segovia pertenece hoy a la constelación que nuestra civilización llama de “las ciudades muertas” (como Brujas de Flandes o Venecia de Italia) aunque si vamos a ser honrados con la significación de las palabras, son estas ciudades románticas las pocas vivas o vivibles que van quedando en el mundo contaminado y febril del urbanismo contemporáneo. Segovia se reconoce desde lejos por tres monumentales rasgos de su fisonomía: el Alcázar, la Catedral y el Acueducto. Los tres están concebidos y realizados a escala magna —a escala imperial— y quienes idearon sus dimensiones o vivieron su momento histórico o recibieron la influencia dinámica de su grandiosidad, tienen que haber sido —como lo fueron— hombres de exuberante y avasalladora personalidad. (Cuando uno conoce en París las reformas y construcciones urbanísticas realizadas bajo Napoleón —la dimensión de lo imperial en calles y monumentos— comprende que esas medidas traducen la ambición del conquistador de Europa. Así estas piedras segovianas). El acueducto romano —gigantesca caballería de piedra que avanza en el movimiento de sus arcos— es el más grande y majestuoso acueducto de Europa. Es la arquitectura prepotente del dominio romano con sus 170 arcos, hasta de 30 metros de altura, contruidos piedra sobre piedra, sin argamasa alguna. ¿Puede no despertar osadías y empresas desorbitadas este reto de la piedra que es como una marcha legionaria sobre el mundo? ¿Y la grandiosa catedral de piedras doradas —que no avanza sobre el horizonte como el Acueducto, sino que dispara al cielo la mole de su torre de 88 metros? ¿Y la inmensa capa gótica de su ábside heptagonal, una de las más bellas y monumentales cosas que pudo inventar la arquitectura?

Pero el edificio de más imponente fábrica es el Alcázar. Levantado sobre los abismos de una inmensa roca cortada a

pique en la juntura de dos ríos, yergue su triple escalada de muros y todavía tiene ánimo para levantar, doblando su altura una enorme aunque airoso torre central, la llamada Torre de Juan II. ¿Qué se pretendía al construir este coloso? ¿Educar la mirada para ver el mundo a ojo de águila? El pueblo que construyó en toda Castilla éstos nidos de águila ¿qué podía empollar sino la futura hazaña del descubrimiento y la conquista de un Nuevo Mundo? Aquí hicieron armas contra el Moro los Alfonsos. Aquí reunió sus cortes el Rey Sabio. Aquí se refugió Enrique de Trastámara huyendo de Pedro el Cruel. (Aquí en este balcón sobre el abismo se soltó, por un movimiento imprevisto de los brazos de su aya, el infante Pedro y cayó desde esta altura mareante. Su aya, desesperada, se arrojó detrás, despeñándose). Aquí escribió Jorge Manrique, huésped de los reyes, sus coplas. Aquí está el amplio y hermoso salón mudéjar donde, por muchos años, fraguó la unidad de España, Isabel la Católica. Pero . . . oigo pasos altaneros y conocidos. Estas baldosas — ¡cuántas veces! — las cruzó un gallardo pero fiero guerrero segoviano a quien decían El Galán, y otros, por su valor en los torneos, el Gran Justador. Su padre había sido alcaide de este Alcázar. En la guerra de Orán, a las órdenes del Cardenal Cisneros, había tomado, al frente de catorce cristianos, la fortaleza de Bujía defendida por una multitud. Tenía fama de ser el hombre más alto de su época. Su biógrafo lo llama: “tan magnífico como desalmado caballero”. Cosa no extraña, pues, según el cronista, su familia ha producido “infinidad de hombres enérgicos y ambiciosos, cuyas hazañas y cuyos desmanes llenan la página de su historia. . .”

Estoy hablando de Pedrarias Dávila, el segoviano que llevó a un remoto y pequeño país de América toda la altivez, la prepotencia, el vuelo de ambición y la férrea voluntad de este Alcázar.

Bajemos a la ciudad. Recorrer las calles de Segovia, ver sus casonas y sus torres, leer sus nombres, visitar sus archivos es enhebrar la aguja con los primeros hilos de la historia pa-

tria. Para nuestro mal y para vuestro bien esta ciudad es la cuna de la política nicaragüense. Aquí está la torre de los Arias Dávila —ino un palacio o una casona sino una torre!—; i torre cuyo peso aplastante sintieron en nuestras tierras dos hidalgos fundadores, el grande y claro Núñez de Balboa y el grande aunque turbio Hernández de Córdoba! Aquí está la casa de Isabel de Bobadilla, su mujer. A tal señor, tal señora: cuenta un historiador que su madre, doña Beatriz, al verse presionada por el Rey para casarse con quien no quería, le enseñó a la reina un puñal desnudo y le dijo que con él quitaría la vida al Maestre de Calatrava con quien pretendían casarla. Aquí está la casona de los Contreras. Aquí vivió el yerno de Pedrarias, Rodrigo, su sucesor en la Gobernación de Nicaragua. . . (Los vecinos de Granada escribían al Rey quejándose —¿sería en 1544 o en 1974?— de que el viejo Pedrarias ejercía en la Provincia “absoluto imperio” y acusándolo de pretender mantener “a perpetuidad su ambición”, atribuyéndole, además, propósitos de “trasmitir su poder a sus descendientes”). Pocas veces se organizó en la fundación de América una armada más numerosa, escogida y flamante que la de Pedrarias. Veinticinco naves con gentes seleccionadas por el propio Rey —desde hidalgos y aristócratas hasta labradores y artesanos distinguidos— y entre esos dos mil pasajeros ¿cuántos segovianos pasaron a Nicaragua? ¿Cuántos al servicio del férreo Gobernador? Los documentos citan damas, niños y hasta “esclavas blancas” al servicio de doña Isabel. (ella dijo: “Amado esposo: me parece que nos unimos desde jóvenes con el yugo marital para vivir juntos, no separados. Ningún género de peligro o muerte puede sobrevenirme que no sea para mí más llevadero que el vivir separada de tí por tan inmensa distancia. Escoge una de dos cosas: o me cortas el cuello con la espada o consientes en que te acompañe”. Y así con tal resolución, fue la Bobadilla una de las primeras mujeres españolas que sentó sus reales en América). . .

Todo este injerto de aventura, de voluntades indomables, de ambiciones sin límite, de sangres bulliciosas y alza-

das quedó en Nicaragua. Y quedó la huella, el surco abierto en nuestra política por esos dos primeros gobernadores que de aquí —de Segovia— salieron: el “magnífico y desalmado” Pedrarias y el discutido Don Rodrigo de Contreras, cuyas consorte doña María de Peñalosa, hija de Pedrarias y mujer de armas fue la fundadora de la sociedad nicaragüense a la sombra inquietante del Momotombo.

El Doctor Carlos Cuadra Pasos, mi padre, en una conferencia que fue publicada bajo el título: *DOS HOMBRES, DOS HISTORIAS*, establece un paralelo, a la manera de Plutarco, entre dos gobernantes liberales de la misma época, el uno costarricense: *Don Ricardo Jiménez*, y el otro nicaragüense: el General *José Santos Zelaya*. Cuadra Pasos hacía ver que ambos pueblos, el tico y el nica, descendían de iguales vertientes étnicas (incluso muchos pobladores nicaragüenses integraron las fuerzas que conquistaron y poblaron Costa Rica). Sin embargo, al comparar a ambos gobernantes, los dos convencidos liberales, mientras el uno (don Ricardo) tiene fe en las instituciones libres y cree el mejor método para establecerlas, el practicarlas desde el poder; el otro (Zelaya) cree también en las mismas instituciones, pero, para implantarlas, usa el método impositivo y dictatorial (y mata en germen lo mismo que siembra). Don Ricardo cumple con la ley. Zelaya reforma las leyes que no quiere cumplir. El uno es paternalista, pero respetuoso demócrata. El otro es paternalista autócrata de puño cerrado y absoluto. El uno dedica su energía republicana a desarrollar en diálogo una república libre. El otro, dictador, quiere extender su poder a toda Centro América y promueve revoluciones y quita y pone presidentes.

Cuadra Pasos busca el origen de este actuar político tan diferente y cree encontrar el cabo al hilo en los orígenes. Quien fundó Costa Rica y su política fue un letrado militar, sereno, suave, humanista: *Vásquez de Coronado*. Quien fundó la nicaragüense fue el dominante *Pedrarias* quien pidió como gracia al Rey que en los primeros cuatro años de su go-

bernación no viniera a tierra nicaragüense ni letrado, ni abogado. (Y cuenta Oviedo, cuando Pedrarias, antes de llegar a tierra, ejecutó ahorcado a un pobre marinero por una mala contestación: "Sospecharon todos que el gobernador que llevábamos había de ser muy riguroso y hacer cosas de hecho, sin atender derechos").

"Sin atender derechos" se forjó nuestra política. De entonces para acá nuestra historia está poblada de Pedrarias de todos los apellidos. Es una "constante" contra la cual lucha el nicaragüense en una secular oposición que ha ido forjando un carácter. Yo no me desanimo al revisar esta lucha. También la libertad ha dado sus figuras heroicas. No nacen Estradas, Andrés Castros y Sandinos donde no se enfrentan voluntades recias. Somos un pueblo en que se fusionan, desconcertantemente, la risa y el ceño adusto. (Lagos y volcanes). Un pueblo indo-andaluz, riente y burlesco, con una política castellana, severa y sin humor. Pueblo de contradicciones en el cual, hasta ahora, han predominado los pedrarias de mentalidad egoísta y explotadora, cuyo puño se cierra solamente para provecho propio. Pero en la calistenia de la lucha ¡ya produciremos un Pedrarias el Bueno, demócrata y socialista, que abra su puño para abarcar y unir a su comunidad marginada!

¡Ya produciremos —si no cejamos en la lucha— un alcázar segoviano (¿no fue segoviano el alcázar de Sandino?) sobre cuyas altas torres de libertad ondee la bandera de la Justicia!

"Europa en este cuaderno de bitácora sólo es la reflexión de los problemas del viajero: el espejo –el múltiple espejo de una todavía no fatigada civilización– que devuelve respuestas a sus interrogaciones y preocupaciones nicaragüenses". Así resume el autor el sentido último de estas **Notas de un viaje**. Viaje por la geografía trajinada y secular del Viejo Continente, que es también peregrinaje por la historia y el tiempo. Excursión e incursión. Diálogo de edades y civilizaciones, y caja de resonancia del angustiado soliloquio por la patria aherrojada.

ITINERARIO

VENECIA Y SUS CORCELES

SAN MARINO:

In picolezza Libertá

FLORENCIA:

Una entrevista con Venus

POMPEYA:

La hermana de Managua

LA TUMBA DE VIRGILIO

CAPRI:

El aislamiento del tirano

ROMA:

O el lugar común

NIZA

Y un apólogo sobre la Bonelia

DER RHEIN (El Rin)

HANNOVER:

Las manos y la cabeza

BONN:

Meditación sobre Gigantes y Enanos

MALLORCA:

(Zapatera en el Mediterráneo)

MADRID:

El futuro ya no es un puerto seguro

EL PRADO:

Viaje a la historia a través de un cuadro

ITALICA FAMOSA

TOLEDO:

"El entierro del Conde de Orgaz"

ZALAMEA:

(Paréntesis para un juez)

SEGOVIA:

(Cuna de piedra de la política nicaragüense)